ÁLVARO MATUTE

APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

ÁLVARO MATUTE

APROXIMACIONES A LA HISTORIOGRAFÍA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2005

Primera edición: 2005

DR © 2005, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510. México, D. F.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Impreso y hecho en México

ISBN 970-32-2780-5

A la memoria de mis tíos
Amado Aguirre Eguiarte (1927-1988)
y Jorge Matute Remus (1912-2002)

Índice

PRÓLOGO 7

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS 13

PRIMERA PARTE

APROXIMACIONES DE CONJUNTO

LA CRÓNICA DE LA REVOLUCIÓN: MILITANCIA E INMEDIATEZ 21

LA REVOLUCIÓN CINCUENTENARIA Y SUS HISTORIAS 29

LOS ORÍGENES DEL REVISIONISMO HISTORIOGRÁFICO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA 39

LOS ACTORES SOCIALES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA EN LA HISTORIOGRAFÍA DEL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX 55

La Revolución interrumpida 57
La reivindicación de los vencidos 58
La desmixtificación ideológica: Córdova 59
Interlúdico: Fuentes Mares 60
Hacia la gran visión de conjunto: la Historia Colmex 60
Dos cronopios de la historiografía: Krauze y Aguilar Camín 62
El cine y la novela: dos miradas a la sociedad 63
La Revolución en las regiones 64
Obreros y trabajadores 68
La dimensión mundial de la Revolución: Katz 69
La inevitable conmemoración y la divulgación histórica: los 75 años 70
Guerra y la vinculación con el antiguo régimen 71
Knight: "La Revolución es la Revolución" 72
Epílogo: la Revolución en el cambio de siglo 72

SEGUNDA PARTE

APROXIMACIONES PARTICULARES

LAS HISTORIAS GENERALES 79

Conmemoración editorial 79
Historia *ludens* 84
Con la precisión del reloj 87
La Revolución recuperada 90

ACCIÓN REVOLUCIONARIA Y SOCIEDAD 93

Sociedad en armas 93
Los sonorenses y la Revolución 96
Ideología y clase: buena idea, magra realización 99
Asedio juvenil a Zapata 103
Revolución y actividad económica: un acercamiento 105

LA HISTORIOGRAFÍA REGIONAL DE LA REVOLUCIÓN 109

Nuevos horizontes historiográficos 109
Nueva luz sobre el caciquismo 111
El Yucatán de Alvarado 115

RELACIONES INTERNACIONALES 117

El intervencionismo de siempre 117
La relación con España 119
Dos indios en la Revolución 122
En la órbita germánica 126

HISTORIA INTELECTUAL 129

El último positivista mexicano 129
El polemista Antonio Caso 131
Curiel: generaciones y Ateneo 135
Los caudillos culturales 137
Don Daniel, el imprescindible 140
¿Cultura revolucionaria? 144

LA REVOLUCIÓN EN LA PANTALLA Y EN LA ESCENA 149

Pancho Villa como ente histriónico 149
¡Ay qué tiempos, señor Obregón! 152
La Revolución revisada en el teatro 155

EL ÁMBITO CARDENISTA 159

Transterrados y ciudadanos 159
Asunción de la memoria izquierdista 162
La utopía cardenista 166

PERSONAJES CONTRASTANTES 171

De la Revolución al ingenio 171
El romántico rebelde 175

EPÍLOGO 179

Réquiem o el fin de una historia 179

Prólogo

A pesar de los avances logrados en los últimos años, una historia de la historiografía de la Revolución Mexicana sigue siendo asignatura pendiente. Es por ello que tomé la decisión de publicar estas aproximaciones en las que reúno textos elaborados a lo largo de más de treinta años. La historiografía de la Revolución Mexicana ha sido una de mis líneas de investigación constantes. Los materiales reunidos en este libro no son todos los que he dedicado al tema, pero sí los más significativos. Los he agrupado en dos partes. La primera está integrada por tres ponencias y un discurso. Las ponencias han sido definitivamente corregidas y aumentadas con la finalidad de ofrecerlas de manera más completa, aunque siempre con la conciencia de que ninguna de ellas, ahora convertidas en capítulos, es exhaustiva. Tratan de ofrecer lo más característico del periodo que abarcan, pero ni siquiera se menciona en ellas a todos los autores que escribieron sobre la Revolución en el momento atendido. Un discurso complementa el recorrido por las tres etapas en que divido el acontecer historiográfico revolucionario. En él doy a conocer mi tesis acerca del origen del revisionismo historiográfico, ubicado en el momento en que la academia hace acto de presencia en la escritura de la historia de la Revolución.

La índole de los autores es la que marca, no sólo la división temporal de los conjuntos historiográficos, sino lo que podría ser su esencia misma. El agrupamiento tiene mucho de generacional, lo que asumo como categoría exegética. Ciertamente no soy partidario de la aplicación mecánica de la periodización en generaciones, ya que dudo de que la sucesión se tenga que dar necesariamente en periodos regulares de quince años. Sin embargo, desde mi lectura temprana de Ortega y Gasset, he asumido ese criterio como un valioso recurso más que periodizador, auxiliar invaluable en materia de comprensión. Hoy se le puede calificar de horizonte hermenéutico. Mi lectura más reciente de Dilthey así lo confirma.[1]

[1] Para una discusión más amplia, *vid. infra* la sección titulada "Curiel: generaciones y Ateneo" en la segunda parte.

La concepción del trabajo es generacional, aunque no confirmo los natalicios de los historiadores. El primer bloque está integrado por testigos presenciales de los hechos, pero no presenciales pasivos, sino actores decisivos en la suerte de los hechos. Sé que mi "generacionismo" no es muy consistente por eso, aunque sí lo es de convicción, sobre todo a la vista del segundo capítulo en el cual reviso las contribuciones hechas alrededor del quincuagésimo aniversario del inicio formal de la Revolución, es decir, en los años cincuenta. Ahí hago el comentario de las obras de autores tan distantes entre sí como el porfiriano Jorge Vera Estañol, dos generaciones más viejo que Jesús Silva Herzog o Manuel González Ramírez. El foco está colocado en el momento en que publican los libros, que no necesariamente corresponde siempre a aquél en que los escriben.

La diferencia entre los autores del primero y del segundo capítulos, pese a que todos viven en los años de la Revolución armada, la marcan dos cuestiones: los primeros, testigos activos de la Revolución, escriben sobre lo que les toca más de cerca: Madero si son maderistas, Zapata si son zapatistas, Carranza si son constitucionalistas, etcétera. Los del segundo capítulo, en cambio, se caracterizan por intentar y lograr dar visiones de conjunto y, muchos de ellos, si bien testigos vitales, no comparten el nivel de actuación en los hechos que los primeros. Algunos sí, como el mencionado Vera Estañol o el constituyente Romero Flores, pero la tónica la dan los también mencionados Silva Herzog y González Ramírez, a los que se suman José C. Valadés, José Mancisidor y Alfonso Taracena. Opera en ello la diferencia o distancia generacional, como también opera el momento en que escriben y se dirigen a sus lectores. Sus visiones son de más largo plazo frente a las inmediatas de los anteriores. En todos los casos, son las vivencias las que marcan el tipo de escritura de la historia que realizan.

En tercer lugar viene la distancia. En la versión que ahora ofrezco de lo que fue mi discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, me detengo en las aportaciones y actitudes de un político enmarcado por la academia y de dos académicos precursores. El primero es Manuel Moreno Sánchez y los segundos son Juan Hernández Luna y Moisés González Navarro. Con sus artículos y sus cursos se funda la actitud revisionista, tomada de los enjuiciadores de la Revolución que, antes de ellos, pusieron a la supuesta continuidad revolucionaria en tela de juicio. Los académicos buscaron darle a la historiografía de tema revolucionario algo de lo que carecía: conceptos y categorías. Su labor abrió nuevas perspectivas y permitió que emergieran quienes ya veían a la Revolución desde distancias tempo-

rales y espaciales más lejanas. La historiografía revisionista del último tercio del siglo XX y el cambio hacia el XXI se benefició de esa ruptura, para permitir el uso renovado de las fuentes tamizadas por actitudes guiadas por la duda acerca de lo que se había postulado como verdad aceptada.

Además, por lo que se puede apreciar, la historiografía sobre la Revolución vivió una situación de *boom* historiográfico. Es posible que obras de la naturaleza de ésta, así como las de Javier Rico Moreno y Thomas Benjamín, que se mencionan en el capítulo cuatro, indiquen un cierre, o por lo menos algún cambio historiográfico que todavía no acaba de percibirse. Por lo menos el hecho de intentar dar visiones de conjunto de una práctica historiográfica, puede sugerir que el final, sino está ahí, por lo menos se aproxima. No se puede establecer si se trata ya de un ciclo cerrado o aún está abierto, pero dicho ciclo sí cuenta ya con una estructura y una caracterización a la que le añadiría poco lo que se produzca en el presente y futuro inmediato. Si esto ofrece cambios radicales, entonces se contemplaría el advenimiento de una nueva etapa. Por otra parte, téngase presente que dentro de pocos años se asistirá al centenario del inicio de la Revolución, que estará precedido por los del plan y programa del Partido Liberal, las huelgas de Cananea y Río Blanco, que tal vez revivan la polémica acerca de la "cuna" de la Revolución, de la entrevista Díaz-Creelman y, por fin, del Plan de San Luis y del propio 20 de noviembre. ¿Cómo serán conmemoradas esas efemérides? Lo único seguro es que de manera muy diferente al cincuentenario. Acaso a partir de ahí se consolide la futura etapa historiográfica.

En fin, los cuatro capítulos que constituyen la primera parte de este libro, son sendas aproximaciones a la historiografía de la Revolución. Intentar una historia de la historiografía exhaustiva suena quimérico. Se puede morir en el intento y lograr una deseable bibliografía comentada, o bien caracterizaciones como las que aquí se sugieren. Ciertamente está abierto el expediente y son deseables muchas más aproximaciones, ya individuales sobre autores y obras, ya sobre épocas, sobre hechos particulares, en fin, tantas posibilidades cuanto permita la imaginación de los analistas y las preguntas que de ella surjan. El terreno está abierto.

La segunda parte es de índole diversa. La forman nueve conjuntos de reseñas bibliográficas resultantes de una agrupación temática que pretende darles cierta unidad. A lo largo de casi cuarenta años he sido y seguiré siendo reseñista de libros. Es una tarea grata que trae implícito el compromiso de decir algo sobre lo que se lee. A veces se dice poco, pero a veces se dice mucho. No sólo sobre el libro, sino

sobre la escritura de la historia y sobre el acontecer particular y general, sobre el texto y el metatexto. El hecho de que las reglas de la reseña sean flexibles permite que haya más creatividad de parte del recensor. Tal vez es la actividad más libre de las que ejecuta, en nuestro caso, el historiador. Ciertamente hay patrones y yo sigo, aunque de manera muy laxa, los que llamo cánones gaosiano y orteguiano. El primero, es el derivado de las "Notas sobre la historiografía" que hizo públicas José Gaos en 1960 y que aluden a los elementos integrantes de la obra historiográfica: los que derivan de la investigación, los que están implícitos en la interpretación y los que se perciben en la escritura; el canon orteguiano no se debe a Ortega y Gasset, sino a don Juan Antonio Ortega y Medina, quien en una recopilación de algunos de sus trabajos expresó qué elementos debía contener una reseña bibliográfica: aludir de manera fiel al contenido de la obra, mostrar acuerdos y discrepancias, indicar ausencia de fuentes, en fin, un pequeño tratado en un párrafo luminoso. Por otra parte, también me orienté por la lectura de quienes hicieron de la recensión una manera consolidada de expresión. Pienso, sobre todo, en Ramón Iglesia, quien en *El hombre Colón y otros ensayos* recoge un repertorio suyo, magistral. De hecho, el que ese libro esté conformado por una amplia sección de reseñas me animó a publicar las mías en éste, como también la aparición de *Entre los historiadores*, de Emmanuel Le Roy Ladurie. Género menor, sin duda, pero rico en alcances y en expresión.

En fin, la segunda parte de este libro se nutre de una treintena de comentarios a libros cuyo objeto es algo de la Revolución Mexicana. Esto hace que haya ciertas reiteraciones, sobre todo con el cuarto capítulo, que es un marco general de lo que ha sucedido en términos historiográficos desde fines de los años sesenta, justo cuando comencé a elaborar reseñas en el programa "Los libros al día" que transmitía Radio Universidad, los mediodías, y que coordinaba Ramón Xirau, quien me orientó y de quien aprendí los gajes de este oficio. Algunos de los comentarios publicados aquí tuvieron su origen en la forma de guión radiofónico y luego pasaron a la página impresa. También debo señalar que la mayoría de las reseñas fueron publicadas en la revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, en la época en la que fui su editor, por lo cual no fueron sometidas a un arbitraje internacional. Su publicación se debía a la angustia del editor de llenar páginas con ellas, ya que siempre he tenido la convicción de que una revista, académica o literaria, sin reseñas, no vale la pena. Pude haberme inventado un seudónimo, pero mi responsabilidad como editor era suficiente. Las de época más reciente se deben más a compro-

misos de presentación de libros que a aquella angustiosa situación de cerrar edición con una correcta sección de reseñas.

El caso es que con esa treintena de comentarios sobre libros que tratan aspectos de la Revolución complemento las visiones de conjunto de la primera parte. Se trata, sin discusión, de ejercicios de análisis historiográfico que, reunidos, aportan algo a la historia de la historiografía.

Es de señalarse la ausencia de reseñas de los que han sido tenidos como los libros más representativos del periodo y a los que aludo de manera puntual en el cuarto capítulo: me refiero a las obras de Friedrich Katz, François-Xavier Guerra y Alan Knight, para citar a los más citables. Si bien sí participé en una presentación de *La guerra secreta*, no llevé texto; nadie me invitó a hacerlo con la obra de Guerra, a quien estimaba mucho, y si bien sí lo hicieron con la de Knight, no participé, debido a que no pude leer los dos tomos en el precario lapso de una semana. Tampoco puedo incluir textos escritos acerca de obras que estimo valiosas por lo que aportan, de autores noveles como Pedro Castro, Enrique Plasencia, Martha Loyo, entre otros, cuyas obras he leído y valorado, pero sobre las cuales nunca redacté algún comentario.

Con el conjunto de unos y otros escritos ofrezco unas aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana que tienen por objeto llamar la atención sobre el hecho de que los acontecimientos, que se vuelven pasado, con toda la carga que esta palabra tiene, se proyectan al futuro en sus recreaciones históricas, las cuales los reviven o los liquidan, pero los traen a la conciencia actual donde cumplen una pluralidad de funciones. Por eso es importante atender a lo que se escribe acerca de algo. De otra manera, ese algo deja de tener qué ver con la vida colectiva. Es la historia recordada, inventada, rescatada que plantea Bernard Lewis y que aplico al proceso revolucionario mexicano, el cual, al concluir como acontecimiento, sigue actuante como ingrediente de la conciencia histórica. La historiografía, en tanto historia escrita, da vida y actualiza a la historia, en tanto acontecer. La historia se recuerda y conoce en la historiografía, por lo que la historia de la escritura de la historia sea algo necesario. En el caso presente, la historia de la historiografía de la Revolución Mexicana, aunque a partir de aproximaciones, sin duda ilumina acerca de la Revolución misma, como también puede hacerlo sobre la acción de escribir historia.

Sólo me resta, antes de enfrentar al lector a estas *Aproximaciones*, agradecer a Evelia Trejo, esposa y conciencia, sus observaciones y comentarios.

Agosto de 2004.

Procedencia de los textos

La crónica de la Revolución: militancia e inmediatez

"La Revolución Mexicana y la escritura de su historia", *Revista de la Universidad de México*, v. XXXVI, núm. 9, enero de 1982, p. 2-6.

Ponencia: "La crónica de la Revolución como historiografía de lo inmediato". Tercer Congreso de Mexicanistas, "La Crónica: de las Indias a nuestros días", Coordinación y Difusión Cultural, UNAM. 2 de abril de 1991. Inédita.

La Revolución cincuentenaria y sus historias

"Historiografía de la Revolución Mexicana. Visiones del cincuentenario", en *El siglo de la Revolución Mexicana*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 2000, v. II, p. 329-334.

Los orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana

"Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana", *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*, tomo XLI, 1998, p. 153-168.

Reimpreso en *Signos históricos*, v. II, núm. 3, enero-junio de 2000, p. 29-48.

Los actores sociales de la Revolución Mexicana en la historiografía del último tercio del siglo XX

"Los actores sociales de la Revolución en 20 años de historiografía (1969-1989)", *Revista de la Universidad de México*, v. XLIV, núm. 466, noviembre de 1989, p. 10-17.

CONMEMORACIÓN EDITORIAL
"Biblioteca de obras fundamentales de la Revolución Mexicana", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XI, 1988, p. 265-270.

HISTORIA *LUDENS*
"José Fuentes Mares, *La revolución mexicana. Memorias de un espectador.*" *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. V, 1976, p. 229-231.

CON LA PRECISIÓN DEL RELOJ
"Hans Werner Tobler, *La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XVII, 1996, p. 199-202.

LA REVOLUCIÓN RECUPERADA
En prensa, *Signos históricos*

SOCIEDAD EN ARMAS
"Santiago Portilla, *Una sociedad en armas*", *Históricas*, núm. 44, julio-diciembre de 1995, p. 64-66.

LOS SONORENSES Y LA REVOLUCIÓN
"Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana*," *Vuelta*, v. II, núm. 14, enero de 1978, p. 35-36.

IDEOLOGÍA Y CLASE: BUENA IDEA, MAGRA REALIZACIÓN
"Richard Roman, *Ideología y clase en la Revolución Mexicana*". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. VII, 1979, p. 261-264.

ASEDIO JUVENIL A ZAPATA
"Marta Rodríguez *et al. Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. IX, 1983, p. 351-353.

REVOLUCIÓN Y ACTIVIDAD ECONÓMICA: UN ACERCAMIENTO
"Aída Lerman Alperstein, *Comercio exterior e industria de transformación en México, 1910-1920*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XIII, 1990, p. 263-266.

NUEVOS HORIZONTES HISTORIOGRÁFICOS
"Relatoría", *La Revolución en las regiones*, 2 v., Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986.

NUEVA LUZ SOBRE EL CACIQUISMO
"Victoria Lerner, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*," *Historia Mexicana*, v. XL, núm. 2 (158) octubre-diciembre de 1990, p. 365-368.

EL YUCATÁN DE ALVARADO
"Francisco José Paoli, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano*," *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XI, 1988, p. 274-276.

EL INTERVENSIONISMO DE SIEMPRE
"Berta Ulloa, *La revolución intervenida*". *Vuelta*, v. I, núm. 3, febrero de 1977, p. 44-45.

LA RELACIÓN CON ESPAÑA
"Josefina MacGrégor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*". En *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, México, v. XVI, 1993, p. 233-235.

DOS INDIOS EN LA REVOLUCIÓN
Presentación inédita.

EN LA ÓRBITA GERMÁNICA
"Brígida von Mentz *et al.*, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*", *Históricas*, núm. 25, febrero de 1989, p. 34-37.

EL ÚLTIMO POSITIVISTA MEXICANO

"Juan Hernández Luna y José Torres Orozco. *El último positivista mexicano*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. IV, 1972, p. 209-210.

EL POLEMISTA ANTONIO CASO

Programa radiofónico "Los libros al día", *Radio UNAM*. Inédito.

CURIEL: GENERACIONES Y EL ATENEO

Inédito.

LOS CAUDILLOS CULTURALES

"Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la revolución mexicana*", *Vuelta*, v. I, núm. 2, enero de 1977, p. 46-47.

DON DANIEL, EL IMPRESCINDIBLE

"Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. IX, 1983, p. 345-348.

¿CULTURA REVOLUCIONARIA?

"Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura revolucionaria: 1925*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XIII, 1990, p. 259-263.

PANCHO VILLA COMO ENTE HISTRIÓNICO

"Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la revolución*", *Los Universitarios*, tercera época, núm. 49, julio de 1993, p. 12-13.

¡AY QUÉ TIEMPOS, SEÑOR OBREGÓN!

"Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México*, v. II. *Bajo el cielo de México (1920-1924)*", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 66, 1995, p. 179-181.

LA REVOLUCIÓN REVISADA EN EL TEATRO

"Carlos Vevia Romero, La sociedad mexicana en el teatro de Rodolfo Usigli", en *Rodolfo Usigli, ciudadano del teatro. Memoria de los homenajes a Rodolfo Usigli, 1990-1992*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1992, p. 279-282.

TRANSTERRADOS Y CIUDADANOS

"Patricia Fagen, *Transterrados y ciudadanos. Los republicanos españoles en México*", *Vuelta*, v. I, núm. 4, marzo de 1977, p. 40-42.

ASUNCIÓN DE LA MEMORIA IZQUIERDISTA

"Víctor Manuel Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*", *Vuelta*, v. I, núm. 9, septiembre de 1977, p. 42-43.

LA UTOPÍA CARDENISTA

"Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. XVII, 1996, p. 202-205.

DE LA REVOLUCIÓN AL INGENIO

Presentación inédita.

EL ROMÁNTICO REBELDE

"Javier Moctezuma Barragán, *Francisco J. Múgica, un romántico rebelde*", *Letras libres*, noviembre de 2002, p. 83-84.

RÉQUIEM O EL FIN DE UNA HISTORIA

"Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí, *El Partido de la revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*", con la colaboración de Pedro Salmerón Sanginés, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, v. 21, enero-junio de 2001, p. 109-113.

PRIMERA PARTE

APROXIMACIONES DE CONJUNTO

La crónica de la Revolución: militancia e inmediatez

> Al documentarme para escribir esta obra (El atentado) encontré un material que me hizo concebir la idea de escribir una novela sobre la última parte de la revolución mexicana basándome en una forma que fue común en esa época en México: las memorias de general revolucionario. (Muchos generales, al envejecer, escribían sus memorias para demostrar que ellos eran los únicos que tenían la razón).
>
> Jorge Ibargüengoitia, 1965

Los grandes acontecimientos políticos —Independencia, Reforma y Revolución— han generado una historiografía inmediata que, por serlo, no alcanza la plenitud requerida por lo que debe ser el cultivo ideal de lo inspirado por Clío. Incluso se discute si es o no es historiografía. Indudablemente sí lo es, en la medida en que quiere serlo, en que sus autores escribieron porque querían dejar constancia de su memoria. No se trata de una historiografía cultivada por personas preparadas especialmente para ello. La inmediatez trae consigo espontaneidad. Es, sin forzar el término, una historiografía democrática en la medida en que quien se siente capacitado para hacerlo, la escribe.

Toda esa gran producción, más abundante conforme avanza el tiempo, trae problemas serios para el que se echa encima la tarea de estudiarla. Ante todo, es preciso ubicar de qué manera es o no es historiografía, de qué manera participa de lo historiográfico, entendido esto como la suma de los factores que deben intervenir en la construcción de un discurso producto de una investigación, que aspire a dar una explicación y que sea una expresión, tanto del individuo que la escribe como de la sociedad y el momento histórico que lo generan.

A la suma de espontaneidad con inmediatez se debe, pues una gran producción discursiva que prefiero llamar parahistoriográfica porque sí contiene elementos historiográficos, pero no todos los requeridos. Ante todo, es menester distinguir entre literatura panfletaria, periodismo político, impresiones de observadores externos, memorias, descripciones —partes— de guerra, diarios de campaña y otras mu-

chas formas de captar lo acontecido que apenas tocan un aspecto que deberá integrarse a la totalidad. Todo ello es parahistoriográfico en la medida en que participa pero no completa lo que debe ser la historiografía desde el punto de vista canónico vigente en el momento de esa producción. Líneas arriba expresé que no en todo había investigación, explicación y expresión: lo amplío a heurística, crítica, hermenéutica, etiología arquitectónica y estilística, si se quiere tener el cuadro completo de factores constituyentes de la unidad que es la obra historiográfica.[1] O, en otro orden, atendiendo a los niveles de conceptualización que se integran en el trabajo historiográfico: la crónica, el relato, el modo de entramado, el modo de argumento y el modo de implicación ideológica.[2] Es decir, los textos o discursos parahistoriográficos no reúnen todos estos elementos, por lo cual quedan fuera del nivel que debe tener la obra historiográfica para que lo sea. Un buen comentario político no es ciencia política como un remedio casero no es medicina. Ahora bien, no quiero decir que todo lo inmediato sea parahistoriográfico. De ninguna manera. Tarea del estudioso es distinguir, clasificar y, en su caso, desechar, pero después de analizar. Porque hay historia inmediata plenamente realizada en medio de una gran cantidad de textos que, sin carecer de calidad, pertenecen a otros géneros o especies.

¿Y dentro de todo esto, qué es la crónica? De acuerdo con White, es un elemento constitutivo de la historia, como lo es el relato. Pero, sin que implique un desacuerdo con White, la crónica es una cosa en sí misma, con vida autónoma. Croce[3] le da un valor peyorativo. La enfrenta con la historia. Tanto White como Croce, citando modelos fundamentales de crónica la reducen a lo que elementalmente es, es decir, un simple recuento de hechos ordenado cronológicamente.[4]

El tiempo ha enriquecido y modificado esta manera elemental y fundamental de crónica. Simplemente, Bernal Díaz del Castillo es mucho más que eso. Pero, a diferencia, digamos, de las obras de Bartolomé

[1] *Apud* en José Gaos, "Notas sobre historiografía", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, 202 p. (SepSetentas, 126), p. 66-93.

[2] *Apud* en Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1973, XII-448 p., introducción. Traduzco "relato" por "*story*".

[3] Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, 300 p., p. 11-18.

[4] Croce cita: 1001: Beatus Dominicus migravit ad Christum. 1002: Hoc anno venerunt Saraceni super Capuam. 1004. Terremotus ingens hunc montem exagitavit. Crónica de Monte Cassino. *Ibidem*, p. 17.

de las Casas, la de Bernal es crónica y la del dominico es historia. Es crónica porque además de contener los hechos ordenados los integra en una gran cantidad de relatos, que reunidos narran una historia acontecida. No interpreta, como Las Casas, ni hace comparaciones entre las culturas del viejo y el nuevo mundos, ni hace referencia a la naturaleza indiana en acto y en potencia de acuerdo con Aristóteles o Tomás de Aquino. Bernal sólo narra y por ello se le define, sin que esto implique peyoratividad alguna, como autor de una crónica.

Si bien Croce discute si es cierto o no que la crónica antecede a la historia. (*Primo annales fuere, post Historiae factae sunt)*,[5] es indudable que resulta más generalizado el hecho de que primero se dan relatos llanos y después elaboraciones más complejas. Sin embargo, de excepciones está llena la historia de la historiografía, como para tratar de establecer principios rígidos.

Si se coteja la historiografía generada por la Independencia con la que propició la Revolución asombrará la cantidad de ésta, así como su falta de grandeza. Entre el inicio desconcertante de fray Servando y la muy lograda *Historia de México* de Alamán, hay crónicas como la de Bustamante y ensayos históricos como los de Zavala y Mora. Si bien la obra de don Carlos María ha sido objeto de fuertes críticas, entre otras las de los mencionados, no deja de ser altamente meritoria por el prurito patriótico que la anima así como el afán de no dejar fuera ningún hecho digno de mención. Crónica y no historia, porque Bustamante no va más allá del recuento de hechos, aderezado con sus opiniones y, a veces, con sus arrebatos líricos. Zavala y Mora, en cambio, tratan de insertar los acontecimientos inmediatos en una corriente histórica más amplia, que desemboca en su presente. Todo ello en Alamán es logro mayor. Parece esto dar razón a quienes piensan que hace falta alejarse de los hechos para poder llegar a una mayor plenitud historiográfica. Sin embargo, fray Servando ofreció algo más que un simple recuento de datos, a pesar de que este requisito está cabalmente cumplido.

En la Reforma sucedió algo distinto. Se cumplió más con la aparición de crónicas al lado de grandes compilaciones documentales, como las llevadas a cabo por Matías Romero o las elaboraciones periodísticas de Zarco, así como las *Revistas históricas* de José María Iglesias, verdadero prontuario trimestral de los principales hechos ocurridos.

¿Qué ocurrió en la Revolución? Se produjeron crónicas, historias, memorias, autobiografías, recopilaciones de artículos y documentos,

[5] *Ibidem*, p. 18.

incluso —o aparte— novelas: todo este material se encuentra cuando se busca la memoria de la Revolución Mexicana. La tarea clasificatoria, si bien no es muy difícil (los géneros son claros), sí implica un esfuerzo mayor dada la abundancia de los materiales existentes.[6]

Si se revisan dos de los primeros libros cuyo tema es la Revolución, se encuentran diferencias de nivel muy interesantes. Se trata de *El antiguo régimen y la revolución*, de Antonio Manero,[7] y de *La revolución y Francisco I. Madero*, de Roque Estrada.[8] A riesgo de caer en una contradicción, parecería más logrado historiográficamente el primero, porque ilustra más acerca de lo que se pensó de la Revolución que sobre lo que verdaderamente sucedió. Es decir, se trata de un ensayo que puntualiza muchos elementos relativos a la caída de Porfirio Díaz y especula acerca de lo que debiera ser la Revolución. La interpretación encubre la narración, la disfraza. Se trata más de un ensayo político que de un trabajo historiográfico, en la medida en que la muy ponderada interpretación suple a la narración. Y aquí cabe destacar la importancia del relato como elemento explicativo de lo que pasó, es decir, sin una buena narración, la especulación no tiene asideras. En cambio, el texto de Estrada es el verdaderamente fundador de la historiografía de la Revolución propiamente dicha. En él priva el elemento narrativo. Todas las opiniones políticas de Estrada, que son abundantes, están ahí pero insertas en lo narrado. No se trata de encontrar falsas objetividades, sino de destacar que la subjetividad de Estrada está presente a lo largo de un detallado recuento de hechos, donde la cronología y el seguimiento espacial le dan la arquitectónica al texto. Es indudablemente una crónica de las campañas maderistas hasta bien entrado 1911. Expresiones ambas de inmediatez, muestran uno y otro lo parahistoriográfico y lo historiográfico.

A lo largo del primer decenio van apareciendo libros sobre la Revolución. Acaso los más sólidos, los que logran con mayor plenitud recabar las características de lo historiográfico, son aquellos que ponen el énfasis en el antiguo régimen, en lo que lo llevó a su caída, porque para explicarla, se ven precisados a discurrir sobre su elevación y muchos de ellos alternan la investigación con la explicación equilibradamente y dan por resultado obras historiográficas logradas.

[6] Un primer texto mío al efecto es "La revolución y la escritura de su historia", *Revista de la Universidad de México*, v. XXXVI, núm. 9, enero de 1982, p. 2-6.

[7] México, Tipografía y Litografía "La Europea", 1911, 424 p. (edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana [INEHRM], 1985).

[8] Guadalajara, [s. p. i.] (1912), (edición facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985).

Así, los trabajos de Prida, López Portillo y Rojas, Lara Pardo y Francisco Bulnes. Acaso más pertenecientes a la historiografía del Porfiriato, no dejan fuera el inicio revolucionario aunque este movimiento es tenido como producto de la anarquía y el bandidaje.[9]

La caída de Madero y la lucha constitucionalista contra el huertismo trajeron consigo una producción textual abundante. Mucha de ella es tan circunstancial que su trascendencia ha quedado relegada a los catálogos de fuentes históricas, dado que su calidad propia no la hace valiosa por sí misma. Periodistas y publicistas se dedicaron a lanzar denuestos contra los enemigos de su facción y a levantar pedestales a los suyos. Al lado de estos trabajos están algunas miradas extranjeras privilegiadas, como la de John Reed, cuyo *México insurgente*[10] es una crónica con todas las de la ley.

Un libro cuya hibridez es su principal característica, pero que ejemplifica bien lo parahistoriográfico, es el de Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*.[11] No es el que inaugura el género a que alude Ibargüengoitia, precisamente por su hibridez. Se trata, como es bien sabido, no de un relato o crónica, sino de la recopilación de los partes de guerra de las campañas del cuerpo de ejército del Noroeste, engarzadas cronológicamente, de manera que constituyen la base de una posible crónica, pero integrada por fuentes primarias unívocas. Útil para el historiador, no es una lectura que pueda caracterizarse de ágil.[12] Sí es muy legible, en cambio, la también recopilación, con introducción, notas y apéndices que hace Luis Cabrera de sus *Obras políticas del Lic. Blas Urrea*, en las que juntó sus artículos políticos que lo certifican como precursor y lúcido comentarista de lo que sucedía entre 1908 y 1911. La cronología es elemento fundamental en la composición del texto. Es, como el de Obregón, un trabajo que puede servir de base a una crónica.

Una novela y un tramo autobiográfico son magníficos ejemplos de construcción parahistoriográfica. Ninguno de sus autores se propuso escribir la historia de la Revolución, sino hacer una obra en la

[9] Así lo ha visto Carmen Nava Nava, "Apuntes acerca de la historiografía de la Revolución Mexicana", VIII Jornadas de Historia de Occidente. La revolución y la cultura en México. Jiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., 1985, p. 43-74. Especialmente, p. 44-49.

[10] John Reed, *Insurgent Mexico*, edited with an introduction and notes by Albert L. Michaels and James W. Wilkie, New York, Simon and Shuster, 1969, 252 p.

[11] Estudios preliminares de Francisco L. Urquizo y Francisco J. Grajales, apéndice de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, CXXVIII-618 p. La primera edición es de 1917.

[12] A Alan Knigth le parecieron ochenta mil kilómetros. "Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana", *Secuencia. Revista americana de Ciencias Sociales*, núm. 13, enero-abril de 1989, p. 23-43.

que dicha historia estuviese incluida. Hay, además, en su construcción, crónica en la medida en que los hechos de la Revolución son los hilos conductores, los marcos y escenarios de lo que en ambos libros se narra. Me refiero, desde luego, a *El águila y la serpiente* y *La tormenta*.

El ser escritores y testigos presenciales de los hechos, les dio a Martín Luis Guzmán y a José Vasconcelos una posición privilegiada frente a otros autores/actores. La riqueza de su lenguaje, la inteligencia de sus composiciones y su partidarismo explícito, entre otras virtudes, les confieren a sus textos el ser los que expresan más cabalmente la imagen de la Revolución. Ambas obras son una espléndida galería de retratos de participantes, así como de escenas cuya vitalidad es imborrable. ¿Es necesario citar la "fiesta de las balas" o la marcha de la capital a la frontera de los depuestos convencionistas de Gutiérrez?

Vasconcelos propició que otros autores se volvieran sobre sí mismos, o mejor, que otros participantes se volvieran autores, como Alberto J. Pani,[13] cuyas memorias, al igual que las de Palavicini,[14] están próximas a las que alude Jorge Ibargüengoitia como modelo de *Los relámpagos de agosto*. Efectivamente, en los años treinta proliferan las obras de memoria revolucionaria en las cuales cada grupo contendiente encuentra a quien lo expresa. Muchos militares y civiles quisieron corregir los errores en que incurrieron los otros, aunque esos "otros" fuesen los mismos Guzmán y Vasconcelos. De hecho no hubo ninguna inhibición ante los escritores "profesionales", dado que el valor de lo que se escribía radicaba en la verdad que garantizaba el hecho de que el autor fue testigo presencial y, en su caso, tenía documentos probatorios de que lo dicho por él era la verdad y sólo la verdad. Fue el tiempo de Juan Gualberto Amaya, Manuel W. González. Juan Barragán, Amado Aguirre, Gildardo Magaña y Gabriel Gavira, entre otros.[15]

[13] *Mi contribución al nuevo régimen (1910-1933). A propósito del "Ulises criollo" del licenciado don José Vasconcelos*, México, Editorial Cultura, 1936, 395 p.

[14] Félix F. Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Ediciones Botas, 1937, 558 p.

[15] *Amaya* es el modelo de Ibargüengoitia. Sus obras: *Carranza. Caudillo constitucionalista. Segunda etapa, febrero de 1913-mayo de 1920*, México, edición del autor, 1947, 499 p., y *Los gobiernos de Obregón, Calles y regímenes "peleles" derivados del callismo, 1920-1935*, México, edición del autor, 1947, 456 p. Manuel W. González, *Con Carranza. Episodios de la revolución constitucionalista 1913-1914*, 2 v., Monterrey, Talleres de Cantú Leal, 1933. Juan Barragán Rodríguez, *Historia del ejército y la revolución constitucionalista*, 2 v., México, Antigua Librería Robredo, 1946. Amado Aguirre, *Mis memorias de campaña. Apuntes para la historia*, México, [s. e.], 1953, 430 p. Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 v., México, [s. e.], 1934-1952 y Gabriel Gavira, *Su actuación político-militar-revolucionaria*, México, [s. e.], 1933. Los libros de González, Barragán, Aguirre y Magaña han sido reeditados en facsímil por el INEHRM en 1985. Aunque los de Barragán y Aguirre aparecieron en 1946 y 1953 fueron escritos durante los años treinta. El de Magaña fue continuado por Carlos Pérez Guerrero tras la muerte del autor.

Las obras de los mencionados, y otras semejantes, pueden caracterizarse como memorias, más que autobiografías, en la medida en que el protagonismo está vigente, pero limitado a los momentos y los años de lucha armada; son, además, crónicas, porque su modo de composición está determinado por la acumulación de material informativo en orden de sucesión temporal. No hay elaboración historiográfica mayor ni intentos de explicación sociológica o de cualquier índole disciplinaria, ni existe vínculo entre sus relatos y alguna forma historiográfica vigente en su momento, o en el pasado inmediato. No son historiografía plenamente lograda, como la que escribían de manera coetánea algunos anticuarios a los que he calificado como tradicionalistas empíricos y quienes, por lo menos, partían de una investigación más compleja que el ordenamiento de recuerdos apoyado en documentos.

Se trata, también, de historiografía inmediata, en la medida en que los autores fueron testigos de lo que tratan sus propias narraciones. Eso los califica y les da la autoridad que pretenden ostentar. Son, asimismo, revolucionarios. En sus relatos, en contraposición a los antivalores de anarquía y bandidaje, está una suerte de epopeya, como la que priva en el gran recuento de Carlos María de Bustamante. Hay, así como en la obra del oaxaqueño, la inserción de documentos la mayor de las veces completos, a lo largo del texto, que, también en la mayoría de los casos, es generoso.

La memoria es material parahistoriográfico, pero es un género en sí mismo. No toda memoria es historia, aunque toda memoria contribuye al conocimiento histórico. Carece de la introspección psicológica de la autobiografía, como sucede con la secuela vasconcelista, particularmente con *Ulises criollo*, y por no perder el protagonismo tanto del autor como del caudillo a quien seguía, no se da la extensa galería de retratos lograda por Martín Luis en *El águila y la serpiente*. Muchas de estas memorias de generales no son, en rigor, memorias sin más. Hay en ellas una elaboración historiográfica que las sustenta. Su diferencia con Guzmán y Vasconcelos radica en que los civiles y militares convertidos en historiadores/cronistas de la Revolución proceden más como reconstructores de un proceso fundado en la pormenorización del relato que en el interés por la caracterización de los protagonistas. El género es indudablemente más próximo a la crónica que a cualquier otro. Ello los ha hecho desmerecer ante los historiadores propiamente dichos, pero su contribución, exenta de sociologismos o de una *doxa* abundante los coloca en una perspectiva de historia narrativa, a veces rica, a veces elemental, pero legítima como recuperación de lo que fue, según ellos la vieron, la Revolución Mexicana.

La revolución cincuentenaria y sus historias

Si se acepta que la historiografía originaria de la Revolución Mexicana es la escrita por sus protagonistas, al acercarse la celebración del primer cincuentenario del inicio del acontecimiento, la producción historiográfica protagónica mermaba para ir cediendo su lugar a una nueva generación de historiadores, los cuales si bien habían sido contemporáneos a los sucesos, no habían tenido una participación activa en el primer plano de los hechos. Eran demasiado jóvenes cuando ocurrieron los principales acontecimientos, por lo que resultaron ser más testigos que actores, sin menoscabar con ello lo que les tocó desempeñar, aunque fuese sólo como actores de cuadro, o ni siquiera. El caso es que a ellos les correspondió, mejor que a los protagonistas, emprender la confección de historias generales de la Revolución, a diferencia de sus predecesores, cuya mayor productividad se centró en testimonios parciales que, si bien tenían como trasfondo histórico a la Revolución en su conjunto, se centraron en aquello que conocían mejor, por haber tenido participación directa en los hechos.[1] Conforme avanzaba el tiempo, la necesidad de historias generales de la Revolución, extensas o sintéticas, era evidente.

Algunos de los protagonistas habían desarrollado este ejercicio. Andrés Molina Enríquez intentó[2] una exégesis de "los primeros diez años de la Revolución agraria de México" a los que dedicó la quinta parte de una construcción histórica compleja que abarca la historia general de México, desde sus más remotos y profundos orígenes, hasta la década revolucionaria. El constituyente michoacano Jesús Romero Flores, más puntual que Molina, emprendió la redacción de cuatro volúmenes en los que apuntaba una historia conciliadora, aunque destacando el papel de los grupos victoriosos.[3] Cae dentro de una buena

[1] El capítulo anterior da cuenta de ello.

[2] Andrés Molina Enríquez, *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la revolución agraria de México (de 1910 a 1920)*, 5 v., México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1932-1936.

[3] Jesús Romero Flores, *Anales históricos de la Revolución Mexicana*, 4 v., México, *El Nacional*, 1939.

tipificación de historia oficial, con buena manufactura fáctica. Menos ponderado fue don Miguel Alessio Robles en la edición de lo que originalmente fue una serie de conferencias.[4] No ocultó nunca su anticallismo, para señalar una de sus fobias. Ya próximo a morir, y al cincuentenario de la Revolución, el antiguo porfirista y colaborador del gabinete de Huerta, Jorge Vera Estañol, entregó a la editorial Porrúa una historia totalmente contraria a la versión oficial en la que cabe destacar el subtítulo: después de enunciar al sujeto "la Revolución Mexicana" lo complementa con dos palabras clave: "orígenes y resultados".[5] Se trata de una síntesis general del Porfiriato y una historia general de la Revolución, hasta las cercanías del momento presente, para concluir con un ensayo en el que trata de despejar la cuestión: "evolución o revolución", eco de su convicción evolucionista, que confirma al considerar inútil la Revolución, ya que los resultados a los que se llegó no podrían diferir de los alcanzados por simple vía evolutiva. No es complaciente. Su crítica es muchas veces devastadora.

En los años en que aparece el libro de Vera Estañol, los cincuenta, el momento de equilibrio propiciado por la administración de Adolfo Ruiz Cortines, la revista *Problemas Agrícolas e Industriales de México* había hecho presencia en la clase ilustrada del país. Fue un órgano aglutinante, que publicaba textos contestatarios, conciliadores, polémicas a partir de un texto central que podría ser un importante rescate histórico: *Los grandes problemas nacionales*, el *México bárbaro*, de Turner, o el más reciente de Tannembaum. Esto propició poner en el mapa contribuciones extranjeras contemporáneas, tanto alusivas a problemas históricos, como el importante libro de François Chévalier sobre *La formación de los grandes latifundios*, como trabajos acerca de *El ejido, única salida para México*, de Eyler N. Simpson, para sólo citar algunos. Esto le fue dando una dinámica interesante al conocimiento de la Revolución al vincularlo con el de su continuidad en el México contemporáneo. Al mismo tiempo, y desde las mismas páginas de la revista cuyo director fue Manuel Marcué Pardiñas, se cuestionaba dicha continuidad, tratando de escindir la Revolución "de entonces" con "la de ahora", para recuperar el lenguaje crítico de Luis Cabrera, fallecido justamente en 1954, cuando acababa de ser inaugurado nuestro Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, con el licenciado Salvador Azuela a la cabeza.

[4] Miguel Alessio Robles, *Historia política de la Revolución*, 3a. ed., México, Ediciones Botas, 1946, 393 p. [Edición facsimilar, INHERM, 1985].

[5] Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana. Orígenes y resultados*, México, Editorial Porrúa, 1957, 797 p.

La mejor alternativa posible era conocer la Revolución bajo el mirador de una historia rigurosa que analizara sus principales documentos y que emprendiera una reconstrucción coherente de los hechos para proponer una síntesis. El tiempo transcurrido obligaba a que la Revolución fuera estudiada en las escuelas, como de hecho ya se venía haciendo. El problema que se palpaba es que quienes profesarían la enseñanza de la materia ya no iban a ser los supervivientes, por muy longevos que resultaran, sino jóvenes que, ésos sí, ni siquiera habían nacido cuando murió Obregón. Tema pendiente de investigar es la historia de la enseñanza de la historia de la Revolución, asunto en el cual uno de los personajes abordados en esta ponencia tendrá un papel muy importante, Manuel González Ramírez.

A lo largo de los años cincuenta se elaboran y publican, o por lo menos lo primero, trabajos que serán de una gran importancia por la recepción que tendrán, independientemente de aquello que preparaba el gobierno federal, que se desempeñaba como albacea del Estado emanado de la Revolución.

El conocimiento documental tenía que ser lo precedente. Manuel González Ramírez fue quien inició un trabajo señero en este renglón. Amparado en el Patronato de la Historia de Sonora, aunque él no fuera sonorense, inició la publicación de cinco recopilaciones fundamentales para conocer la Revolución que publicó el Fondo de Cultura Económica: las *Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana*, que incluyen los planes políticos, los manifiestos políticos, la huelga de Cananea, la caricatura política y los *Ocho mil kilómetros en campaña*, del general Obregón, con una introducción militar excelente del general Grajales y un significativo prólogo del general Francisco L. Urquizo en el que de manera explícita alude a su antigua militancia carrancista. La conciliación en los altos niveles era un hecho.[6] Los cinco volúmenes de González Ramírez pasan a la historia como una de las empresas editoriales más serias y responsables que se hayan emprendido acerca del conocimiento histórico de la Revolución. Prácticamente no había precedentes. Se trató de reunir, con muy buen resultado, la totalidad de los planes significativos de la Revolución, así como sus principales manifiestos y un rescate muy satisfactorio de caricaturas, con lo que se contribuía al conocimiento iconográfico de la Revolución. A este respecto cabe introducir un paréntesis. Desde 1940, la *Historia grá-*

[6] *Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana*, 5 v., *I. Planes políticos y otros documentos*, *II. La caricatura política*, *III. La huelga de Cananea*, *IV. Manifiestos políticos (1892-1912)*, *V. Ocho mil kilómetros en campaña*, prólogos de Manuel González Ramírez, México, Fondo de Cultura Económica, 1954-1959.

fica de la Revolución Mexicana, de Agustín Casasola, se había convertido en referencia obligada para dicho conocimiento. Sus diez fascículos encuadernados en dos tomos daban un repertorio muy amplio de imágenes de personas y hechos del otoño porfiriano a la Revolución que podían satisfacer la necesidad de conocer las imágenes captadas por la cámara. Y en este sentido, en 1950, se estrenó la edición del material cinematográfico del ingeniero Salvador Toscano editado por su hija, la escritora Carmen Toscano, con el título de *Memorias de un mexicano*, documental clásico sobre la Revolución. Cerrado el paréntesis, volvamos a los documentos dados a conocer por el licenciado González Ramírez. Las dos notas *sonorenses* de la colección la dieron Cananea, como "cuna de la Revolución" y la gran colección de partes militares de Obregón, editados originalmente en 1917, en los que se detallan los hechos de armas de los que fue protagonista y que tienen como eje al Cuerpo de Ejército del Noroeste. El ejemplo dado por esta recopilación fue fructífero. En 1962 comenzaría a aparecer la exhaustiva colección dirigida en su inicio por don Isidro Fabela[7] y, sobre todo, la posibilidad de pasar de la memoria y la prensa periódica a la consulta documental. La Universidad Nacional Autónoma de México recibió por entonces los archivos de Gildardo Magaña, fundamentales para el zapatismo, y las colecciones cristeras organizadas por don Miguel Palomar y Vizcarra. Se pasó del trabajo con documentos que obraban en poder de particulares a su consulta potencial en repositorios públicos.

La Revolución Mexicana como materia de enseñanza fue adquiriendo carta de naturalización. González Ramírez, por mucho tiempo jefe de clases de historia en la Escuela Nacional Preparatoria, no sólo le dio un lugar en el plan de estudios de historia de México, sino que se comenzó a impartir un seminario de Revolución Mexicana, monográfico, con duración anual. En otros ámbitos, como la Normal Superior, también se le estudiaba. Un auxiliar importante para ello fue la aparición de la *Historia de la revolución mexicana* de José Mancisidor,[8] si no la primera sí la más divulgada y aceptada versión marxista de los hechos revolucionarios. Mancisidor seguía la línea stalinista soviética preponderante en los cincuenta. Fue uno de los intelectuales mexicanos más reacios a aceptar las directrices del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, impulsadas por Kruschef, contra el culto a la

[7] Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana*, 30 v., I-IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1960-1964, V-XXX, México, Editorial Jus, 1965-1973.

[8] José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, 10a. ed., México, Editores Mexicanos Unidos, 1959, 367 p.

personalidad. Su concepción se refleja en las páginas de su libro, que tiene el acierto de tener una buena estructura narrativa.

En su primer lustro de actividad, el INEHRM se distinguió por emprender interesantes rescates. Por una parte, inició el estudio de la Revolución en los estados de la República, tarea que entonces se perfilaba como una de las más originales, si bien sus productos adolecían del rigor profesional que ya caracterizaba a la historia escrita en el campo académico, dedicada a otras épocas. Asimismo, desarrolló el tema de la vinculación de la Revolución con trabajos sobre el teatro, como los de Armando de Maria y Campos, cuya investigación sobre el género chico se emparenta con el estudio de la caricatura.[9] Es una de las obras más dignas de rescate. Para el año de 1960 inició la publicación de fuentes con el *Diario de los debates* del Congreso Constituyente de 1916-1917, a la que seguirían las ediciones de los debates de la XXVI Legislatura y la Soberana Convención de Aguascalientes.

En el mismo año del cincuentenario apareció la primera edición de la *Breve historia de la revolución mexicana*, en dos volúmenes, de la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, que siempre se ha caracterizado por sus enormes tirajes y, por consiguiente, por su gran aceptación.[10] El librito de don Jesús Silva Herzog es sin duda uno de los más importantes que se han producido sobre el tema. Inteligentemente sólo llega hasta 1917, es decir, no se compromete con el destino de la Revolución, sino que la deja en su momento culminante de la Constitución y a cada capítulo lo complementa con una inteligente selección documental. Pronto se convirtió en la mejor alternativa para apoyo docente y su brevedad lo hizo ser aceptado por los lectores no cautivos. Sus tirajes alcanzan muchas decenas de millares.

Durante ese mismo año de 1960 apareció el primer volumen de los cuatro que integrarían *México, 50 años de revolución*, expresión con la que el lopezmateísmo celebraba su vigor nacionalista.[11] Todo era obra de la Revolución, nada escapaba a ella. Como buena obra colectiva, contiene material durable y material con fecha de caducidad muy anticipada. Cuarenta años después se le puede leer, de acuerdo con la frase de Carlos Monsiváis, para documentar el optimismo. De esa obra

[9] Armando de Maria y Campos, *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1956, 439 p., y *El teatro de género dramático en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1957, 458 p.

[10] Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

[11] *México, 50 años de Revolución*, 4 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1960-1962. El compendio en un solo volumen es de este último año.

se hizo una síntesis en un solo volumen que tuvo una amplia difusión. De los trabajos *in extenso* hay muchos rescatables.

Manuel González Ramírez pasó de la recopilación a la elaboración de su propio libro sobre la Revolución Mexicana. Se trata de *La revolución social de México. Las ideas. La violencia*, primero de una serie de tres volúmenes.[12] A primera vista se advierte que no es un dechado en materia de composición. La opción temática hace que la cronología se violente y que se repitan cosas. El lector —yo, al menos— echa de menos la integración cronológica del libro. Sin embargo, esos defectos en el orden de la arquitectónica aminoran frente a las virtudes de la investigación original en fuentes frescas y novedosas y en interpretaciones que, si bien se inclinan hacia un obregonismo muy explícito, no son ajenas a cierta lógica. González Ramírez fue un historiador de gran solidez cuya propuesta debió haber fructificado más. Tal vez su falta de integración lo alejó de convertirse en auxiliar escolar como lo fueron los libros de Mancisidor y Sillva Herzog, y aun el de Vera Estañol a nivel facultativo.

"La revolución día por día" podría ser el título adecuado para la magna obra de don Alfonso Taracena: *La verdadera revolución mexicana*.[13] El ingreso a la historiografía de la Revolución del vasconcelista más ortodoxo fue por la vía mnemotécnica con *Mi vida en el vértigo de la Revolución*.[14] Pasados los años preparó esa enorme revisión cronológica que recupera los acontecimientos conforme se fueron sucediendo. Acaso exista una antinomia entre el libro de Taracena y el de González Ramírez. Ni uno ni el otro resultan ser la mejor posibilidad de narración histórica, aunque el segundo claramente se ofrece como una obra de consulta. Es un prontuario indispensable, como el de González Ramírez es una obra para la reflexión, para la discusión sobre las interpretaciones y el análisis de la continuidad y discontinuidad de los posibles procesos históricos de la Revolución.

Faltaba una obra que sin perder el rigor cronológico recuperara la coherencia de una narración que al interpretar fuera explicando los

[12] Manuel González Ramírez, *La revolución social de México*, 3 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1960-1966. El tomo más citado de este autor es el primero, cuyo subtítulo dice: *Las ideas. La violencia.*

[13] Alfonso Taracena, *La verdadera revolución mexicana*, 18 v., México, Editorial Jus, 1960-1965. Abarca hasta 1932. A continuación publicó: *La revolución desvirtuada. Continuación de la verdadera revolución mexicana*, 7 v., México, Costa Amic, 1966-1976, que cubre el periodo de 1933 a 1939. También es autor de *Historia extraoficial de la Revolución Mexicana*, 2a. ed., México, Editorial Jus, 1987, 517 p.

[14] Alfonso Taracena, *Mi vida en el vértigo de la Revolución. (Anales sintéticos. 1900-1930)*, 2a. ed., México, Ediciones Botas, 1936, 715 p.

hechos. Sin duda esa misión correspondió a José C. Valadés. De los mencionados, acaso es quien para el momento de escribir su obra resultara ser el más experimentado como historiador. Aquí se deberá tener en cuenta lo obvio: ninguno de los mencionados tenía formación de historiador, aunque todos se hicieron sobre la marcha, incluso participando de las tareas académicas, como Silva Herzog y González Ramírez, además de Valadés. Cuando este último tomó la pluma para abordar la Revolución, en 1963, ya contaba con una buena bibliografía personal de respaldo, producida en poco más de veinticinco años. De la Revolución se había ocupado más cuando todavía no abandonaba su práctica periodística, con sus libros breves sobre Adolfo de la Huerta y Rafael Buelna, que tenían mucho de testimonio y entrevista, además de algo de investigación, así como en una enorme cantidad de artículos periodísticos. Ya en su madurez como historiador, emprende la confección de diez volúmenes sobre la Revolución Mexicana que arrancan con la etapa precursora y culminan en el presente, si bien de una manera ya no muy puntual. Es decir, ya no hace propiamente la historia detallada de los últimos sexenios, pero sí los aborda. Le da, pues, una continuidad al proceso, ya sin la crítica de Vera Estañol, sino con un afán más descriptivo. Valadés es rico y prolijo en información, lo cual lo hace no arredrarse ante temas muy variados de índole política, que es lo que más abarca la obra, que también se ocupa de asuntos económicos, sociales y culturales y, aun dentro de éstos, de cultura popular. Acaso su vastedad le hace perder integración histórica, ya que tiende a separar los hechos, unidos sólo por su coetaneidad. No es una obra plenamente integrada, pero es una obra que gana mucho sobre las demás. Su problema es el que fue el libro más inversamente proporcional al de Silva Herzog: su *Historia de la revolución mexicana* (1963-1967) fue publicada por primera vez en Cuernavaca, por una casa no muy profesional, lo cual hizo imposible su distribución. Más tarde apareció una edición pretenciosamente lujosa, que tampoco trascendió más allá de los especialistas o de los que compran libros para adornar paredes. Finalmente, gracias al LXXV aniversario de la Revolución, la editorial Gernika, subvencionada por el propio INEHRM, produjo una edición de gran tiraje.[15] De cualquier manera, esta obra de Valadés no ha sido suficientemente conocida. De ella se hizo una versión sintética, gracias al esfuerzo de Felipe

[15] José C. Valadés. *Historia general de la Revolución Mexicana*, 10 v., 3a. ed., México, SEP Cultura-Ediciones Gernika, 1985. Las ediciones anteriores son: Cuernavaca, Manuel Quesada Brandi, 1963-1967; y en 5 v., Editorial del Valle de México, 1976, en la que se señala que es corregida y aumentada.

Gálvez, que al parecer tampoco ha llegado a muchos lectores.[16] Esta síntesis hace que se pierda algo de la grandilocuencia de Valadés, que es su característica de estilo más acusada, así como también su afán muralístico. John Womack expresó alguna vez que Valadés era el E. H. Carr de la Revolución Mexicana. No lo contradigo. Su esfuerzo individual fue muy grande. Sería el mayor, de no haber existido el enorme trabajo de Taracena.

No toda la producción de la época se refirió a la Revolución de manera general. También se ensayó abordarla en parcelas temporales o en aspectos. De los últimos destaca el militar, que fue la tarea que se impuso el general Miguel Ángel Sánchez Lamego. Su vasta obra no pierde de vista aquello que caracterizó, ante todo, a la Revolución, esto es, el que se trató de una serie de enfrentamientos entre ciudadanos armados y el Ejército Federal, primero, y después entre los ejércitos que se fueron formando al calor de los hechos. Su obra es de estilo parco, cercano al tipo de fuentes que manejó y que en su mayoría provenía del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, así como de la bibliografía pertinente. En el momento en que el general Sánchez Lamego emprendió su trabajo, no era fácil, ni para él mismo, según alguna vez comentó en público[17] consultar y aprovechar los materiales del Archivo de Guerra, sin embargo, las autoridades cedieron y, gracias a ello, sus libros constituyen una aportación sólida para el conocimiento de los hechos. Sus trabajos cubren las revoluciones constitucionalista y maderista, la zapatista en el régimen de Huerta y la convencionista.[18] Además, es autor de un diccionario biográfico de militares de la Revolución.

Otro autor que se ocupó de un tema particular, en la época de las generalizaciones, fue Luis Fernando Amaya C., quien hizo una investigación muy completa y bien llevada en torno a *La Soberana Conven-*

[16] José C. Valadés, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, presentación de Alejandro Gálvez Cancino, México, Editorial Cambio XXI, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1993, 196 p. Don José Valadés también publicó: *La Revolución Mexicana y sus antecedentes. Historia general y completa del Porfiriato a la Revolución (1876-1984)*, México, Editorial del Valle de México, 1988, 644 p.

[17] Lo hizo en el Coloquio de Historia Militar, organizado por el autor de este trabajo y llevado a cabo en las instalaciones de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán de la UNAM, en 1979. Uno de los participantes fue precisamente el general Sánchez Lamego, quien se quejó de las dificultades que la propia Secretaría de la Defensa Nacional le puso para llevar a cabo su investigación.

[18] Miguel A. Sánchez Lamego, *Historia militar de la Revolución Constitucionalista*, 5 v., México, INEHRM, 1956-1960; *Historia militar de la Revolución maderista*, 3 v., México, INEHRM, 1976-1978; *Historia militar de la Revolución zapatista bajo el régimen de Huerta*, México, INEHRM, 1979, 260 p.; *Historia militar de la Revolución en la época de la Convención*, México, INEHRM, 1983, 210 p.

ción Revolucionaria, que no había sido tratada *in extenso* en la época desde que don Vito Alessio Robles se ocupó de ella. Ya para el mirador del cincuentenario, el tema de la Convención se podía incorporar al discurso general de la Revolución, pese a que las pasiones todavía estaban si no desencadenadas, sí al menos despiertas.[19] El profesor Amaya pertenece a la generación de historiadores de la Escuela Normal Superior.

En suma, la producción historiográfica que se dio alrededor del cumplimiento de su primer medio siglo reviste una importancia que los años recientes no han sabido aquilatar. Fue una historiografía de transición entre la protagónica y la académica reciente, cuya característica central es el revisionismo.[20] Esta historiografía es la que aparece después de 1968 y está escrita por una generación ajena a cualquier vivencia revolucionaria. Los de la generación intermedia cumplieron con un papel importante al analizar y sintetizar hechos que habían sido abordados por las mismas personas que los vivieron. No representó, sin embargo, una reacción contraria a los primeros, en el sentido de que no polemizan con ellos, más bien los utilizan como fuente, al igual que lo hacen con documentos primarios o con la hemerografía. Algo de su memoria también está presente, ya que, como señalé al principio, todos ellos fueron contemporáneos a los acontecimientos. El menor de ellos fue González Ramírez, nacido en 1904. La nota fundamental de este conjunto de contribuciones historiográficas es que son los primeros en abordar la Revolución como historia, en el sentido de hecho acontecido, pasado, aunque no cerrado ni muerto, ya que todos de alguna manera lo proyectan al presente, desde la omisión prudente de don Jesús Silva Herzog de pasar más allá del 5 de febrero de 1917 hasta el explícitamente abierto de Valadés. Eso los hace ocultar su pesimismo frente al optimismo desbordado del régimen de Adolfo López Mateos. Hace mucha falta, desde luego, retomar su lectura, analizar cada uno de sus libros para ubicarlos dentro del rico proceso historiográfico de la Revolución Mexicana el cual, pese a referirse a hechos del último siglo, ha propiciado una de las producciones más extensas de las referidas a cualquier otro acontecimiento histórico mexicano, incluyendo la Conquista. Finalmente, ellos pusieron las bases para el desarrollo de la historiografía posterior, la cual, entre otras de sus características, no puede prescindir del diálogo con los histo-

[19] Luis Fernando Amaya C., *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, México, Trillas, 1966, 468 p.

[20] Tema del capítulo siguiente.

riadores del exterior, como de manera contrastada sí sucedió con la aludida en esta ponencia, a pesar de haberse producido fuera del país una obra tan consistente e influyente en los académicos extranjeros como la de Frank Tannembaum, o la entonces reciente incursión de los soviéticos en el mismo terreno, de los cuales sobresale Rudenko. Como parte del proceso histórico que los forma, para los historiadores de la generación transitiva, la reconstrucción histórica de la Revolución sólo era asunto de mexicanos.

Los orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución Mexicana

El historiador norteamericano David Bailey se refirió con el nombre de "revisionista" a una historiografía cuyo tema era la Revolución Mexicana y que comenzó a circular hacia el final de los años sesenta.[1] El nombre ha tomado carta de naturalización. Hoy en día todos los estudiosos de la Revolución identifican claramente a su historiografía revisionista. Bailey acertó. Lo que no desarrolló, puesto que entonces no venía al caso, fue el trazo de toda la génesis de esa historiografía a la que hoy asociamos los nombres de Womack, Meyer, Katz, Guerra, Krauze, Aguilar, Córdova, entre otros. La propuesta que presento ahora parte de la hipótesis de que el revisionismo nació en el momento en que los veteranos de la Revolución abandonaron la pluma y los académicos comenzaron a penetrar en terrenos en los que antes no se habían interesado, salvo alguna rara excepción.

Antes de que eso ocurriera, que, como veremos, fue al promediar los años cincuenta, había habido un revisionismo, pero no propiamente historiográfico, sino decididamente político, cuyo objeto no era precisar interpretaciones históricas, sino discutir el rumbo que estaba tomando el país bajo el amparo de una Revolución Mexicana convertida en ideología, que poco tenía ya que ver con la realidad. Intelectuales como Luis Cabrera, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas habían sido, como los define Stanley Ross,[2] "sepultureros de la revolución". Pero sus trabajos, valiosos entonces como ahora, no eran de índole historiográfica. Eran ensayos políticos mediante los cuales discutían con quienes detentaban el poder entonces y con el uso que le daban a la Revolución como fuente nutriente del régimen gubernativo en turno y del Estado mexicano en general. Se enfrentaron a la interpretación oficial de la Revolución, cotejándola con la realidad y

[1] David C. Bailey, "Revisionism and the Recent Historiography of Mexican Revolution", en *Hispanic American Historical Review*, v. 58, núm. 1, February 1958, p. 62-79. Poco después de su aparición, Antonio Saborit publicó una traducción en *La Cultura en México. Suplemento de Siempre!*

[2] Stanley R. Ross, *¿Ha muerto la Revolución Mexicana?* 2 v., México, Secretaría de Educación Pública, 1972 (SepSetentas, 21-22).

desenmascarando la incongruencia que resultaba de ese cotejo de ella con la realidad. Pusieron de manifiesto el carácter irónico del discurso revolucionario: la práctica era lo contrario de lo que decía la voz de los ideólogos.

La obra producida por la primera generación de historiadores de la Revolución, que actuaron en ella militar o políticamente, ya había llegado al agotamiento y todavía no aparecían los libros de quienes debían continuarla. Éstos surgieron paralelamente al momento que voy a tratar, en la segunda mitad de los años cincuenta, cuando uno de los porfirianos sobrevivientes, Jorge Vera Estañol, dio a conocer su trabajo en el que concluía que con revolución o sólo con evolución, el país hubiera llegado al mismo punto, o bien el primer libro monográfico sobre la Revolución Mexicana, de confección marxista, debido a la pluma del ortodoxo stalinista José Mancisidor, para llegar a la síntesis de Jesús Silva Herzog, que significativamente concluye en 1917, y esperar un poco a la aparición de los tres tomos de Manuel González Ramírez, de complicada estructura, y a la voluminosa obra de José C.Valadés, calificado por Womack como el E. H. Carr de la historiografía de ese proceso histórico mexicano.[3] Generación de autores, con la excepción de Vera Estañol, que vivió en su infancia o temprana juventud la Revolución y no tuvo participación significativa en ella. Esto los distingue de quienes sí lo hicieron y quisieron a toda costa que su interpretación predominara. Los de la segunda generación trataron de recuperar más el conjunto, ya que los primeros expresaron a la facción a la que pertenecieron y no vieron a la Revolución como un todo, salvo algunas excepciones como la de Jesús Romero Flores. Unos y otros se encontraban muy distantes de lo que sería el revisionismo. Y no me extiendo aquí sobre la presencia de los historiadores extranjeros, sobre todo norteamericanos, que se ocuparon de la Revolución, porque, en general, fueron poco leídos por los mexicanos. Su presencia aumentó después, de manera proporcional al interés académico en la Revolución.

Los historiadores académicos permanecieron ajenos a las polémicas que habían enderezado los críticos del sistema contra las desviaciones revolucionarias. Eso era, en última instancia, cosa de políticos, y la misión de la academia era promover la asepsia histórica. Podría decirse que esa especie relativamente nueva en la fauna intelectual mexicana sólo se interesaba en las historias remotas de la antigüedad prehispánica y los tres siglos coloniales, además de las vicisitudes de

[3] El capítulo anterior da cuenta de esa producción historiográfica.

la Independencia. De la compleja era de Santa Anna en adelante, preferían hacer caso omiso, con la excepción tal vez de la Reforma, lo que podía dar ocasión de ejercer la Clío de bronce. El Porfiriato y la Revolución no fueron tema de los historiadores que ejercían su oficio en las nuevas instituciones que los cobijaban. Si acaso ese periodista metido a historiador, que daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras, José C. Valadés, era la excepción de la regla. Tal vez tenían el temor, nada infundado, de que los historiadores-veteranos de la Revolución reaccionaran violentamente contra ellos y los tildaran de advenedizos. Los revolucionarios habían estado ahí, tenían los documentos y recordaban paso a paso sus hazañas y las de sus jefes. Optaban por la descripción de los hechos y la transcripción de documentos como garantía de verdad. Hoy en día esa historiografía es una apreciable fuente, más en el orden informativo que en el interpretativo, pero en su tiempo era una propiedad privada a la que no se podía ingresar sin permiso.

El año de 1955 es el que nos da el punto de partida para nuestro intento. La Facultad de Filosofía y Letras había abandonado su tradicional edificio de Mascarones, en la Ribera de San Cosme, para instalarse en la Ciudad Universitaria, entonces máximo ejemplo de la modernidad arquitectónica mexicana. El traslado al sur no afectó las tradiciones. Los cursos de invierno se siguieron ofreciendo en ella y los de ese año estuvieron dedicados a la Revolución Mexicana, gracias al interés en el tema del entonces director de la Facultad, Salvador Azuela.

La lista de participantes además de ser impresionante, fue sobre todo representativa del momento y de las expectativas que se podían tener del estudio del México revolucionario a mediados del sexenio de Ruiz Cortines. Un año antes el propio gobierno había creado el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación, del que Salvador Azuela fue también primer vocal ejecutivo. Como integrantes de su consejo técnico consultivo quedaron varios veteranos-historiadores. Los sonorenses beneficiados con el movimiento revolucionario echaron a andar por esos años el Patronato de la Historia de Sonora, cuyo principal animador fue el licenciado Manuel González Ramírez. Este Patronato se distinguió por haber publicado importantes fuentes para la historia de la Revolución.

Dentro de ese ambiente, es posible que los cursos de invierno de Filosofía y Letras hayan creado por lo menos cierta expectación. Cada uno consistiría de cinco conferencias y serían impartidos por conocedores de sus respectivos temas, ya se tratara de periodistas, actores

políticos, académicos o intelectuales. Los participantes en el curso de invierno fueron José Alvarado, Diego Arenas Guzmán, Arturo Arnáiz y Freg, Salvador Azuela, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, Justino Fernández, Henrique González Casanova, Manuel González Ramírez, Juan Hernández Luna, Xavier Icaza, Francisco Larroyo, Lucio Mendieta y Núñez, Vicente T. Mendoza, Manuel Moreno Sánchez, Manuel Germán Parra, Octavio Paz, Gabriel Saldívar y Silva y Rodolfo Usigli.[4]

La temática tratada puede dividirse en tres grandes rubros: historia intelectual, historia de la Revolución como fenómeno histórico y cuestiones estructurales. Dentro de las últimas: petróleo, desarrollo económico, movimiento obrero, reforma agraria y programa educativo. La historia intelectual tuvo como asuntos por tratar: la pintura, la novela, el teatro, la poesía, el corrido, la historiografía, las influencias filosóficas. Cabe señalar que la participación de Paz no se refirió a la poesía de la Revolución, cuestión tratada por González Casanova, sino a aspectos que desarrolló en su libro magistral *El arco y la lira*. Los temas de historia de la Revolución fueron, entre otros, los planes revolucionarios, los nexos del movimiento armado con el Porfiriato y "un curso de apreciación política sobre la vitalidad y decadencia de los ideales del movimiento revolucionario que se inició en 1910, sobre su crisis histórica y especialmente sobre la proporción y forma en que la realidad nacional ha trascendido el cuadro de las medidas revolucionarias". Ese curso fue impartido por Manuel Moreno Sánchez. Poco tiempo después, en el mismo año de 1955, publicó su versión escrita en otra revista, *Problemas agrícolas e industriales de México*, la cual es, también, todo un tema de estudio.

Antes de examinar dicho curso, me ocuparé del que fue dictado precisamente por Juan Hernández Luna,[5] quien se preocupó por buscar a los "precursores intelectuales de la Revolución Mexicana" anticipando con este título el libro que publicaría unos quince años después James D. Cockcroft. Discípulo y paisano de Samuel Ramos, Hernández Luna abre su discusión con un valioso recorrido acerca de las diferentes interpretaciones en torno a si la Revolución tuvo o no precursores intelectuales. Ante esa interrogante, plantea el michoacano la existencia de cinco tesis. Éstas van desde la que plantea la ausencia total de cualquier anticipo de precursor intelectual, hasta la múltiple,

[4] El programa de los cursos de invierno celebrados del 24 de enero al 3 de febrero de 1955 aparece en la revista *Filosofía y Letras*, núm. 57-59, enero-diciembre de 1955, p. 395-401.

[5] Juan Hernández Luna, "Los precursores intelectuales de la Revolución Mexicana", en *Filosofía y Letras*, 59, enero-diciembre de 1955, p. 279-317.

es decir, la que sostiene que hubo distintas variantes ideológicas en la Revolución, de manera que cada una tuvo sus antecedentes, aunque no haya habido un pensamiento precursor que elaborara una utopía revolucionaria cabal y que previera los resultados a los que se llegó. Así, son precursores quienes se refirieron a los problemas agrarios, como José María Vigil, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez; son precursores de la vida democrática que se buscó implantar, desde luego Francisco I. Madero y, con él, todos los que expresaron su antireeleccionismo y su afán democrático; son precursores los Flores Magón y, con ellos, sus seguidores y los que intuitivamente lucharon contra la injusticia, como Praxedis Guerrero y Lázaro Gutiérrez de Lara. Y también son reconocidos como anticipadores de la Revolución los miembros del Ateneo de la Juventud y, muy particularmente, su mentor principal, Pedro Henríquez Ureña. Paradójicamente, don Pedro es autor de una de las tesis que niega la existencia de precursores intelectuales de la Revolución. Él, al igual que Diego Rivera, sostenía que los intelectuales tenían puestos los ojos en Europa y nunca en la realidad nacional. En cambio, tanto Lombardo Toledano como Alfonso Reyes encuentran en las inquietudes espiritualistas del Ateneo y en el empleo de la conferencia como arma de difusión de las ideas un elemento que manifiesta la voluntad de cambio colectivo que culminó con la Revolución. Luis Cabrera y Jesús Silva Herzog se manifestaban porque cada aspecto de la Revolución había tenido algún tipo de anticipo.

Algunos de los autores de las tesis revisadas por Hernández Luna expresaron sus ideas acerca de lo que es o debe ser una revolución, como Cabrera, quien dijo que se trataba de "la rebelión de un pueblo contra la injusticia de un régimen social o económico", o bien, que "las revoluciones las hacen los pueblos para salir de una condición de servidumbre o de inferioridad en que los tiene sumidos un régimen". Don Alfonso Reyes, por su parte, y con respecto a la mexicana, dijo que "brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios sino un crecimiento natural".[6]

La revisión de las tesis sirve a Hernández Luna para ubicarse en la búsqueda de ideas precursoras y coincidir con quienes, como Cabrera, Silva Herzog y Lombardo, plantearon que las cosas fueron madurando conforme se acercaba el estallido. Hay espontaneidad, pero también hay una preparación lenta cuya finalidad no es necesariamen-

[6] Todas las citas provienen del artículo citado de Hernández Luna.

te hacer una revolución, sino fortalecer un ideario que sirviera para cotejarlo con la realidad y transformarla. Para este estudioso los precursores son quienes introdujeron al país las ideas de Fourier y Proudhon y las llevaron adelante para buscar el cambio social mediante la organización de los trabajadores. Lo que con el tiempo fue el anarcosindicalismo. Con ello, Juan Hernández Luna a su vez se convierte en precursor de los estudios sobre el pensamiento que orientó a los obreros mexicanos en los años precedentes a la Revolución. Hay un tímido revisionismo en la actitud y en la tesis de este profesor. Su aportación consiste, sobre todo, en enfrentar una idea generalizada, la de que los intelectuales eran afrancesados y no les importaba su país, fruto de la apariencia más que del análisis penetrante y que es lo que él caracteriza como tesis Rivera-Henríquez Ureña y que podría tener el *placet* de la historia oficial. Fuera de los historiadores magonistas y anarquistas, como Luis Araquistáin, ninguno de los historiadores veteranos de la Revolución suscribiría las aportaciones de Hernández Luna. Ninguno se reconocería como seguidor de socialismos utópicos.

Lo importante y rescatable es la pregunta con la que Hernández Luna abrió su investigación. Para estudiar una revolución, y no sólo desde el ángulo de las ideas, es pertinente averiguar si ese fenómeno tuvo precursores intelectuales, si hubo o no una idea previa que aspirara a transformar la realidad. Con las respuestas que después de él se fueron dando comenzaron a proliferar las etiquetas que hacia principios de los años sesenta le fueron adheridas a la Revolución Mexicana: social, democrático-burguesa, en fin, vocablos no siempre felices en la medida en que al tratar de decir mucho con poco terminaban no diciendo nada.

La suerte estaba echada y, si se quiere con timidez, esos seres extraños que eran los académicos se iniciaban en el estudio de lo que legítimamente era la historia contemporánea del país, la de los arranques de la contemporaneidad. De ahí que los cursos de invierno fuesen pertinentes. Se buscaba conocimiento y se buscaba interpretación: *episteme* y *doxa* de la Revolución. Los diferentes recorridos propuestos por los conferencistas indudablemente ofrecieron un amplio catálogo de hechos de la historia política, social y cultural acontecidos durante la Revolución y como consecuencia de ella.

Un caso muy representativo de la inquietud entonces presente en los ánimos de quienes querían hacer algo con la Revolución es el del licenciado Manuel Moreno Sánchez, cuyo curso fue importante para la historia del pensamiento político e histórico mexicano. Su título es muy atractivo y, desde luego, lleno de significado: "Más allá de la Re-

volución Mexicana".[7] Difícilmente se encuentra una expresión ideológica más cabal que la proporcionada por el antiguo militante vasconcelista, diputado en tiempos de Ávila Camacho y funcionario medio en los gobiernos de Alemán y el que corría. Militaba en el partido oficial desde su denominación como PRM, esto es, 1938. Su actividad en la campaña de 1929 lo había enfrentado al PNR. Su vinculación con el régimen lo hacía ser en algún sentido "vocero oficial" del mismo, pero, en rigor, hay que tomar las opiniones expresadas en el texto como personales, aunque está fuera de duda que un sector del gobierno compartiera algunas de sus ideas hasta hacerlas suyas, pero no todas; no son una interpretación oficial, se trata de un síntoma de una orientación que podría tomar el Estado con respecto a la Revolución.

"Mas allá de la Revolución Mexicana" combina el artificio de ser un manifiesto político, un análisis académico y una propuesta de interpretación histórica. Frente a los discursos monolíticos que terminaban planteando que, pese a sus diferencias, todos los caudillos "lucharon por un México mejor", o que la Revolución era una esencia predeterminada desde antes de que acabara de estallar, no digamos de definirse, si es que alguna vez se definió, Moreno Sánchez la aborda desagregándola, casi me atrevería a caer en la tentación de decir, deconstruyéndola, si no se tratara de un anacronismo metodológico.

Bajo la advertencia de que "el presente no se conoce, se interpreta", Moreno Sánchez advierte que el México de su tiempo era producto de la etapa histórica denominada "Revolución Mexicana". Tal revolución, según algunas percepciones, parecía no haber tenido lugar nunca. Según otras, la sociedad de ese momento, vivía "rutas distintas de las que parecieron marcarle las directrices revolucionarias", o bien, percibían otros, "la Revolución no pudo realizar lo que pretendió hacer". Moreno llega a la siguiente conclusión: "La vida nacional no se ajusta ya a lo que pareció ser el conjunto de elementos y de medios que, para resolver los problemas del hombre y de la nación, trajeron a la actualidad los revolucionarios de 1910". Plantea la posibilidad de que un viejo revolucionario debía pensar que sólo una nueva generación podría hacer lo que ellos no lograron, mientras que un joven diría que habría que hacer algo distinto a lo que hicieron los revolucionarios.

El examen del pasado debe iluminar el presente y conducirnos hacia el porvenir. Tras reproducir párrafos de la Entrevista Díaz-Creelman, del Plan y Programa del Partido Liberal de 1906 y de *La sucesión*

[7] Manuel Moreno Sánchez, "Más allá de la Revolución Mexicana", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, v. VII, núm. 2, abril-junio de 1955, p. 215-245.

presidencial en 1910, comenta que "Tal vez las coincidencias correspondan a formas políticas que entre nosotros sobreviven y que no pudieron ser destruidas por la Revolución Mexicana". Pero no es así: "bien podemos mirar que estamos más allá de la Revolución. Aunque muchas cosas nos parezcan iguales, lo que ocurre en realidad es que nuestra vida nacional no se somete ya al viejo cuadro de las ideas de los revolucionarios [...] vivimos una realidad no contra la Revolución, sino más lejos de ella".

Al abordar la revisión histórica de la Revolución, plantea que hubo cuatro revoluciones: la política, la agraria, la obrera y la cultural. De la política dice que fue la primera en definirse, aunque fue la que "menos perspectivas tuvo de afirmarse"; de la agraria opina que "alcanzó su perfección mucho más pronto". La obrera, si bien simultánea a la del campo, la entiende como un "acomodamiento de la realidad [...] anterior a su tiempo". La única que tomó sus perfiles definidos, fue la cultural.

En cuanto a la revolución política, surge del Porfiriato, régimen que requiere de un "esfuerzo comprensivo". Piensa que si en los años setenta del siglo XIX era necesario un gobierno fuerte, promotor de la paz y del orden, Díaz lo realizó, pero llevándolo al extremo. Si bien tuvo logros como la formación de una clase media, su problema consistió en que fue víctima de sus propias paradojas. No es del todo elegante la metáfora, pero lo caracteriza "como agua inmóvil [que] se pudrió por no encontrar drenaje". Por ello surgió la respuesta democrática de Madero y de quienes buscaban la democracia a través del sufragio efectivo que culminara en la no reelección. El proceso, en conjunto, acentúa las paradojas:

> mientras la revolución política era esencialmente liberal y democrática, la obrera resultaba antiliberal, por lo que tenía de socialista y antidemocrática en lo que respecta a la organización y el funcionamiento de las agrupaciones obreras. Es claro que la revolución agraria era esencialmente nacionalista, mientras que la obrera era internacionalista en sus concepciones fundamentales... [y] no es descabellado considerar que la revolución obrera era materialista, sobre todo en sus principios ideológicos, y frente a ella, la revolución cultural era principalmente espiritualista, siendo claro que ambas tendencias disputaron en un tiempo la primacía del pensamiento nacional.

Tal vez todo esto suene hoy demasiado conocido. Fue pensado y escrito en 1955, cuando la interpretación histórica de la Revolución era más bien extraña en el medio.

También divide Moreno Sánchez a la Revolución en etapas histórico-cronológicas, cada una de las cuales tuvo una crisis significante: la primera, al plantearse la reelección de Obregón y no cuidar la efectividad del sufragio. Ello hizo patente la crisis política. Cárdenas puso en crisis los principios de la reforma agraria, llevándola más lejos de lo que querían los revolucionarios de 1910-1920, lo que hizo a Luis Cabrera criticarlo y distinguir entre "la revolución de entonces y la de ahora". Por fin, tocó a Alemán poner en crisis la revolución obrera para acometer "la industrialización con un concepto nuevo del problema".

La crisis de la revolución cultural, de acuerdo con Moreno, consiste "en el desconcierto espiritual que sufre el país ante la preponderante preocupación por el problema económico y la atención preferente por el desarrollo material, que origina el olvido, en gran escala, de las tareas culturales más elevadas y el debilitamiento moral de la clase superior, lo que constituye también la crisis ética que los revolucionarios han sufrido en los últimos años".

El momento en el que hablaba Moreno Sánchez era heredero de esas crisis, o estaba formado por ellas. Era un tiempo ideal para plantearle nuevas preguntas al pasado-presente. El hecho de que apenas en el año anterior, 1954, hubiera muerto don Luis Cabrera, adquiere un significado profundo. Con él se fue uno de los pocos revolucionarios capaces de hablar del pasado y del presente no sólo con autoridad moral, sino con lucidez y conocimiento de causa. A otro de los grandes intelectuales de la Revolución entonces vivo, José Vasconcelos, lo ve Moreno como el gran profeta de la Revolución. Pero para entonces ya no era el tipo de interlocutor que buscaban las aspiraciones de Moreno. Para Vasconcelos la Revolución también había muerto, pero no estaba interesado en reclamarle al presente haberla liquidado.

Dentro de esas consideraciones, don Manuel Moreno hace una revisión sintética del México contemporáneo, que en su caso, es el que corre de Agua Prieta a Alemán. La última parte lleva el significativo título de "A problemas viejos soluciones nuevas". Gracias al binomio Ávila Camacho-Alemán, "el país comienza a replantear sus antiguos problemas y a buscar soluciones más certeras". Las modalidades que fueron desarrollándose en el curso de la historia anterior fueron emancipando al país de la Revolución "de entonces" y lo fueron llevando por nuevos cauces. El problema consistía en la insistencia por cubrir las nuevas acciones bajo el manto revolucionario. Para ceder nuevamente al anacronismo, una *glasnost* anticipada. Tal vez decepcione que tanta agudeza, tanta profundidad analítica desplegada por quien después sería presidente del Senado, resulten un panegírico pro Alemán.

No quisiera reducirlo a esa expresión, porque no le haría justicia. Cuántas muestras existen en la historia de las ideas —y si se quiere de las ideologías— que van más allá del panegírico, del compromiso inmediato, para lograr propuestas ricas en elementos interpretativos. Todo lo que se queda en la inmediatez, no trasciende. Se pierde en ella. El discurso de Moreno Sánchez es más rico que eso, a pesar de que llegue a expresar que principios como el de la no reelección ya habían sido superados. Hay demasiada inteligencia en sus páginas, como para reducirlas a su nexo con un régimen al que expresa. En todo caso, lo importante es cómo lo expresa. Y tarea del historiador de las ideas es rescatar toda muestra de inteligencia con la cual se ha hecho un esfuerzo por interpretar la realidad histórica pasada y presente. Lo importante del caso es la argumentación de Moreno Sánchez en la que, en este caso, los medios superan a los fines. Y para los propósitos de este discurso, que no son los de discutir las ideologías, la aportación consiste en la argumentación. Lo otro, que también es histórico, es materia de otro análisis que no rehuyo, simplemente aplazo.

Lo rescatable, pues, es la discusión en torno a la herencia de la Revolución, la conciencia histórica que se tenía de ella en un momento que puede ser caracterizado como eslabón significativo en la historia de la modernidad mexicana. En las palabras de Moreno Sánchez puede encontrarse similitud con las expresiones presidenciales de un Alemán y de un López Mateos, al fin congéneres. Pero el hecho de ser pronunciadas ante un público académico obligan a una reflexión mayor, a un compromiso historiográfico que no necesariamente se da en cualquier discurso político. En todo caso, la ambigüedad histórico-política de "Más allá de la Revolución Mexicana" es un ingrediente valioso para que se afilen mejor las armas de la crítica académica.

Para 1955, un curso universitario y una revista especializada eran cosas que sólo trascendían desde y para las minorías. Tal vez podían fungir como laboratorios desde los cuales después se comenzara a emprender una producción para el consumo masivo. Por lo pronto ahí quedaban las cosas. Digo esto porque el curso-artículo de Moreno Sánchez podría entenderse como el réquiem de la interpretación oficial de la Revolución Mexicana. No se pudo asumir que antes de llegar al medio siglo del inicio de la Revolución, se concluyera que la realidad la había superado y era necesario convertirla en pieza de museo. Si el PARM hubiera sido un partido político digno de ser tomado en serio, podría argüirse que generales como Juan Barragán y Jacinto B. Treviño reclamaran los desvíos y buscaran la aplicación de la ortodoxia. Eso es tan significativo como ingenuo. El discurso ofi-

cial siguió su derrotero, como si las especulaciones del funcionario-intelectual no hubieran pasado de eso, de meras especulaciones. Era imposible eliminar a la Revolución del discurso. De cualquier manera ya eran muchos los años en los que el tropo con el que estaba compuesto ese discurso era el irónico. En medio de esa gran ironía, el aparato oficial se aprestaba a celebrar en 1960, en el bienio inicial del gobierno lopezmateísta, el cincuentenario de la Revolución Mexicana.

Hubo un cambio cualitativo digno de ser notado. Mientras que los iniciales "sepultureros de la Revolución" reclamaban su esencia, o mejor, la pérdida de su esencia en la práctica de gobierno amparada en la revolucionariedad, Hernández Luna se preguntaba por los orígenes de ella y Moreno reclamaba suspender el seguir actuando bajo su amparo y proponer otro discurso.

Al llegar 1960, de nuevo los académicos vendrían a poner la nota discordante en medio de los festejos. Dentro de otra instancia universitaria, el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, fundado en tiempos del rector Nabor Carrillo por Samuel Ramos, Guillermo Haro y Elí de Gortari, un joven investigador de El Colegio de México, el abogado, sociólogo e historiador Moisés González Navarro, que para entonces ya era autor entre otros libros del grueso volumen dedicado a la vida social del Porfiriato, dentro de la importante *Historia moderna de México*, se atrevió a presentar sus reflexiones en torno a la ideología de la Revolución Mexicana.[8] Se siguió la misma dinámica de 1955, primero un convivio académico y después la publicación en una revista especializada, en este caso *Historia Mexicana*. El maestro González Navarro presenta un trabajo breve, puntual, que se caracteriza por el muy buen empleo que hace de la metodología propuesta por Karl Mannheim. Dicho trabajo, llamado "La ideología de la Revolución Mexicana", anticipador del título del libro de Arnaldo Córdova, fue discutido por cuatro historiadores, Luis Chávez Orozco, Jesús Silva Herzog, Arturo Arnáiz y Freg y Leopoldo Zea. Al final del texto expresa que según Mannheim, "utopía es el complejo de ideas que tiende a cambiar el orden vigente, e ideología el complejo de ideas que dirige la actividad para mantenerlo. En este sentido —concluye González Navarro— la 'utopía' revolucionaria se ha convertido en una verdadera 'ideología': los lemas revolucionarios se repiten ya casi como meros *slogans*".

[8] Moisés González Navarro, "La ideología de la Revolución Mexicana", en *Historia Mexicana*, v. X, núm. 4, abril-junio de 1960, p. 628-636, reproducido en *México: el capitalismo nacionalista*, México, Costa Amic, 1970, 333 p., p. 125-133.

El artículo, en su brevedad, no tiene desperdicio. Revisa con extrema puntualidad las principales tendencias del ideario revolucionario en sus diversas etapas, estableciendo la diferencia entre las de origen rural y las urbanas, haciendo hincapié en las emanadas de los grupos de trabajadores. González Navarro es el primer estudioso que subraya las aportaciones del pensamiento católico dirigido a la solución de los problemas sociales, indicando dónde aventajaba y donde permanecía a la retaguardia con respecto a lo *propiamente* sancionado como revolucionario. Distingue luego a la Revolución "de entonces", según el dicho de Cabrera, de la cardenista, que para 1960 había dejado de ser "la de ahora". Según lo expresado por el autor, "el cardenismo tiene la doble significación de haber hecho más radical la revolución y simultáneamente haber incrementado su antítesis". Luego opina que "la bandera política de Madero dista mucho de haberse cumplido", que se pasó del jacobinismo "un poco ingenuo pero sincero" a un despotismo ilustrado que recuerda al de los científicos, que la preferencia por la pequeña propiedad se reconcilia con el pensamiento agrario de Molina, Cabrera y Rouaix, y, para concluir, que el pensamiento revolucionario se convirtió de agrario y espontáneo en urbano y académico. Insisto en que esto fue escrito en 1960.

Tanto el texto de González Navarro como el de Moreno Sánchez se caracterizan por proponer una interpretación, por inclinarse hacia los terrenos de la *doxa*. La interpretación histórica, fundamentada en el conocimiento o *episteme*, puede entenderse como un acto de intencionalidad política, en la medida en que su finalidad es prevalecer sobre otras interpretaciones como verdadera. La búsqueda de la verdad por la verdad no queda ahí, no es desinteresada, sino que pretende ser aceptada como única y absoluta. Quien propone y quien recibe la interpretación hacen política en una acepción amplia de la palabra. Su lucha es la lucha por el poder de la aceptación de la verdad, misma que será utilizada como instrumento de dominio. Con respecto a los trabajos que comento, es claro que uno busca con una intencionalidad mayor o más clara hacer política, al proponer explícitamente un cambio en la interpretación de la relación entre las acciones políticas y su cobertura ideológica, mientras que el otro se limita a establecer una crítica a la ideología al exhibirla como tal.

Es interesante constatar el contraste en la recepción de uno y otro discursos. Mientras que el más abiertamente político tuvo una de las respuestas típicas del sistema al cual iba dirigido, esto es, el silencio, el otro, el más típicamente académico fue materia de un acto de violencia verbal protagonizado por el filósofo Emilio Uranga y don Da-

niel Cosío Villegas. El primero al ataque y el segundo en defensa, tanto de su discípulo y colaborador, como de la libertad de opinión.[9]

Para la época en la que nos ubicamos, Uranga había renunciado a ser el filósofo más brillante de su generación, como lo pronosticaba su maestro José Gaos y lo atestiguan sus compañeros Luis Villoro y Alejandro Rossi, entre otros. Uranga se había convertido en un intelectual al servicio del Estado, o del partido del Estado, ya que no propiamente un intelectual orgánico. Lejos del rigor conceptual y de una lógica diáfana, propios de un filósofo, Uranga arremete contra González Navarro. En él, siguiendo el infalible método de entrecomillar frases descontextualizadas, insulta y descalifica al historiador, a quien tilda de reaccionario. ¿Iniciativa individual o del sistema? No creo que haya documentos probatorios que induzcan una respuesta. ¿Ganas de "defender" la "causa revolucionaria" de los embates de la crítica acusada de "reaccionaria" o provocar a Cosío Villegas, a quien menciona al final del artículo, equiparándolo con Francisco Bulnes? Responder a esto tal vez no sea tan relevante, en la medida en que si de provocar a don Daniel se trataba, el texto de Uranga tuvo buen éxito. Ciertamente, el lenguaje utilizado por él recuerda más a don Francisco Bulnes que lo que pretendía encontrar de este escritor porfiriano en Cosío. En fin, la polémica se extendió durante varias semanas, para alimentar el regocijo insano de los lectores del *Siempre!* Digo insano, porque la polémica no tiene la altura deseable para el historiador de las ideas, que buscaría argumentos y contraargumentos en torno al siempre interesante tema de la ideología revolucionaria. No. Todo quedó reducido a argumentos *ad hominem* en los cuales el talento de Cosío brilla para poner en su lugar al antiguo miembro del Hyperión convertido en defensor de la ortodoxia revolucionaria.

La acción —que se antoja desmedida— de Uranga, sí se puede o acaso debe leer como propia del sistema. Anticipa reacciones semejantes que ya nos tocó atestiguar como lectores de periódicos a lo largo de los años sesenta. Parecería que la investigación originada en los ámbitos académicos no debiera tener alcances de tal magnitud que pusiera nervioso a un sistema político como el mexicano de entonces,

[9] Dicha polémica se desarrolló en la imprescindible revista *Siempre!* de manera sucesiva cada semana, del 24 de mayo al 7 de julio de 1961, y fue recogida en un folleto, *Tres polémicas del historiador Daniel Cosío Villegas*, México, Grupo Nueva Historia, 1971, 45 p. Este folleto es una muestra de esa suerte de fascismo sutil, típico del México de la Guerra Fría. Supuestamente tiene el objetivo de "exhibir" a Cosío Villegas, logrando lo contrario. La segunda polémica es con el periodista Mario Ezcurdia y gira en torno al PRI, instituto político sin duda responsable de la fallida publicación.

tan seguro de sí mismo. De otra manera, cómo entender la enconada diatriba contra Oscar Lewis y su célebre libro *Los hijos de Sánchez*, que menciono sólo de pasada para detenerme un poco más en la recepción que le mereció al periodista Horacio Quiñones, en 1969, la aparición del libro *México visto en el siglo XX* en el que la pareja formada por James y Edna Wilkie daba a conocer siete entrevistas de historia oral a sendos personajes de la historia mexicana contemporánea y en el que campeaban opiniones ortodoxas y heterodoxas sobre la Revolución Mexicana y su secuela. Con una actitud semejante a la de Uranga, pero con lenguaje más pobre y sin ningún concepto, Quiñones se limitaba al lugar común de decir que los Wilkie eran agentes de la CIA.[10] El sistema se negaba a aceptar los frutos de la investigación que atentaran contra sus antiguas bases ideológicas.

El revisionismo historiográfico tocaba la puerta. De la esfera de la *doxa* se caminó hacia un nuevo *episteme*. Las preguntas en torno al proceso revolucionario, planteadas desde 1955, abrían nuevos caminos, así como la interpretación sobre la Revolución que mostró su falta de unidad, sus paradojas internas y las crisis por las que atravesó en diferentes momentos. El rigor analítico que en 1960 estableció la conversión de la utopía en ideología, de acuerdo con el lenguaje mannheimiano, planteaba rutas diferentes, mientras en el ámbito oficial se celebraba de manera apoteótica el medio siglo en libros como *México, cincuenta años de Revolución*.

No deben soslayarse las aportaciones de los historiadores extranjeros que, siguiendo la línea de Frank Tannembaum, no lejana a la historia oficial mexicana, daban muestra de academicismo en sus tratamientos de momentos o figuras de la Revolución. Quienes vinieron detrás de ellos establecieron nuevas perspectivas. Ya no se trataba de recrear el esencialismo revolucionario sino de investigar, sacar a la luz nuevos conocimientos en torno al proceso histórico de la Revolución, a partir de preguntas que ponían en crisis todo aquello que se tenía como esencial y, por lo tanto, inamovible. La Revolución se convirtió en un asunto a revisar. La heterodoxia fue la nota dominante en lo

[10] Dato proporcionado por Rafael Rodríguez Castañeda en su estudio preliminar al primer volumen de la segunda edición de James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1995, 412 p. En las p. XX-XXII Rodríguez Castañeda da cuenta de cómo el periodista Horacio Quiñones, editor de un boletín llamado *BIP. Buró de Información Política*, del 21 de julio de 1969, endereza una diatriba contra el libro recientemente aparecido. El *BIP* era leído entonces por la clase política a la cual había que mantener vacunada contra cualquier heterodoxia. Otra muestra del fascismo sutil a la mexicana.

que se escribiría a partir del final de los años sesenta. De la pregunta investigante se llegó al conocimiento de particularidades que afectaron la totalidad. La correlación posterior de los avances del revisionismo con las modificaciones del Estado mexicano confirmarían lo que tuvo inicio al promediar los años cincuenta. El revisionismo historiográfico se convertiría en un proceso irrefrenable, que no sólo tendría consecuencias en lo que toca a la interpretación del pasado por parte de los académicos, sino también en la esfera política, que es donde más ha sufrido modificaciones lo que fue la ideología de la Revolución Mexicana.

Los actores sociales de la Revolución Mexicana en la historiografía del último tercio del siglo XX

Si algo puede caracterizar a la historiografía sobre la Revolución Mexicana producida después de 1968, es el rescate de *sus* actores sociales, es decir, de los individuos y grupos que la hicieron posible mediante su participación. No se trata de un propósito único, y en más de un caso es obvio que es intencionado, pero la aportación fundamental del periodo se funda en ese logro.

Después de 1968 hubo un cambio radical en las preguntas acerca de la Revolución. Todavía en los sesenta, la obsesión era establecer la naturaleza revolucionaria del movimiento, su radicalidad y su "clase" o filiación. Se discutía si era burguesa o "social" y, por lo general, se partía de esquemas más o menos rígidos a la vez que simplistas. En los años siguientes, en cambio, se respondió de manera amplia a la pregunta sobre quiénes hicieron la Revolución, de dónde venían, qué los impulsó a la lucha y qué fue lo que hicieron dentro de ella. El conjunto de respuestas es rico y abundante. La Revolución fue un objeto frecuente de los estudios históricos. La cosecha fue mayor en ese campo de estudios que en cualquier otro. No ha habido, ni en calidad ni en cantidad, un repertorio equivalente de estudios sobre otras épocas como la prehispánica, la colonial y el siglo XIX, aunque sobre ellas hayan aparecido estudios notables. El único género, parcela o área de especialización que rivaliza en cantidad-calidad con la Revolución —y que a veces la implica y viceversa— es la historia regional. Éste es el otro auge historiográfico del final del siglo XX. Sociedad y región se conjugaron en una serie de trabajos que hoy son objeto de una evaluación, como todas, provisional por lo cercana.

Reste sólo plantear una pregunta particular: ¿hay relación entre el movimiento estudiantil-popular de 1968 y la historiografía de la Revolución? La respuesta es definitivamente ambigua: sí y no. En algunos casos lo es; en otros, esa historiografía se hubiera producido con o sin la experiencia del movimiento. En lo que éste sí resulta una presencia actuante es, más que en el productor o emisor del mensaje, en el receptor. El movimiento de 68 dio un gran contingente de lectores a la historiografía sobre la Revolución y propició que se consolidara y

extendiera. y que sus productos inmediatos llevaran a los lectores a elaboraciones de instancias más lejanas. Obsérvese este proceso más de cerca.

La historiografía *scholar* o académica norteamericana había hecho de la Mexicana la "Revolución preferida", según frase de Stanley Ross.[1] Hubo, en efecto, aportaciones valiosas por parte de la generación de discípulos de Frank Tannembaum, pero sus obras pecan de un cierto tradicionalismo formal académico.[2] En 1969, John Womack, un joven doctor de Harvard, propuso algo enteramente novedoso dentro del discurso académico sobre la Revolución de 1910: su libro *Zapata y la Revolución Mexicana* publicado en inglés y en español de manera casi simultánea.[3] Pronto fue devorado por los lectores de ambas lenguas.

¿En qué descansaba su novedad? Era un libro sobre los zapatistas, que no propiamente sobre Zapata, y que, después de un riquísimo epígrafe de Erik Erikson, espetaba: "Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución..." Es obvio que después de eso, el lector ya no soltara el libro. A lo largo de él nos enterábamos de quién era Zapata y quiénes eran Genovevo de la O, Montaño, Amezcua y todos los demás, pero, sobre todo, el campesino morelense —o de las zonas próximas de Puebla, Estado de México, el sur "profundo" del Distrito Federal y Tlaxcala. El libro combina una ágil narrativa con una sólida base documental, y un enfoque propio de la historia social que no había echado raíces muy profundas en el medio mexicano y que no se había empleado en el estudio de la Revolución. (González Navarro lo había hecho con el Porfiriato.) La obra de Womack seguía siendo monografía como los *Maderos* de Ross y Cumberland o la *Convención* de Quirk, pero era otra clase de monografía que rebasaba la esfera tradicional del conjunto mencionado. En ella se recuperaba al grupo, a la masa, a sus líderes, a sus elementos pensantes junto a la comunidad actuante y su *asabiya*, en el término de Ibn Jaldún. El nuevo monografismo proponía un binomio que proseguiría en el tercio final del siglo, sociedad y región, grupo y medio, hombre y ambiente. ¿Regreso a Taine? Sí y no otra vez. Finalmente la historia es la interacción humana en su entorno natural. Los zapatistas lo ejemplificaron, como también lo hicie-

[1] Stanley Robert Ross, "México: la revolución preferida", *Anuario de Historia*, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, año II, 1962, p. 99-113.

[2] Pienso en el propio Stanley Ross, en Charles C. Cumberland y en Robert Quirk. Al margen de ellos, el siempre interesante John W. F. Dulles.

[3] John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, trad. de Francisco González Arámburu, México, Siglo XXI Editores, 1969, 443 p.

ron unos contemporáneos a la escritura del libro de Womack: los vietnamitas. *Zapata y la Revolución Mexicana* respondió a muchos prejuicios históricos sobre el zapatismo al entender a la gente que lo formó como el resultado de una experiencia colectiva de la cual el líder principal era expresión y vanguardia.

Womack, en suma, al recrear la comunidad zapatista, abría muchas perspectivas a los historiadores en ciernes y a los lectores: rescatar uno, dos, tres, muchos Zapatas, era la consigna.

La Revolución interrumpida

Fechado en la cárcel de Lecumberri el 18 de julio de 1971 apareció un libro que, como el anterior, se convertiría en uno de los *best-sellers* del veinteno: *La revolución interrumpida*.[4] Su autor, un escritor argentino, Adolfo Gilly, quien entonces se encontraba recluido, no por haber participado en el movimiento de 68, sino desde antes, cuando un grupo de militantes trotskistas fue detenido y acusado de querer subvertir el orden dorado de los ya lejanos sesenta. Por el título y la factura del libro se podría pensar en uno o más de aquellos destinados a discutir si la Revolución tuvo continuación y vigencia o se había perdido en la noche de los tiempos. Además, era —otra vez— una historia general y ya para entonces sabíamos que las verdaderas aportaciones, para serlo, tenían que ser monografías. Ya no queríamos interpretación, queríamos narración bien documentada. Por si ello fuera poco, las limitaciones que enfrentaría Gilly en Lecumberri, de carácter bibliográfico y documental, hacían al texto sospechoso de no descansar en una buena base de datos. La inteligencia del autor y su estilo fueron derrumbando poco a poco los prejuicios y conquistando a los lectores.[5] Una de sus claves la da en el apéndice, donde cita a Trosky: "La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos."

La obra en cuestión es la historia de la irrupción violenta de las masas campesinas, que en un momento de su trayectoria pudieron gobernar sus destinos, pero que fueron sometidas por una minoría que recuperó el mando e interrumpió un proceso real y tangible. Gilly puso el acento en los factores campesinos y en sus expresiones y realizacio-

[4] Adolfo Gilly, *La Revolución interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971, 401 p.

[5] Es importante subrayar, como ejemplo de recepción, la carta de Octavio Paz a Gilly, publicada en *Plural* de febrero de 1972 y reproducida en *El ogro filantrópico*, México, Joaquín Mortiz, 1979, 348 p., p. 109-124.

nes. El libro es especialmente atinado en el tratamiento de zapatistas, villistas, Convención. Con una prosa clara, atractiva, se ganó a los lectores, que con su libro sustituyeron el oficialismo izquierdista de don Jesús Silva-Herzog y el stalinismo también oficializante de José Mancisidor, cuya solemnidad ya no atraía al público lector. Éste requería una obra crítica que hiciera justicia a una memoria histórica más acorde con el mito. Las explicaciones brillantes y sagaces de Gilly lo conquistaron.

La reivindicación de los vencidos

En 1973 aparecieron dos libros de un joven historiador francés —Jean Meyer— que había radicado en México varios años y que en 1969, en el importante congreso celebrado en Oaxtepec, presentó una importante ponencia sobre la historia social, llena de sugerencias y propuestas interesantes.[6] En 1973, pues, salieron en París el primero y en México el segundo: *La Révolution Mexicaine* (mal traducido al ¿español? el mismo año en Barcelona) y el muy esperado *La Cristiada*, dispuesto en tres volúmenes de breve formato y abundante paginación.[7]

El primer libro es fácilmente calificable de "incómodo". Su heterodoxia es grande. Privan los puntos de vista adversos al proceso revolucionario, pero comprendidos dentro de él y como expresión de los distintos grupos de vencidos que arrojó el saldo revolucionario. No sólo es eso: es, más que nada, una nueva síntesis de la historia social de la Revolución, que antes no había sido intentada. No obstante su heterodoxia, la reacción contraria que causó fue la de ser acusado de plagiar unas páginas de Francisco Bulnes que no aparecieron debidamente entrecomilladas. Lo que no se dijo es que Meyer era original en sus interpretaciones y que no entrecomillar a don Francisco en nada restaba peculiaridad a su interpretación. En fin, si algo habría que repararle a su libro era la espantosa traducción que perpetró un Luis Flaquer y las erratas al por mayor que destrozan la edición.

[6] La ponencia fue presentada *in absentia* del autor, mal visto por las autoridades mexicanas como agitador, pero recogida en *Investigaciones contemporáneas sobre Historia de México. Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos*, México. Austin, UNAM, El Colegio de México, Universidad de Texas, 1971, 755 p., "Historia de la vida social", p. 373-406.

[7] Jean Meyer, *La Revolución Mejicana, 1910-1940*, trad. Luis Flaquer, Barcelona, DOPESA, 1973, 280 p. *La Cristiada*, 3 v., trad. Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI Editores, 1973-1974.

La obra es fresca y recuperable. (Posteriormente, la Editorial Jus le hizo justicia, con una nueva traducción, esa sí, al castellano).

Pero la aportación mayor de Jean Meyer es *La Cristiada*. A fines de los sesenta Alicia Olivera había publicado un trabajo sólido y serio, pero breve, acerca del conflicto religioso. La gran investigación de Meyer la rebasaba por atender principalmente a los cristeros como sujetos de la historia. Los hombres concretos que se levantaron bajo el lema de "¡Viva Cristo Rey!" Esto es, no buscando tierras ni reivindicaciones materiales, sino amparados por la protección del redentor. Largo tiempo dedicó Meyer a conversar y extraer información en el Bajío, los Altos y todas las zonas de mayor preponderancia cristera. No olvidó el marco político ni la participación de los grupos urbanos, pero el rescate fundamental se dirigió a los campesinos del occidente y centro-norte, que de 1926 a 1929 se rebelaron contra el gobierno.

Womack y Meyer, de este modo, se convertían en los dos pilares de la nueva historia social de la Revolución. Sus aportaciones enriquecieron el panorama historiográfico y trajeron a las regiones a un primer plano del interés histórico e historiográfico.

La desmixtificación ideológica: Córdova

Por fin un mexicano. Parecía que las investigaciones serias tenían que requerir el patrocinio externo y obedecer a la corriente de la historia social harvardiana (Oscar Handlin) o a la *Nouvelle histoire* francesa. Por fin un joven politólogo michoacano, que trabajó con rigor, primero en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y después en Italia, realizó una aportación de primer nivel: *La ideología de la Revolución Mexicana*, también de 1973.[8]

El libro cubre casi dos decenios, del final porfiriano a los años veinte y, tras agotar fuentes y analizarlas con agudeza y rigor, liquida un problema vigente en la década anterior acerca de la naturaleza ideológica de la Revolución, los orígenes sociales de quienes expresaron sus ideas en la misma Revolución y de cómo las experiencias e ideas ahí descritas conformaron el "nuevo régimen". Por fin un mexicano contribuía con uno de esos textos insoslayables. Su aportación iba dirigida fundamentalmente a esclarecer la naturaleza del Estado mexicano, pero sin caer en la abstracción jurídica, sino a partir de lo histórico-concreto,

[8] Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Ediciones Era, 1973, 508 p.

de los participantes en la Revolución. Alguien ha llamado "clásico" a este estudio. Lo es.

Interlúdico: Fuentes Mares

Dos años antes de la aparición de libros tan serios como los de Córdova y Meyer, esto es, en 1971, un gran historiador dio a las prensas un espléndido divertimento sobre la Revolución: don José Fuentes Mares, con *La Revolución Mexicana: memorias de un espectador*, obra en la cual un narrador imaginario cuenta en primera persona su visión de las cosas. Libro antisolemne, expresa una subjetividad radical que rompe los moldes oficialistas y desbanca a los "héroes" al colocarlos en su dimensión humana. Asimismo, la subjetividad manifiesta o abierta le permite ofrecer una *doxa* que hace del tratamiento de la Revolución algo que no vale la pena leer en letras de bronce. Si no hay aportación en cuanto a investigación, es un libro más que estimable. La Revolución no podía ser más objeto de culto. La hicieron personas como usted o yo.[9]

Hacia la gran visión de conjunto: la Historia Colmex

En rigor Arnaldo Córdova no era el único mexicano a la altura de las posibilidades de escribir una historia de la Revolución con solidez y profundidad. Dos investigadores del Colegio de México ya lo habían hecho, gracias en gran medida al magisterio de don Daniel Cosío Villegas. Se trata del entonces muy joven Lorenzo Meyer y de la maestra Berta Ulloa. Los dos dieron a conocer sendos trabajos de historia diplomática: *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero*[10] y *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos* (1910-1914).[11] Se trata de dos excelentes monografías, produc-

[9] José Fuentes Mares, *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*, México, Joaquín Mortiz, 1971, 243 p. En la segunda parte de este libro le dedico un comentario más extenso, que resultó del agrado del autor, según lo manifiesta en su autobiografía *Intravagario*, México, Grijalbo, 1985, 187 p., *vid.*, p. 175.

[10] Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1972, 503 p. [La primera edición es de 1968.]

[11] Berta Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1976, 451 p. [La primera edición es de 1971.]

to de una alta especialización académica y que tratan temas que los mexicanos recuperaban de una manera más cabal que los extranjeros.

El Colegio de México tenía, pues, el material humano para llevar a cabo una empresa cultural de índole mayor: una historia de la Revolución Mexicana que abarcara de las postrimerías porfirianas al pasado entonces inmediato, esto es, la época del sonriente López Mateos. Tal vez llamar "Revolución Mexicana" a un periodo tan largo resulta excesivo. Había, en todo caso, alguien muy capaz de conducir a un posible equipo de historiadores. Se trataba de un viejo lobo de los mares de la historia: Daniel Cosío Villegas, a quien el presidente Echeverría otorgó el presupuesto necesario para levantar una auténtica fábrica de historia, cuyos superintendentes fueron Luis González y Luis Muro. Ellos componían el Estado Mayor y proveían del *detall* a los brigadieres encargados de conducir la investigación histórica correspondiente.

El equipo fue algo heterogéneo en lo que corresponde a edades y formaciones. La división *senior* la componían Luis González mismo, Rafael Segovia, Berta Ulloa y Eduardo Blanquel. En un punto intermedio se puede colocar a Olga Pellicer de Brody y la división *junior* quedaba formada por Jean Meyer, Lorenzo Meyer, el binomio Luis Medina-Blanca Torres, José Luis Reyna y Álvaro Matute. Luego, a la hora de las redacciones finales, fueron ascendidos varios coroneles: Alicia Hernández, Victoria Lerner y Enrique Krauze.[12]

La obra es irregular, como todo trabajo colectivo. Algunos ponen los acentos mayores en los aspectos políticos y otros en lo que resulta de sus obsesiones —especialidades— propias. Por ejemplo, Victoria Lerner hizo un volumen sobre la educación socialista, mientras que Blanca Torres no pierde de vista los aspectos internacionales. Don Luis González da rienda suelta a sus gustos por la historia generacional; Segovia, L. Meyer, Medina y Pellicer-Reyna insisten en los aspectos políticos. J. Meyer y Krauze aportan elementos socioeconómicos. En fin, quedó claro que la obra no seguiría los mismos derroteros que la *Historia moderna de México*, dado que don Daniel aportó su gran experiencia, pero dejó en libertad a los directores de equipo de llevar sus naves por el rumbo que consideraran indicado.[13]

[12] Los resultados aún no llegan al público en su totalidad debido al retraso producido por el finado —y siempre bien recordado— maestro Eduardo Blanquel y Álvaro Matute. De manera que los tomos 1-3 y 9 no han aparecido.

[13] Bajo el rubro general de *Historia de la Revolución Mexicana*, la obra se dividió en los siguientes periodos: 1906-1914, 1914-1917, 1917-1924, 1924-1928, 1928-1934, 1934-1940, 1940-1952 y 1952-1960 tratados en veintitrés volúmenes, cada uno con título y autor particulares:

Con esa línea, cada uno siguió su camino, pero sin dejar de atender los temas políticos, sociales, económicos e internacionales. Resulta difícil —y parcial— reseñar cada uno de los volúmenes publicados. Cabe sólo precisar que es un intento serio de captar una totalidad histórica que abarca medio siglo de acontecer.

Dos cronopios de la historiografía: Krauze y Aguilar Camín

Ninguno de los dos estudió la licenciatura en Historia. Uno es ingeniero y el otro comunicólogo. Ambos coincidieron en la misma promoción del doctorado en Historia del Colegio de México. Después, los dos produjeron libros de muy buena aceptación, resultantes de sus tesis doctorales, los dos buenos escritores y los dos se identifican con cada una de las principales revistas culturales de México: *Vuelta y Nexos*. Podría agregar a la lista de paralelismos que son casi de la misma edad y que, por consiguiente, andaban por los 22 ó 23 años en 1968 y que el movimiento los impactó de manera profunda. También, los dos son muy altos.

Entrando en materia, su obra se refiere a grupos. La del uno a los intelectuales y la del otro a los civiles sonorenses devenidos militares y a la manera en que unos y otros participaron en la Revolución y la secuela que dejaron.[14]

La obra de Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, es la biografía juvenil de un grupo de intelectuales que conformaron una generación fundamental de la historia mexicana: los hombres de

Berta Ulloa, *La Revolución escindida* (v. 4, 1979, 178 p.), *La encrucijada de 1915* (v. 5, 1979, 267 p.), *La Constitución de 1917* (v. 6, 1983, 569 p.); Álvaro Matute, *Las dificultades del nuevo Estado* (v. 7, 1995, 313 p.), *La carrera del caudillo* (v. 8, 1980, 201 p.), Enrique Krauze, *La reconstrucción económica* (v. 10, 1977, 323 p.), Jean Meyer, *Estado y sociedad con Calles* (v. 11, 1977, 371 p.), Lorenzo Meyer, *Los inicios de la institucionalización. La política del maximato* (v. 12, 1978, 314 p.), *El conflicto social y los gobiernos del maximato* (v. 13, 1978, 335 p.), Luis González, *Los artífices del cardenismo* (v. 14, 1979, 271 p.), *Los días del presidente Cárdenas* (v. 15, 1981, 381 p.), Alicia Hernández Chávez, *La mecánica cardenista* (v. 16, 1979, 236 p.), Victoria Lerner, *La educación socialista* (v. 17, 1979, 199 p.), Luis Medina, *Del cardenismo al ávilacamachismo* (v. 18, 1978, 410 p.), Blanca Torres Ramírez, *México en la Segunda Guerra Mundial* (v. 19, 1979, 380 p.), Luis Medina, *Civilismo y modernización del autoritarismo* (v. 20, 1979, 205 p.), Blanca Torres, *Hacia la utopía industrial* (v. 21, 1984, 331 p.), Olga Pellicer de Brody y José Luis Reyna, *El afianzamiento de la estabilidad política* (v. 22, 1978, 222 p.) y Olga Pellicer de Brody y Esteban Mancilla, *El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador* (v. 23, 1978, 298 p.)

[14] Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, 329 p. Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1977, 450 p. De ambos hay comentario extenso en la segunda parte.

1915 o generación de los Siete Sabios, guiados a su vez por los caudillos mayores del Ateneo. Krauze logró amalgamar la historia social con la intelectual, superando la historia de las ideas, a través de la biografía. Este género fue revitalizado por él en nuestro medio, en el que sólo Fuentes Mares había propuesto modelos acabados. Krauze abrió ruta y la continuó con un texto complementario a su libro señalado: *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* (1980).[15]

Por su parte, Héctor Aguilar Camín logró un trabajo de absoluta interdisciplinariedad. En *La frontera nómada. Sonora y la Revolución Mexicana* (1977) hay antropología, política, sociedad, biografía, historia militar e historia regional. En suma, una historia lograda de manera excelente, con penetración y desenfado, en la que destaca el papel desempeñado por los protagonistas sonorenses de la Revolución: De la Huerta, Calles, Obregón, Cabral, Hill, Alvarado, en fin, los *winners* de la Revolución. En este renglón, Aguilar Camín recuperó un conjunto de personas y a unos actores sociales fundamentales, ya que la aceptación popular de los grandes perdedores hacía a los sonorenses prácticamente desconocidos.[16]

Con estas dos obras, el conocimiento de la Revolución ganaba enormidades.

El cine y la novela: dos miradas a la sociedad

En los años de 1978 y 1981 fueron publicados dos estudios que, formalmente, no observan ninguna similitud, salvo en el hecho de que los dos tienen como objeto final conocer la sociedad mexicana del final del antiguo régimen y de la Revolución a través de fuentes distintas a las que son comúnmente propias del historiador: la novela y el cine. Se trata del libro del profesor oxoniano John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución* (aparecido en inglés en 1971) y el de Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México (1896-1930). I. Vivir de sueños (1896-1920).*[17]

[15] La trayectoria posterior de Krauze da muestra de su incidencia en el género biográfico. No es casual que su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia se titule "Plutarco entre nosotros". Destaca su serie Biografía del poder, que incluye a las principales figuras de la Revolución y a Porfirio Díaz.

[16] Si bien Aguilar Camín no ha emprendido otra investigación enjundiosa, sus ensayos sobre temas revolucionarios son de excelente factura. Con mucha base histórica ha incurrido en la novela política.

[17] John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución*, trad. Josefina Castro, México, Ediciones El Caballito, 1978, 366 p. Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México. I. Vivir*

La novela y el cine son recreaciones de la realidad, específicamente de la realidad social, a la que observan a través de la subjetividad del escritor y del cineasta. Las visiones que proponen contienen dosis de imaginación y realidad, utilizando ésta de manera distinta a como lo hace el historiador, quien si bien hace recreación, sus reglas del juego son distintas a las del novelista y a las del cineasta. Pero el caso es que ambos observan y recogen datos de la sociedad y la muestran a los demás ya elaborados bajo la estructura de un discurso escrito o visual.

Con esas fuentes, Rutherford y De los Reyes se acercaron a la sociedad coetánea a la Revolución y la mostraron, el primero, a través de una rigurosa clasificación de tipos y estratos; el segundo, a su vez, toma del cine los datos para ver a la sociedad, pero también plantea cómo el cine modifica la sociedad al influir en ella. Es un estudio circular en donde una fuente alimenta a la otra en una rotación perpetua.

El historiador inglés muestra cómo son necesarios —uno para el otro— el historiador y el crítico literario. Aurelio de los Reyes, por su parte, nos sensibiliza acerca de la importancia mayúscula del gran medio del siglo XX y de su lenguaje para conocer la realidad. Ya por 1930 Gilberto Loyo decía que el cine sería la epigrafía moderna. Los dos, sin hacer a un lado la política, ponen su mirada en la gente, retratándola o tipificándola y enriqueciendo las posibilidades de lectura de testimonios del pasado.

La Revolución en las regiones

Ya quedó establecido, al comentar los trabajos de Womack y J. Meyer, que hay una estrecha vinculación entre sociedad y región. La historia regional, es obvio, tiene credenciales más antiguas. Sin embargo los dos autores indicados la destacaron. Otro historiador, mexicano y muy experimentado, había dado a conocer obras muy importantes en ese campo, las cuales rebasaban los límites cronológicos del movimiento revolucionario de 1910. Es Moisés González Navarro, quien, en su libro *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*[18] (1970), hizo un pa-

de sueños (1896-1920), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1981, 271 p. *II. Bajo el cielo de México (1920-1924)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993, 409 p.

[18] Moisés González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*, México, El Colegio de México, 1970, 392 p.

norama general de la historia social de la península yucateca. Obras como ésa, como *La Cristiada*, el *Zapata*, algunas partes de la *Historia* del Colegio de México, llegaron a mostrar que no era fácil aceptar generalizaciones "nacionales" en ámbitos muy distintos; que la Revolución no tuvo el mismo significado en Oaxaca que en Coahuila; que hubo territorios marginales en unas épocas y de participación intensa en otras, así como algunos que fueron más escenarios que protagonistas activos. Después de la mitad de los setenta la necesidad del estudio regional se hizo inminente. Historiadores nacionales y extranjeros se volcaron sobre las regiones y los estados y dio comienzo una producción notable y rica que todavía se encuentra en proceso abierto y que, por lo mismo, no ha llegado a abarcar todo el país.

En este renglón es difícil establecer quién inició y quién hizo los primeros planteamientos originales. Lo que resulta evidente es que desde el final de los años setenta se desarrolló y fortaleció la historia regional en general y en particular la referida a la Revolución.

El ya mencionado Aguilar Camín hizo una magnífica aportación en 1977 con Sonora. De ese año data también *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, de Romana Falcón,[19] cuyo tema es la contribución de la región al contexto nacional de la ideología y praxis agraristas del ingeniero Adalberto Tejeda. De tema semejante es una obra de la profesora norteamericana Heather Fowler.[20] La propia Romana Falcón volvió sobre Veracruz y Tejeda posteriormente y de hecho no ha abandonado el trabajo regional, sino que también ha extendido su saber hacia San Luis Potosí, estado sobre el que publicó *Revolución y caciquismo en San Luis Potosí. 1910-1938*.[21] Dentro del mismo estado, Romana Falcón puso en tela de juicio, en original artículo, los orígenes populares de la Revolución maderista, al señalar precisamente los vínculos entre la oligarquía potosina y Madero.

San Luis Potosí ha sido tema de Luisa Beatriz Rojas, con Cedillo y Carrera Torres, en su libro *La pequeña guerra*. La autora también incursionó en *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes*.[22] Ambos libros

[19] Romana Falcón, *El agrarismo en Veracruz. La etapa radical (1928-1935)*, México, El Colegio de México, 1977, 180 p.

[20] Heather Fowler-Salamini, *Movilización campesina en Veracruz, 1920-1938*, México, Siglo XXI, 1979, 227 p.

[21] Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, 306 p.

[22] Beatriz Rojas, *La destrucción de la hacienda en Aguascalientes, 1910-1931*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1981, 159 p. Y *La pequeña guerra. Los Carrera Torres y los Cedillo*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1983, 155 p.

fueron dados a conocer por una sólida institución dedicada a promover la historia regional: El Colegio de Michoacán. Otra estudiosa de San Luis es Victoria Lerner.[23] Del lado americano, ha estudiado el mismo estado Dudley Ankerson.[24] No obstante, hay que considerar pionero al marxista James D. Cockcroft, quien en sus *Precursores intelectuales...*[25] partía del estudio de la estructura potosina y seguía la trayectoria de los principales magonistas. Tiene con ello, en su haber, el ser otro tipo de precursor intelectual.

Tomás Garrido Canabal atrajo el interés de Carlos Martínez Assad, quien en su obra *El laboratorio de la Revolución*[26] (1979) incursionó en el trópico tabasqueño, aunque también ha dedicado sus esfuerzos al San Luis cedillista.[27] Martínez Assad, en su gestión como director del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, destacó como promotor de este campo de trabajo. A sus esfuerzos de coordinación se deben dos coloquios que dieron lugar a sendos libros importantes: *La Revolución en las regiones*, editado por la Universidad de Guadalajara en 1986, el cual tuvo una participación muy rica, empeñada en demostrar la mayoría de edad de muchos investigadores jóvenes adscritos a centros de trabajo provincianos, que dejaron atrás la imagen tradicional del historiador local, caracterizada por Luis González y por José María Muriá en diversos escritos, a su vez, destacados impulsores de la historiografía regional. El otro libro es *Estadistas, caudillos y caciques* (1988), rico en material regional.[28]

Dentro del grupo de jóvenes historiadores dedicados a los diferentes estados de la República, cabe mencionar —bajo riesgo de omitir a muchos— a Francisco José Ruiz Cervantes, dedicado a Oaxaca.[29] La Revolución en Jalisco ha sido tema fundamental para Mario Aldana,

[23] Victoria Lerner Sigal, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, UNAM, 1989, 318 p.

[24] Dudley Ankerson, *El caudillo agrarista. Saturnino Cedillo y la Revolución Mexicana en San Luis Potosí*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1994, 304 p.

[25] James D. Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1971, 290 p.

[26] Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*, México, Siglo XXI, 1979, 309 p.

[27] Carlos Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos. Cedillo contra el Estado cardenista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, 252 p.

[28] *La Revolución en las regiones*, 2 v., Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1986, y Carlos Martínez Assad (coord.), *Estadistas, caciques y caudillos*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1988, 403 p.

[29] Francisco José Ruiz Cervantes, *La Revolución en Oaxaca. El movimiento de la soberanía (1915-1920)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 223 p.

Jaime Tamayo, Rubén Rodríguez García y Rafael Torres Sánchez.[30] Arturo Alvarado se ha centrado en Tamaulipas y Portes Gil, mientras que Carlos Macías ha hecho lo propio en Sonora y Calles.[31] El serio y sólido investigador Mario Ramírez Rancaño ha contribuido al conocimiento de la región poblano-tlaxcalteca.[32] Chiapas, por su parte, antes de 1994, atrajo la atención de Alicia Hernández, en un importante artículo. Ese estado encontró a su gran exégeta en Antonio García de León y su excelente libro *Resistencia y utopía* (1985).[33] Zapata no fue agotado por Womack, como de hecho sobre ningún tema se ha dicho la última palabra. Para confirmarlo están Salvador Rueda Smithers y Laura Espejel, y recientemente Felipe Ávila.[34] Enlistar a los historiadores de Michoacán sería imposible, no obstante, por lo menos cabe consignar a Verónica Oikión, Martín Sánchez y Álvaro Ochoa.[35]

Entre los investigadores extranjeros hay notables regionalistas dedicados a la Revolución: los norteamericanos Gilbert Joseph, autor de un texto fundamental sobre Yucatán, y Raymond Buve, historiador

[30] Lo más significativo es la obra colectiva coordinada por Mario Aldana Rendón, *Jalisco desde la Revolución*, 10 v., Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco y Universidad de Guadalajara, 1988. De manera independiente, destacan Rubén Rodríguez García, *La Cámara Agrícola Nacional Jalisciense. Una sociedad de terratenientes en la Revolución Mexicana*, México, INEHRM, 1990, 126 p. Rafael Torres Sánchez, *Revolución y vida cotidiana en Guadalajara, 1914-1934*, México, Galileo Ediciones y Universidad Autónoma de Sinaloa, 2001, 443 p.

[31] Arturo Alvarado, *El portesgilismo en Tamaulipas: estudio sobre la constitución de la autoridad pública en el México posrevolucionario*, México, El Colegio de México, 1992, 390 p., y Carlos Macías Richard, *Vida y temperamento. Plutarco Elías Calles, 1877-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, 350 p. Además de esta obra, Macías ha editado correspondencia de Calles y una antología de textos.

[32] Mario Ramírez Rancaño destaca como historiador de la región poblano-tlaxcalteca. Entre sus títulos, *El sistema de haciendas en Tlaxcala*, México, CONACULTA, 1990, 292 p., *La Revolución en los volcanes. Domingo y Cirilo Arenas*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, 1995, 283 p.

[33] Alicia Hernández Chávez, "La defensa de los finqueros en Chiapas, 1914-1920", *Historia* Mexicana, XXVIII, 3, enero-marzo de 1979, p. 335-369, y Antonio García de León, *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la Provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, 2 v., México, Ediciones Era, 1985. No menciono la abundante obra aparecida después de 1994, que, por cierto, incide poco en los años de la Revolución.

[34] La bibliografía de tema zapatista es abundante, queden consignados los siguientes títulos: Laura Espejel López (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, México, INAH, 2000, 477 p. Salvador Rueda Smithers, *El paraíso de la caña. Historia de una construcción imaginaria*, México, INAH, 1998, 231 p. Felipe Arturo Ávila Espinosa, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México-UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2001, 332 p.

[35] Martín Sánchez, *Grupos de poder y centralización política en México. El caso Michoacán, 1920-1924*, México, INEHRM, 1994, 263 p. Verónica Oikión Solano, *El Constitucionalismo en Michoacán. El período de los gobiernos militares (1914-1917)*, México, CONACULTA, 1992, 602 p. Y *Michoacán en la vía de la unidad nacional, 1940-1944*, México, INEHRM, 1995, 487 p.

de Tlaxcala. El estado de Guerrero atrajo al historiador inglés Ian Jacobs, así como Oaxaca a Garner y Thomas Benjamin a Chiapas.[36]

Obreros y trabajadores

La historia obrera tuvo un impulso mayor en los años setenta, en consonancia con el apogeo de la influencia marxista en la historiografía. Sin embargo, no puede hablarse de un libro de mayor impacto. De hecho, se trabajó mucho en tesis y en la recuperación de materiales, sobre todo a partir de una dependencia de la Secretaría del Trabajo y Previsión Social, el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero, bien conducido por Enrique Suárez Gaona. Como ejemplo de lo que inició como tesis y luego consolidó en un libro de interés, está el relativo a los tranviarios del Distrito Federal en la época del general Obregón, por Miguel Rodríguez.[37] Por su ámbito, es regional, como lo puede ser en algún sentido, uno de los mejores libros, no propiamente de historia obrera, sino relativo a la política de los trabajadores, se trata de *Bolshevikis*, de Paco Ignacio Taibo II.[38] La investigación, expresada en una narración sobresaliente, le hizo justicia a un tema acariciado por muchos, pero frecuentemente frustrado, como la política que pretendían sus sujetos. Por último, cabe mencionar una aportación solitaria y bien construida, relativa a la relación de los movimientos obreros de México y Estados Unidos. Su autor es Javier Torres Parés.[39]

[36] Gilbert M. Joseph, *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 381 p. Raymond Buve, *El movimiento revolucionario en Tlaxcala*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala y Universidad Iberoamericana, 1994, 589 p. Ian Jacobs, *La Revolución Mexicana en Guerrero: una revuelta de los rancheros*, México, Ediciones Era, 1990, 258 p. Paul H. Garner, *La Revolución en la provincia: soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca, 1910-1920*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, 235 p. Thomas Benjamín *El camino a Leviatán. Chiapas y el Estado mexicano, 1891-1947*, México, CONACULTA, 1990, 382 p. Del mismo autor y Mark Wassermann (coord.), *Historia regional de la Revolución Mexicana. La Provincia entre 1910 y 1929*, México, CONACULTA, 1992, 485 p. Buen muestrario colectivo de investigaciones sobre diferentes espacios.

[37] Miguel Rodríguez Macías, *Los tranviarios y el anarquismo en México (1920-1925)*, México, Universidad Autónoma de Puebla, 1980, 261 p.

[38] Paco Ignacio Taibo II, *Bolshevikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1913-1925)*, México, Joaquín Mortiz, 1986, 418 p.

[39] Javier Torres Parés, *La revolución sin fronteras. El Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1990, 259 p.

La historia regional de la Revolución ha enriquecido como ninguna otra las posibilidades de explicación de la complejidad nacional y ha puesto de manifiesto que la historia de la Revolución no debe agotarse en sus límites cronológicos, cualesquiera que éstos sean, y debe extenderse en largas duraciones que la abarquen en "antes y después". Y también, desde luego, ha enseñado que no se puede hablar de la misma Revolución en un país tan diverso.

La dimensión mundial de la Revolución: Katz

De Friedrich Katz se conocía un libro que no había traspasado las barreras de la lengua alemana.[40] Se sabía de él por reseñas más o menos generosas que describían su contenido y apuntaban su importancia. La obra en cuestión pertenecía a la esfera de la historia diplomática y su objeto era esclarecer lo acontecido entre Alemania, Díaz y la Revolución. Más adelante se manifestó el interés de Katz en Pancho Villa y comenzó a expresarlo en artículos y ponencias, los cuales también abarcaban el tema de las haciendas, antes y durante la lucha armada. Hubo que esperar hasta 1981, cuando la Universidad de Chicago dio a conocer el nuevo-viejo texto de Katz: *La guerra secreta en México*.[41] El nuevo libro engloba al anterior y lo hace rebasar el tema diplomático para destacar la interrelación entre la política mundial, el interés de las potencias en las materias primas, y el desarrollo de las regiones productoras y sus ligas con el ámbito nacional. En este sentido, al abrir el libro, el lector encuentra ante sí un excelente tratamiento del desarrollo del norte de México como área generatriz de la Revolución. Más adelante se recupera el problema mundial y se observa la Revolución desde la mira de los intereses internacionales, que caminan hacia el estallido de la Primera Guerra Mundial.

De esta manera, Katz vino a romper moldes estrechos y a ver, desde una perspectiva realmente amplia, cuestiones que lo nacional amenazaba con encerrar dentro de su propia ámbito. Katz pone de manifiesto el carácter mundial o internacional de la historia y por ello, entre otras cosas, *La guerra secreta en México* se ha convertido en un hito de la historiografía de la Revolución Mexicana.

[40] Friedrich Katz, *Deutstchland, Díaz, und die mexikanische Revolution.*

[41] Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 v., trad. de Isabel Fraire y José Luis Hoyo, México, Ediciones Era, 1982.

La inevitable conmemoración y la divulgación histórica: los 75 años

Un discurso de Luis González lleva el significado título de "La historia académica y el rezongo del público". En él, entre otras cosas, se plantea la necesidad de liberar la escritura de la historia de las ataduras académicas para entregarla a un universo mayor de lectores. Al gobierno mexicano se le presentó la ocasión de celebrar en 1985 el LXXV aniversario del inicio de la Revolución. La Clío de Bronce amenazaba con hacer proliferar más y más estatuas, homenajes, fraseología hueca, discusiones sobre la continuidad o vigencia revolucionaria y más cosas por el estilo. Sin embargo, salimos mejor librados que, por ejemplo, en 1960. En ese año todavía era más fuerte la tendencia a unir presente y pasado. Veinticinco años después todo era más difícil. El tono solemne de la retórica lopezmateísta había quedado atrás. Los protagonistas estaban definitivamente muertos. Los que escribimos sobre esas cosas habíamos nacido muchos años después. Había entonces que hacer algo para llevar el conocimiento de la Revolución a sectores amplios.

La acción gubernamental fue positiva en el campo particular de las ediciones. El Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana (INEHRM), dependiente de la Secretaría de Gobernación, llevó a cabo una labor editorial intensa. Reeditó en facsímil muchos de los libros importantes de y sobre la Revolución Mexicana, que a esas alturas del partido sólo eran accesibles en librerías de viejo, y ni en ellas. Volvieron a circular obras aparecidas hace mucho tiempo en ediciones a veces escasas —algunas de quinientos ejemplares cuando mucho— y que recogen la voz y la pluma de los protagonistas de la propia Revolución. Las notas introductorias son exiguas y alguna errónea. No obstante, se publicó una magnífica biblioteca revolucionaria.[42] El mismo INEHRM patrocinó la elaboración de antologías documentales de los principales caudillos y de personajes destacados de la época.

El Senado de la República y la Secretaría de Educación, con el impulso profesional del CONAFE y de la Editorial Salvat, encomendaron a Javier Garciadiego, respaldado por la experiencia profesional de Enrique Florescano y de un consejo asesor, la coordinación de una obra múltiple que llevó por título *Así fue la Revolución Mexicana.* dentro de ella alternan plumas más o menos experimentadas al lado de otras noveles, pero todas de especialistas en sus respectivos temas. El esquema de la obra permite que muchos temas, aunque tratados de manera

[42] En el capítulo sexto de este libro se da un pormenor de estas ediciones conmemorativas.

breve, aparezcan por primera vez en una obra de conjunto. Ello hace de *Así fue la Revolución Mexicana* un trabajo muy completo y al mismo tiempo sencillo en su lenguaje. Nota particular merece la ilustración, que incorporó imágenes no conocidas, fruto de nuevas investigaciones iconográficas. Uno de los volúmenes recoge planes y documentos y dos de ellos un diccionario biográfico, hasta entonces el más completo de los que se han elaborado acerca de la Revolución, pese a sus omisiones. En suma, esta obra significa por comunicar a un grupo amplio de especialistas con un público más amplio todavía.

Dentro del marco conmemorativo puede ser ubicada la serie de "Biografías del poder", debida a Enrique Krauze, auxiliado por un grupo de colaboradores y con un excelente apoyo iconográfico. El texto es sencillo y directo, propio de la buena escritura de Krauze, aunque dentro de su sencillez no escatima las interpretaciones, si se quiere audaces, pero bien meditadas, como la relativa a la muerte de Carranza. La hipótesis del suicidio, que levantó una ola de comentarios adversos, no es descabellada. Ciertamente es difícil probar cualquier cosa en uno y otro sentido, pero es factible. Recordando que los textos biográficos de los ocho personajes seleccionados sirvió de base para guiones de programas de televisión, debidamente recogidos en video, el propósito de hacer llegar a un público amplio algo de la historia de la Revolución resultó exitoso.

Guerra y la vinculación con el antiguo régimen

A lo largo de la década de los ochenta, dos notables investigadores europeos han polemizado acerca de sus respectivas ideas sobre la Revolución Mexicana: François-Xavier Guerra y Alan Knight. Los dos se dieron a conocer mediante trabajos breves, artículos y ponencias. Guerra llamó la atención de los lectores con un brillante artículo titulado "Territorio minado. Más allá de Zapata en la Revolución Mexicana" (1983). En él señalaba la amplia participación de los mineros en los levantamientos de 1910. Su contribución fue notable. Años más tarde, y con la utilización de la prosopografía como método, dio a conocer su *México: del antiguo régimen a la Revolución.*[43] En esta obra, que apenas cubre la etapa maderista, se pone mayor énfasis en el pasado de la Revolución, es decir, en el antiguo régimen, su formación —desde

[43] François-Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, trad. de Sergio Fernández Bravo, 2 v., México, Fondo de Cultura Económica, 1988. (En francés, 1985.)

la época de la Reforma— y su desarrollo a lo largo del Porfiriato. Hay detrás de esta obra toda una tradición historiográfica francesa que puede arrancar de Tocqueville y llegar a Furet, pasando por Raymond Aron. Si bien ha recibido comentarios adversos muy severos (González Navarro; Knight) también ha merecido elogios. Se trata de un trabajo sólido que —como señaló Jean Meyer— se destaca por establecer el vínculo de la Revolución con el pasado que la formó y no con los elementos de ruptura, sino con las continuidades que de manera innegable tuvo la Revolución. Es un libro muy importante.

Knight: "La Revolución es la Revolución"

La famosa frase de Luis Cabrera puede servir de epígrafe para connotar la obra de Alan Knight. Crítico severo de sus predecesores, se ha manifestado como un excelente lector de la historiografía revolucionaria reciente, así como un investigador muy notable. Sus ponencias y artículos que lo dieron a conocer siempre revelaron a un trabajador riguroso y sensible. Se había ocupado de participantes muy diversos de la Revolución, como intelectuales y campesinos. Estas contribuciones menores —en extensión, mas no en calidad— hacían muy esperadas sus obras mayores: su trabajo sobre las relaciones entre México y Estados Unidos, de 1910 a 1940, y, sobre todo, *La Revolución Mexicana*.[44] Se trata, ésta, de una obra mayor, tanto en calidad como en cantidad. Es una investigación que sobrepasa muchos trabajos, que penetra en zonas que habían sido tocadas sólo tangencialmente, o de plano permanecido intocadas. A la inversa de Guerra, el énfasis está puesto en la ruptura, en la Revolución, en el cambio, en la lucha por la autogestión, por la libertad, por la democracia en todos los medios. Es un trabajo en el que los actores sociales, serranos, campesinos, son recuperados en su voz y sus acciones. Repasa las experiencias regionales y las conjuga en el espacio nacional. Libro notable.

Epílogo: la Revolución en el cambio de siglo

Sin pretender exhaustividad, es necesario tener una visión panorámica de lo que ha sucedido con la historiografía sobre la Revolución

[44] Alan Knight, *La Revolución Mexicana. Del Porfiriato al régimen constitucional*, 2 v. México, Grijalbo, 1996. Hubieron de transcurrir diez años para contar con la versión en español.

Mexicana en el último decenio del siglo XX. Por una parte, si bien el Estado mexicano se comenzó a desvincular de ella a partir de 1988, en aras de la globalización neoliberal, que ha dado muestras de mayor simpatía por la herencia liberal decimonónica que por la revolucionaria, un órgano del mismo Estado, dependiente de la Secretaría de Gobernación, tuvo un nuevo impulso gracias a quien lo encabezó durante casi diez años, Guadalupe Rivera Marín, que dio al Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana una presencia definitiva entre el medio académico, gracias a la incorporación de una decena de becarios al año, que con el aporte del INEHRM podrían culminar tesis, y al concurso anual "Salvador Azuela", cuyo objeto es premiar a la mejor investigación sobre el tema revolucionario. Asimismo, destacó por la elaboración y desarrollo de proyectos entre los que destacan el *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, publicado en ocho volúmenes y en disco compacto y que fue elaborado por un equipo muy grande que incluyó a historiadores de todos y cada uno de los estados de la República.[45] También destacan publicaciones como la serie sobre la democracia, la celebración de congresos y simposios, sobre todo el que tuvo lugar en San Luis Potosí en 1990, y sus actividades de divulgación. Asimismo, la obtención de una sede permanente en la Plaza del Carmen, en el corazón del viejo San Ángel, con una importante biblioteca especializada.

El INEHRM produjo muchos libros importantes, debidos a autores que culminaron con ellos sus estudios de posgrado. Cabría mencionar a Francisco Meyer Cossío, Carmen Collado Herrera, Pablo Yankelevitch, Nicolás Cárdenas García y otros. Otra institución con fuerte presencia en el gremio es el Archivo Calles-Torreblanca, atinadamente dirigido por Norma Mereles de Ogarrio y que, además de tener los repositorios en forma óptima, publica un interesante boletín monográfico con tópicos de la época.

El último decenio del siglo XX fue escenario de una necesaria puesta al día, aunque tardía. Me refiero a la publicación en español de los libros de Hans Werner Tobler, el del ya mencionado Alan Knight y el de John M. Hart,[46] que ganaron muchos lectores por el hecho de haber aparecido en nuestra lengua y tratarse de historias generales.

[45] *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, 8 v., México. INEHRM, 1990-1994. Hay versión en CD Rom. Obviamente a partir de 2000 el Estado concluyó su vinculación con la ideología de la Revolución Mexicana; no obstante, el INEHRM, lejos de desaparecer, cobró un nuevo impulso bajo la dirección de Javier Garciadiego.

[46] John Mason Hart, *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1990, 574 p.

Un hecho notable lo constituye la aparición del *Pancho Villa* de Friedrich Katz, simultáneamente en inglés y en español.[47] Ya antes de su publicación, habían aparecido muchos adelantos en revistas. Si bienio se trata *strictu senso* de una biografía, el género o al menos el interés en las personas de la Revolución ha sido notable: Pedro Castro rescató a Adolfo de la Huerta, Martha Loyo a Joaquín Amaro, Gregorio Sosenki, Javier Moctezuma Barragán y Ana Rivera Carbó,[48] cada uno por sí, le dedicaron su atención a Francisco J. Múgica; Pedro Salmerón lo hizo con Aarón Sáenz y Pablo Serrano con Basilio Vadillo.[49]

La historia diplomática se enriqueció con las aportaciones de Lorenzo Meyer, con *Su majestad británica*, mientras que Carlos Illades, Óscar Flores Torres y Josefina MacGrégor estudiaron el campo español, y Pablo Yankelevich[50] la proyección hacia el sur de América. Por su parte, los aspectos culturales se enriquecieron con la puesta en español del extraordinario libro de Claude Fell sobre Vasconcelos,[51] y los trabajos de Fernando Curiel sobre el Ateneo, de Javier Garciadiego sobre la Universidad y los de Víctor Díaz Arciniega en torno a lo que llamó "la querella revolucionaria de 1925" y sobre Alejandro Gómez Arias.[52] Los aspectos educativos fueron objeto de los análisis

[47] Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 v., México, Ediciones Era, 1998.

[48] Pedro Castro, *Adolfo de la Huerta. La integridad como arma de la Revolución*, México, Siglo XXI Editores y UAM Iztapalapa, 1988, 300 p. Martha Loyo, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército Mexicano, 1917-1931*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM-INEHRM-Fideicomiso Archivos Calles-Torreblanca, 2003, 194 p. Gregorio Sosenski, *La cuarta frontera de Baja California y el gobierno surpeninsular de Francisco J. Múgica*, México, INEHRM, 2001, 491 p. Javier Moctezuma Barragán, *Francisco J. Múgica. Un romántico rebelde*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 695 p.

[49] Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político y empresario*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2001, 318 p. Pablo Serrano Álvarez, *Basilio Vadillo Ortega. Itinerario y desencuentro con la Revolución Mexicana, 1885-1935*, México, INEHRM, 2000, 464 p.

[50] Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana. El fin de un imperio informal, 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991, 579 p. Óscar Flores Torres, *Revolución Mexicana y diplomacia española. Contrarrevolución y oligarquía hispana en México, 1900-1920*, México, INEHRM, 1995, 467 p. Carlos Illades, *Presencia española en la Revolución Mexicana*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1991, 182 p. Josefina Mac Grégor, *México y España, del Porfiriato a la Revolución*, México, INEHRM, 1992, 243 p., y *Revolución y diplomacia. México y España, 1913-1917*, México, INEHRM, 2002, 487 p. Pablo Yankelevich, *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*, México, INEHRM, 1996, 418 p.

[51] Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 742 p.

[52] Fernando Curiel, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998, 458 p. *Ateneo de la Juventud (A-Z)*,

de Engracia Loyo, mientras que Guillermo Palacios se ocupó de los maestros en su papel de intelectuales.[53]

La Revolución Mexicana, aunque haya dejado de ser *la revolución preferida*, ya no de los *scholars* estadounidenses, sino del gobierno mexicano, sigue siendo tema digno de estudio. Desde perspectivas diferentes, gracias a la contribución de Manuel Ceballos Ramírez, temas paralelos en temporalidad a la Revolución, como el catolicismo social, cobran una relevancia que no había tenido y hace que se enriquezca el conocimiento de la propia Revolución, mientras que el papel de los protestantes fue puesto en juego por Jean Pierre Bastian, así como por Rubén Ruiz Guerra. Por su parte, la sabiduría de Moisés González Navarro penetra en el intrincado mundo de los masones jaliscienses.[54] La economía, por su parte, sigue siendo un tema frecuentado, pero ha tenido las aportaciones de la ya mencionada Carmen Collado, María Eugenia Romero y Mónica Blanco, entre otros.[55] Y además de los aspectos acotados por el nexo interdisciplinario, está lo que puede llamarse historia social a secas, que recupera la explicación en torno a la militancia, a la decisión de tomar las armas, como la emprendida por los voluntarios extranjeros que se sumaron a la Revolución, en la pluma de Lawrence Taylor, la sociedad armada que propició la caída de Porfirio Díaz, según la recreó Santiago Portilla, y los norteños que ter-

México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, 207 p. "Anejo documental", en Juan Hernández Luna, *Conferencias del Ateneo de la* Juventud, 3a. ed., pról., notas y apéndices de..., seguido de un anejo documental de Fernando Curiel, México, UNAM, 2000, 509 p. Javier Garciadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México-UNAM, 1996, 455 p. Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura "revolucionaria"*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 206 p.

[53] Engracia Loyo, *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México, 1911-1928*, México, El Colegio de México, 1999, 369 p. Guillermo Palacios, *La pluma y el arado. Los intelectuales pedagogos y la construcción sociocultural del "problema campesino" en México, 1932-1934*, México, El Colegio de México y CIDE, 1999, 261 p.

[54] Manuel Cevallos, *El catolicismo social en México: un tercero en discordia.* Rerum Novarum *la "cuestión social" y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991, 447 p. Jean-Pierre Bastian, *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1989, 373 p. Rubén Ruiz Guerra, *Hombres nuevos. Metodismo y modernización en México (1873-1930)*, México, Centro de Comunicación Cultural CUPSA, 1992, 173 p. Moisés González Navarro, *Masones y cristeros en Jalisco*, México, El Colegio de México, 2000, 117 p. (Jornadas, 131).

[55] María del Carmen Collado Herrera, *Empresarios y políticos, entre la restauración y la Revolución, 1920-1924*, México, INEHRM, 1996, 381 p. Mónica Blanco, *Revolución y contrarrevolución en Guanajuato, 1908-1913*, México, El Colegio de México-UNAM, 1995, 226 p., y María Eugenia Romero Ibarra, *Manuel Medina Garduño, entre el Porfiriato y la Revolución en el Estado de México, 1852-1913*, México, INEHRM, 1998, 221 p.

minaron formando la poderosa División del Norte, como la estudió Pedro Salmerón Sanginés.[56]

Por lo que respecta a consideraciones generales, las aportaciones de Javier Rico Moreno[57] y Thomas Benjamin[58] pueden servir de corolario a lo que ha sido un esfuerzo historiográfico sostenido, al igual que la síntesis elaborada por Javier Garciadiego para presentar una antología de lecturas sobre el proceso.[59]

El rescate de los actores sociales al despuntar la década de los setenta fue y seguirá siendo la nota dominante de la producción historiográfica de la Revolución Mexicana. Gracias a ella se han iluminado rincones oscuros, de manera que al inicio del siglo XXI el conocimiento de los hechos que la constituyen es abundante, profundo y detallado. Aparentemente se puede pensar en el agotamiento de las vetas, pero todavía hay muchas preguntas que hacerle a ese proceso histórico que ha sido rescatado por los historiadores académicos de la manipulación de los políticos que la deformaron para justificar su presente. Las innumerables preguntas acerca de quiénes hicieron la Revolución y por qué la hicieron siguen abiertas.

[56] Lawrence Taylor, *La gran aventura de México. El papel de los voluntarios extranjeros en los ejércitos revolucionarios mexicanos, 1910-1915*, 2 v., México, CONACULTA, 1993. Santiago Portilla, *Una sociedad en armas. Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, México, El Colegio de México, 1995, 652 p., ils. Pedro Salmerón Sanginés, *La División del Norte*, tesis doctoral, México, UNAM, Programa de Posgrado en Historia, 1993 (en proceso de publicación).

[57] Javier Rico Moreno, *Pasado y futuro en la historiografía de la Revolución Mexicana*, México, CONACULTA-INAH-UAM Azcapotzalco, 2000, 272 p.

[58] Thomas Benjamín, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, México, Taurus, 2003, 309 p.

[59] Javier Garciadiego, *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, UNAM, 2003, XCII-407 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 138). Este libro es comentado *in extenso* en capítulo posterior.

SEGUNDA PARTE

APROXIMACIONES PARTICULARES

Las historias generales

Conmemoración editorial[1]

Con el apoyo financiero de muchas entidades del sector público, entre las cuales destacan secretarías de Estado, organismos descentralizados, banca y gobiernos estatales, fueron publicadas dos colecciones de libros para conmemorar los respectivos aniversarios de la Independencia y la Revolución Mexicana. En esta nota se dará cuenta de las obras relativas al movimiento de 1910.

Es importante destacar que una de las mejores maneras de celebrar una efemérides es convocar a los estudiosos a presentar trabajos sobre ella, así como editar libros originales y volver a publicar textos representativos originados por el propio movimiento que se celebra. Si bien lo deseable sería hacer nuevas ediciones críticas de las obras en cuestión, es comprensible que ésa es labor que no se improvisa y entonces no queda otro remedio que incurrir en la socorrida práctica del facsímil, la cual, por lo menos, sólo repite los aciertos y errores de la edición original. Cuán deseable sería ver ediciones anotadas y debidamente presentadas de los mejores libros sobre la Revolución. Ojalá que la reimpresión facsimilar sea un primer paso hacia ello. Por otra parte, esa tarea no es labor de un año. Se requiere tiempo y paciencia para emprenderla. Afortunadamente cada vez más abundan especialistas capaces de culminar esa obra. Pasemos ahora al comentario particular.

Se trata de veintidós títulos en treinta y dos volúmenes. Para abordarlos hace falta establecer categorías. La primera es la de los documentos originales; la segunda, las recopilaciones de textos de un autor; en tercer término pueden quedar los ensayos propositivos emanados de la Revolución; dentro de un cuarto apartado, la historia, en diversos niveles de realización: testimonio, crónica, intento de elaboración mayor, ensayo político, etcétera, podría ser lo que mejor expresara este

[1] Comisión Nacional para la Celebración del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, *Biblioteca de obras fundamentales de la Revolución Mexicana*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

conjunto, el cual será caracterizado por lo que toca a las divisiones propias de la Revolución. En último término quedan los intentos de recopilación biográfica.

Los documentos son tres: el *Epistolario*, de Francisco I. Madero, según edición publicada por la Secretaría de Hacienda en 1963, preparada por Catalina Sierra y Agustín Yáñez, y que abarca textos de Madero, desde la lucha inicial en 1900 hasta 1910. El otro documento es la célebre *Memoria de la Secretaría de Gobernación*, que preparó en 1916 el licenciado Jesús Acuña, y que recoge la legislación constitucionalista. Sin duda es uno de los libros más útiles porque contiene materiales fundamentales del movimiento armado. Finalmente, la categoría documental se cierra con el indispensable *Diario de los debates* del Congreso Constituyente de 1916-1917, según la edición también conmemorativa de 1960, que incluye un prólogo del constituyente Hilario Medina y apéndices con listas de los diputados según su distrito representado y las comisiones parlamentarias que se formaron. Los tres libros están bien escogidos. Si acaso hubiera sido deseable la reedición de los debates de la Soberana Convención, para dar mayor representatividad a los grupos en pugna. No obstante, lo publicado es muy acertado. De todo ello, la *Memoria* es lo que estaba más lejos de los lectores actuales, ya que su última edición data del cardenismo. Por otra parte, el *Epistolario* era inconseguible.

Dos son las recopilaciones de textos políticos. La primera es un verdadero clásico: las *Obras políticas*, del Lic. Blas Urrea, que su autor, don Luis Cabrera, editó en 1921 siguiendo todos los patrones de la edición de documentos históricos. Don Luis nos da una introducción, efemérides, sus propios artículos anotados y culmina con un extenso apéndice documental. Se trata indudablemente de una de las producciones más inteligentes de toda la Revolución, el talento de Cabrera en dos dimensiones: como autor de artículos incisivos y llenos de compromiso político, y una compilación galana, de historiador consumado. Siguiendo los mismos pasos, aunque anterior a la publicación del de Cabrera, es el otro libro agrupable en esta categoría: *Hechos, no palabras*, de Francisco J. Múgica. De él se dio a la prensa el tomo primero que recoge "prensa y parlamento", dos actividades en las que destacó el líder de los radicales del constituyente. Se rescata así del olvido el pensamiento de uno de los revolucionarios más connotados. Su reedición es un acierto por razones obvias.

La tercera categoría sólo incluye un título, y ello es representativo de que fueron pocos los textos propositivos elaborados luego de la conclusión de la fase armada de la Revolución. Se trata de *La recons-*

trucción de México, del general Salvador Alvarado, que recoge un enorme programa de acción dividido en aspectos económicos, sociales y políticos. La obra, original de 1919, es un extenso repertorio de la problemática mexicana de entonces.

Las "historias" de la Revolución ocupan el rubro más extenso. Como se apuntó arriba, cada una de ellas representa un punto de vista identificable con los principales grupos en pugna. Dos de esas obras, no obstante lo anterior, entran en una subcategoría especial por tratarse de intentos de historia general del movimiento, por no ilustrar en sus páginas sólo una parte del mismo. Las dos obras son bien distintas. Una de ellas está recubierta por una interpretación sociológica que la lleva a profundizar en las estructuras de la historia de México en su larga duración, mientras que la otra es una ágil crónica política de los sucesos. Se trata, si el lector no lo ha adivinado ya, de *La revolución agraria en México*, de don Andrés Molina Enríquez, y de la *Historia política de la Revolución*, de Miguel Alessio Robles. La primera es, en efecto, un gran intento de enmarcar a la Revolución dentro de una totalidad histórica que tiene sus raíces en épocas lejanas. De acuerdo con su sociología, la raza determinaba los diferentes aspectos de la historia a considerar: indios, criollos y mestizos. Independientemente de lo superado que pueda estar el método, la profundidad a que llegó Molina es innegable. Acaso nadie como él ha entendido la interacción de diversos factores, elaborando así una auténtica sociología histórica. Miguel Alessio Robles era un hombre que tenía buen trato con la pluma. Su narración es sumamente ágil y corre desde los antecedentes revolucionarios hasta el final de la década de los veinte, aunque después agregó pequeños capítulos que llevan el libro hasta la actitud de México ante la Segunda Guerra mundial. Pero en realidad el libro culmina con la muerte de Obregón. En la narración queda evidente que la política es el centro de los intereses de su autor y dentro de ella, cuáles son sus filias y sus fobias, destacando la que sentía hacia Calles. Con todo, es un libro muy rescatable.

Toca su lugar al maderismo, tanto por la simpatía de algunos autores como porque los libros en cuestión cubren hasta 1913, en este apartado se encuentran en primer término, *El antiguo régimen y la Revolución*, de Antonio Manero, original de 1911, obra en la cual apenas se trata de manera descriptiva a la Revolución, centrándose más en el régimen porfiriano. Texto importante para conocer cuestiones bancarias y hacendarias. De José R. del Castillo se rescata su *Historia de la revolución social de México*, publicado en 1915, y que concluye con la caída de Porfirio Díaz. Otro libro temprano fue el de Luis Lara Pardo,

De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero. La sucesión dictatorial de 1911. No es un texto maderista, lo cual puede indicar la apertura de los editores de rescatar materiales heterodoxos. La obra contiene información muy valiosa, obtenida de observaciones directas, a cargo de un hombre muy enterado. La compensación de punto de vista viene con el libro de Federico González Garza, *La revolución mexicana. Mi contribución político-literaria.* Es un relato pormenorizado de las campañas maderistas y de la presidencia hasta la caída del coahuilense. Se complementa con documentos reunidos en un apéndice. Finalmente, *Los últimos días del presidente Madero* cierra este grupo. La obra clásica de Manuel Márquez Sterling, publicada en La Habana en 1917, es imprescindible para conocer los manejos diplomáticos de Henry Lane Wilson y del ambiente de la decena trágica. El conjunto de cinco libros sobre el maderismo, con la publicación del epistolario nos da un conjunto muy completo y representativo, que incluye hasta un texto adverso. Queda al final, el que acaso ha trascendido como el de mayor importancia, por la minuciosa factualidad de sus datos, el clásico libro de Roque Estrada, *La Revolución y Francisco I Madero.* Obra crítica, puntual, descriptiva, infaltable en una colección de esta naturaleza, dado que se trata, además, de una de las obras más tempranas acerca del proceso.

El otro conjunto voluminoso es el constitucionalista o carrancista. Además de la *Memoria*, de Acuña, las obras que lo recrean son, para comenzar, la de Manuel Aguirre Berlanga, *Génesis legal de la revolución constitucionalista. Revolución y reforma.* El trabajo data de 1918, cuando el autor desempeñaba la cartera de Gobernación y trae un prólogo del distinguido historiador tradicionalista Luis González Obregón. El texto es muy breve: setenta y tres páginas en formato pequeño y se complementa con un largo apéndice documental que incluye la propia Constitución de 1917. La experiencia militar está contenida en la clásica obra del general Juan Barragán Rodríguez, jefe del Estado Mayor del Primer Jefe: *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista.* Este libro nació en las páginas de *El Universal* y en 1946 alcanzaron su forma definitiva. El autor fue poseedor del archivo de don Venustiano, que aprovecha con largueza para las páginas de esta obra. A cuarenta años de su primera edición hacía falta recuperar una de las principales reconstrucciones del proceso armado. La *Historia diplomática de la revolución mexicana*, de don Isidro Fabela, es un texto fundamental en su género. Fabela fue a lo diplomático lo que Barragán a lo militar. El constitucionalismo queda así plenamente expresado. Cierra el grupo una curiosa obra, más anecdótica que política, pero

que expresa a una de las subcorrientes constitucionalistas: el gonzalismo. Se trata de *Con Carranza. Episodios de la revolución constitucionalista, 1913-1914*, de Manuel W. González. Un texto que participa del constitucionalismo y del obregonismo —a fin de cuentas no antagónicos hasta 1917— es *Mis memorias de campaña. Apuntes para la historia*, del general e ingeniero Amado Aguirre y Santiago, obra póstuma publicada en 1953 en edición de apenas quinientos ejemplares. Trabajo valioso para seguir los pasos de la División de Occidente, refuta a Barragán y ofrece su propio punto de vista sustentado en documentación original que él mismo reunió. La obra avanza en el tiempo hasta principios del cardenismo cuando el autor se retiró a la vida privada. Se da por primera vez un índice general, del cual carecía la primera edición.

El zapatismo está representado por uno de sus clásicos, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, del general Gildardo Magaña, sucesor del caudillo y poseedor del más amplio archivo zapatista. La obra, en cinco volúmenes, es fundamental.

Por su parte, el villismo tiene su expresión en las líneas del general e ingeniero Federico Cervantes, *Francisco Villa y la Revolución*, indudablemente el texto más documentado y completo en torno al popular movimiento villista.

Cierran la colección dos trabajos bibliográficos, el de Ramón Puente, *La dictadura, la revolución y sus hombres*, obra de 1938, que recupera figuras de índole diversa, incluyendo a miembros del episcopado, en semblanzas de extensión regular, algunas debidas a la remembranza del autor y otras a la indagación documental. El otro trabajo es el hasta ayer único intento de *Diccionario biográfico revolucionario*, debido a Francisco Naranjo. Si bien adolece de múltiples defectos, es obra única —o fue— en virtud de su propósito de dar datos acerca de un enorme número de participantes en la Revolución. La obra se complementa con un apéndice documental con los principales planes y programas revolucionarios.

En suma, puede ser mucho lo que faltó, pero resulta imposible reunirlo todo. Si acaso se evidencia como ausencia notoria algún texto magonista que pudo ser documental. De la cosecha contrarrevolucionaria, habría mucho que editar, si acaso podría destacar como ausencia notable el libro de Manuel Calero, *Un decenio de política mexicana*. Habría también que rescatar autobiografías importantes como las de Pani y Palavicini. En fin, la colección no se postula como exhaustiva. Es deseable que la propia institución editora no se limite al año de 1985 para realizar este tipo de trabajos,

aunque sea en facsímiles y siga adelante, aunque en pequeñas dosis anuales. Es de esperarse, por último, que estos libros lleguen a muchos lectores. Que el esfuerzo no haya sido vano y las obras vayan a parar a una bodega.

Historia ludens[2]

Aunque se han escrito muchas historias generales de la Revolución Mexicana, el hecho de que un historiador de la categoría de Fuentes Mares publique su propia versión de los hechos, resulta interesante. La obra de este escritor chihuahuense ha tomado un giro diferente a partir de *Las memorias de Blas Pavón*, libro en el cual, a diferencia de los anteriores (dedicados a Poinsett, Santa Anna, Juárez y Terrazas), inventa a un narrador de los hechos —supuesto testigo presencial— quien libremente discurre acerca de la historia decimonónica, de la llegada del virrey Venegas al momento de la asunción porfiriana. El recurso del método empleado por Fuentes Mares, tanto en el *Blas Pavón* como en *La Revolución Mexicana*, consiste en acudir a un personaje ficticio para poder así dar rienda suelta a su opinión y ejercer libremente el derecho de calificar y enjuiciar el pasado, apartándose de las reglas metodológicas y de las técnicas de la investigación histórica ortodoxas. Es por ello que si se toman literalmente en serio muchas de las cosas que expresa Fuentes Mares, más de un lector puede sentir indignación. Mas no se trata de una obra jocosa. *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador* es un libro serio, escrito con buen humor. No se trata de una novela histórica, ni tampoco de una historia novelada, aunque en este segundo género es donde podría caber mejor. Si se piensa en *Los de abajo* o en *El águila y la serpiente*, es obvio que la presente obra de Fuentes Mares sólo guarda relación con ellas por la magnífica prosa con que está escrita; si se piensa en los *Episodios nacionales*, como ejemplo de historia novelada, en rigor también se encuentran diferencias genéricas entre la obra de Galdós (y la de su epígono mexicano Salado Álvarez) y lo que ofrece en su libro Fuentes Mares. Inclusive, el parentesco tampoco es muy estrecho entre *La Revolución Mexicana* y esa novela —excelente parodia de unas memorias de un general partícipe de la rebelión escobarista— debida a la pluma de Jorge Ibargüengoitia, *Los relámpagos de agosto*. En fin, tam-

[2] José Fuentes Mares, *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*, México, Joaquín Mortiz, 1971, 248 p. ils. (Contrapuntos).

poco es una historia químicamente pura la que ha elaborado, con derroche de talento, el historiador de Chihuahua. Se trata, en suma, de un libro que no hace caso de ninguna regla; que se dedica a hacer lo que, según los tratados de heurística y metodología, precisamente no se debe hacer.

El valerse del supuesto testigo permite a Fuentes Mares expresarse apasionadamente en favor y en contra de lo que le provoca filias y fobias. A partir de ello, emplea toda clase de calificativos para caracterizar a todos y cada uno de los grandes caudillos y caudillejos revolucionarios. Algunos de ellos resultan salvados, aunque no sin llevarse alguno que otro adjetivo adverso, pero otros, como Villa y Calles, definitivamente resultan condenados en el acto de historia judiciaria desarrollado por el espectador Fuentes Mares. No se trata aquí de señalar acuerdos o diferencias con respecto a dicho particular. Cada lector coincidirá o dejará de hacerlo en función de sus propios prejuicios. Simplemente debo consignar que sí coincido en muchas de las opiniones vertidas.

Otro aspecto metodológico de los que viola sabrosamente Fuentes Mares es el relativo a considerar casi exclusivamente a los caudillos como elementos motores de la historia, sobre todo hoy en día cuando se ha vuelto requisito indagar circunstancias o factores estructurales. Podría señalar que afortunadamente Fuentes Mares incide en una suerte de *carlyleísmo*, pero de ninguna manera ortodoxo. Sin embargo, acudir al personaje ficticio hace válida esta violación sistemática de las reglas propias de la disciplina de Clío. ¿Y no están escritas así todas las historias pergeñadas por los civiles y militares que participaron en los hechos? El hacer una historia como la que aquí se reseña, viene precisamente a liquidar a la historiografía testimonial de la Revolución Mexicana escrita por elementos no profesionales. Desde luego que no es válido pedirle, pongamos por caso, a Barragán, Miguel Alessio Robles, Palavicini o Pani ser devotos seguidores de Ranke o estar influidos por Croce o el marxismo. Su historia es pragmática y empírica y como tal se acepta.

Las memorias del espectador de Fuentes Mares recogen el espíritu característico de esa forma historiográfica, con la ventaja de que el sujeto no pertenece a ninguna de las facciones y se permite hablar libremente acerca de todos los caudillos. Gracias a ello realiza una historia desmixtificadora, antisolemne, pero seria y fundada. Y esto, incluso, no se menoscaba a causa de alguno que otro error cronológico o el bautizar al *Pearson's Magazine* con el nombre de *Harper's*. El hecho de no participar de la "Clío de bronce" permite que el lector se acerque a

Madero, Carranza, Obregón, Villa y Zapata, entre otros, como personas que fueron y no semidioses ni villanos execrables (aunque, según Fuentes Mares, Villa sí entraría en esta última categoría).

Existen dos factores más que conviene apuntar. Uno de ellos es el relativo al sujeto. A través del espectador, Fuentes Mares descubre una cara oculta de la Revolución Mexicana. Aunque en este caso no hay documentación que lo avale, presenta a su narrador como un negociante que se aprovechó, cual ave de rapiña, de las desgracias de la "gente decente" y, con el tiempo, pudo convertirse en banquero, que llegó a ser propietario de un hipotético Banco Regenerador Revolucionario. Ello le permite afirmar de sí mismo lo siguiente: "Fui revolucionario antes de tener cuatro reales, y hoy, que los tengo, lo soy con mayor razón todavía, pues no tengo empacho en atribuir a la revolución el origen de mi fortuna."

El otro factor es el que alude al ambiente social de la ciudad de México en los años convulsos. A través del teatro de género chico le da vida a otra fase de la historia que suele ser contada muy al margen de los acontecimientos considerados como serios. El espíritu del tiempo es así recuperado, con gran poder de evocación, gracias al apoyo que le brindó la obra de don Armando de Maria y Campos.

Si bien he insistido en el constante enjuiciamiento a que se somete a los caudillos, en rigor, ello no constituye el tema central del libro. Los caudillos aparecen dentro de los acontecimientos que protagonizan y tales acontecimientos son los que juzga Fuentes Mares. Dentro de ellos, además de los traídos y llevados caudillos, aparece el comentario acerca de instituciones o grupos. Dentro de éstos, los intelectuales le merecen algunas páginas, especialmente Caso y Vasconcelos. De las instituciones, la que se lleva lo mejor de la ironía del espectador-Fuentes Mares es el Partido de la Revolución, al compararlo con y distinguirlo de los partidos nazi alemán y comunista soviético. En cuanto a lo mejor de su prosa, esto se encuentra en la narración de la decena trágica y en sus reflexiones hispanistas.

En suma, los supuestos vicios historiográficos de la obra, que no lo son, se amparan en la conciencia del sujeto, es decir, en el haber inventado a un intermediario a través del cual Fuentes Mares pudo decir todo lo que quiso, cancelando, a la vez, la posibilidad de seguir por ese camino, so pena de incurrir en la imitación servil o en la repetición estéril. *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador* ha confirmado una vez más que el talento es el ingrediente esencial para toda buena historiografía.

Con la precisión del reloj [3]

Antes de concluir el año de 1971 apareció el número 81 de la revista *Historia Mexicana*, el cual ostentaba en su portada una calavera revolucionaria de Posada y contenía tres artículos sobre temas revolucionarios, debidos a Jean Meyer, Hans Werner Tobler y Albert C. Michaels. Era precisamente el momento en que cobraba auge lo que se dio en llamar el revisionismo histórico de la Revolución Mexicana. Por entonces tenía poco en circulación en libro de Adolfo Gilly, todavía Meyer no publicaba ni *La Cristiada* ni *La Révolution Mexicaine*. El año siguiente, en 1972, quien esto escribe tendría el privilegio de leer y comentar el manuscrito inédito de *La ideología de la Revolución Mexicana* de Córdova. Se vislumbraba un cambio radical en los estudios sobre el movimiento armado de 1910 y sus consecuencias.

El número 81 de *Historia Mexicana* adquirió un significado especial. Los temas tratados no eran del todo frecuentes. Si acaso el de los batallones rojos, pero no con la óptica con que lo presentaba Meyer, o el de Michaels sobre las elecciones de 1940, tema de cierta algidez, todavía. Sin embargo, el artículo más radicalmente novedoso era el de un profesor de la Universidad de Zurich, cuyo nombre no había escuchado antes, Hans Werner Tobler, que escribió sobre "Las paradojas del ejército revolucionario, su papel social en la reforma agraria mexicana, 1920-1935". Para comenzar, todo aquello que tratara cosas ocurridas después de 1920 era más bien extraño. Después, el hecho de que el sustento principal del artículo proviniera del ramo *Obregón-Calles* del AGN, todavía ubicado en el Patio de Honor de Palacio Nacional, era verdaderamente extraordinario, en virtud de que era muy difícil acceder físicamente a los documentos. Y, tercero, la tesis ofrecida en dicho artículo no inauguraba, pero sí fortalecía, lo que vino a ser designado como revisionismo, en un notable artículo de David C. Bailey. De su lectura en adelante, el nombre de Tobler cobró un significado importante para mí. Era el de un historiador suizo que había tocado un tema muy central, que había puesto el dedo en la llaga y que había fundamentado académicamente lo que decían viejos actores, entre críticos y resentidos, de otros actores revolucionarios: que el poder había aburguesado a quienes hicieron la Revolución con las

[3] Hans Werner Tobler, *La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940*, presentación de Friederich Katz, traducción de Juan José Utrilla y Angélica Scherp, México, Alianza Editorial, 1994, 729 p. (Raíces y razones).

armas y con ellas debían hacerla prevalecer. No exagero al decir que de hacerse una antología de artículos sobre la Revolución, éste de Tobler es de aquellos que no harían dudar al seleccionador. Sería escogido desde la primera ronda y llegaría a finalista.

Muchos años después supimos que aquel investigador suizo había hecho un libro de grandes alcances sobre la Revolución. Quienes descuidamos el hecho de escoger el alemán como parte de nuestros complementos formativos nos privamos de su lectura por casi un decenio. El caso es que, por fortuna, se cuenta con una buena versión a nuestra lengua de un robustísimo libro de más de setecientas páginas y que cubre un periodo amplio de la historia mexicana, del ascenso porfiriano a la salida de Lázaro Cárdenas de la presidencia.

Ahora bien, la opción tomada por Tobler fue notable. Por el papel preeminente que da al ejército como actor fundamental del proceso, bien pudo quedarse en un amplio trabajo monográfico sobre un tema al que pocos han atendido, el de los militares revolucionarios. Eso de por sí le hubiera dado a la hipotética monografía y a su autor todas las credenciales necesarias para ganarse la respetabilidad del gremio y la de los lectores, pero su opción fue más ambiciosa. No se quedó en la monografía, como un árbol más del bosque, aunque se tratara de un árbol de tronco grueso y frondoso, sino que se fue a la ambiciosa aventura de tratar el bosque completo, sin mengua de atender a sus árboles principales. El resultado fue otro libro sobre la Revolución Mexicana, pero de ninguna manera *otro* a secas. Es uno más de esta serie de obras que han tenido por objeto reconstruir el proceso revolucionario mexicano, como *La guerra secreta* de Katz, y los libros de Guerra, Hart y Knight, indiscutiblemente los más representativos de la nueva historiografía internacional sobre la Revolución Mexicana, aunque algunos de ellos se contradigan entre sí. Con éste de Tobler se completa un quinteto definitivo e ineludible. Es el legado de los años ochenta a la historiografía del proceso revolucionario mexicano, legado cuya trascendencia es de enorme significatividad.

La Revolución Mexicana. Transformación social y cambio político, 1876-1940 es un libro cuya densidad es evidente y necesaria. No es la síntesis que resume lo que otros han investigado, sino una nueva investigación que ofrece propuestas novedosas. El recorrido es amplio. El tratamiento del primer tramo resulta relativamente breve. El proceso de modernización porfiriana es visto de manera global, para dar paso a las dos partes siguientes, la de la revolución armada y la del proceso posrevolucionario, que para Tobler se extiende veinte años

a partir de la llegada de los sonorenses al poder. La segunda y tercera partes son alícuotas en extensión.

Cabe atender, también la sistematización del libro, ya que además de contar con una brillante introducción de Friedrich Katz, Tobler resumió la suya de la edición original, agregó una especial para la edición mexicana y un postfacio que deriva de dicha introducción. En ambos textos, con una concisión admirable, le da a su obra el marco necesario para justificar su aparición en 1994, diez años después de la edición en lengua alemana, ya que no podía soslayar las importantes aportaciones de Guerra, Knight y Hart, además de la de Katz, que tiene más asimilada en su libro.

Los años transcurridos entre los ya lejanos sesenta, cuando se discutían los "apellidos" de la Revolución Mexicana y se le trataba de definir como "social", "democrático-burguesa", o lo que sea, y los actuales; cuando las viejas etiquetas han sido desechadas y no sólo la investigación empírica ha dado muestras de avances extraordinarios, sino que la teoría también ha evolucionado para ofrecer mejores explicaciones en torno a los fenómenos sociales, obran en beneficio de la caracterización de la Revolución Mexicana. Acaso planteamientos como el de Ramón Eduardo Ruiz, no del todo convincentes desde su inicio, ya resultan anacrónicos. La aportación de Tobler, en este sentido es muy rica, puesto que ofrece con su perspectiva internacional, no sólo el apoyo adecuado en fundamentos teóricos de gran solidez, sino que además no pierde de vista las posibilidades que ofrece la comparación con otros procesos revolucionarios. En ese sentido, las ventajas de la historia desde fuera son grandes. Quienes la vemos desde nuestro mirador local rara vez nos atrevemos a comparar con otras experiencias históricas. Se nos impone la ajenidad y pecamos mucho de endogenia. Tobler y Knight, sobre todo, benefician la explicación del fenómeno mexicano con vista a otros y con vista a aquello que ha suscitado la reflexión teórica.

Tobler, en ese sentido, le extiende a la mexicana su carta de legitimación revolucionaria al analizar los cambios operados a partir de los años veinte y, sobre todo, en el cardenismo, teniendo a la vista el proceso paralelo que se dio en la URSS entre las épocas de Lenin, Stalin y la NEP. Asimismo, recoge ejemplos valiosos de la experiencia china.

Pero no se entienda esto como una revalorización de los espantosos "marcos teóricos" con los cuales sociólogos y politólogos abusaron de los intentos de explicación científica de un proceso histórico. Se trata, sí, de reivindicar la reflexión teórica y la perspectiva internacional o mundial para beneficiar la explicación de lo particular, ya

que, como vacuna contra el "marco teórico" se ha caído en un abuso del empirismo.

Sobre esto último, Tobler autoevalúa su esfuerzo como el de un equilibrio entre lo estructural y lo narrativo. Indudablemente lo logró. Es un libro muy completo, extraordinariamente bien estructurado en su organización interna y muy bien fundamentado por lo que se refiere a sus apoyos empíricos. Combina muy bien lo proveniente de las fuentes directas como lo que necesita tomar de las indirectas. En suma, se trata de un gran proyecto de lectura. Las más de setecientas páginas que nos ofrece han de ser examinadas de manera cuidadosa por el lector que se aventure en ellas.

La Revolución recuperada[4]

Dos experiencias anteriores de su autor dan fundamento a este nuevo libro; la primera, su contribución a *La formación del Estado mexicano* (1986), libro colectivo generado en una serie radiofónica, producida por el Centro de Estudios Políticos de la UNAM al mediar los años ochenta, en el cual se hace un recorrido por la historia de México de los siglos XIX y XX y dentro del que el tema de la Revolución fue precisamente elaborado por Javier Garciadiego, con un tratamiento que entonces resultaba novedoso y fresco, por lo que traía consigo en la ruptura de tabúes, clichés y esquemas, y daba un recorrido sucinto y fresco de los diez años de la lucha armada. La otra experiencia proviene de los años noventa y consistió en la *Antología de Historia de México* (1993) de la que somos responsables el propio Garciadiego y yo, y que es una recopilación de textos históricos destinados al magisterio. Este segundo trabajo tiene menos relación con el actual que el primero, sin embargo, cuenta como experiencia previa. En ambas fuimos compañeros de viaje. En algún sentido, este nuevo libro, que lo es en todo, encuentra sus raíces en los dos trabajos mencionados, claro que en versión corregida y aumentada.

El libro actual puede abordarse desde luego en su integridad, puesto que es una unidad, pero también considerando por separado la introducción y la antología. La introducción tiene noventa y dos páginas en cursivas, como ha sido característica de la colección a la que perte-

[4] *La Revolución Mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, estudio introductorio, selección y notas de Javier Garciadiego, México, UNAM, 2003, XCII-408 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 138).

nece, Biblioteca del Estudiante Universitario, desde 1939. La introducción, decía, es un texto hasta cierto punto independiente que permite al lector hacer un recorrido sucinto por la historia de los diez primeros años de la Revolución de México, que no sólo fue agraria, como quisiera don Andrés Molina Enríquez, sino una revolución múltiple, como, entre otros, la interpretara Manuel Moreno Sánchez. En eso estriba uno de los aciertos de Garciadiego, en subrayar, en introducción y antología, la pluralidad de actores que desarrollaron acciones en escenarios diversos, desde antes de 1910 hasta, en este caso, 1920, con la rebelión de Agua Prieta y la pacificación del Centauro del Norte, en Sabinas. Buen principio y buen final los que quedan establecidos en este trabajo, que viene a ser una muy adecuada iniciación al conocimiento de la Revolución que tiene la doble característica de ser abordada desde el revisionismo inevitable a las generaciones actuales, pero también, como no podía ser de otro modo en el autor, actualizando la tradición, rescatando los textos originales, no sólo los de carácter estrictamente documental, sino junto a ellos, un buen número de relatos oriundos del momento, que enriquecen, ubican, complementan a planes, programas, leyes, discursos, declaraciones, en fin, toda la variedad de textos que se van produciendo en el acontecer histórico.

Pero ya me fui hacia la antología, olvidando la introducción. Vuelvo a ella. El texto, decía, es una visión breve y lúcida del movimiento fundador del siglo XX mexicano en la medida en que, con absoluto respeto al legado documental, interpreta la Revolución a partir del gran conjunto de actores sociales que lo constituyen, en las situaciones que fueron propiciando la acción en que consistió la lucha armada. Representa este texto una buena síntesis de un saber acumulado y desarrollado en los últimos treinta años de producción y reflexión historiográfica sobre la Revolución.

La antología, por su parte, y como señalo arriba en gerundio, muestra precisamente que la historia es, como dijera Ortega y Gasset, un *ir siendo*. Reproducir eso es virtud del buen historiador, cuando en realidad debiera ser obligación, pero no a todos les sale. Llama la atención el entretejido, el acto de no seguir un orden formal, sino atender a los dictados de cronos. Así, desaparece esa formalidad que separa las lecturas atendiendo a su orden genérico. En la antología se entretejen las narraciones con los planes y con las leyes en un ir y venir que da la impresión de que *así fue la Revolución Mexicana.*

La introducción, de nuevo, representa un interesante intento de recuperar lo general y breve en una época en la que el narcisismo de los historiadores pretende interesar a los lectores, sin lograrlo

siempre, en temas monográficos tratados con abundancia de detalles. Los lectores de la colección a la que pertenece el libro buscan ya sea un primer contacto con el tema, ya una nueva aportación, tanto en la fase introductoria como en la antológica.

La Biblioteca del Estudiante Universitario se enriquece con esta nueva antología. Quisiera manifestar el buen deseo de que este libro llegue a ser, para el primer decenio del siglo XXI, lo que fue la *Breve historia de la Revolución Mexicana*, de don Jesús Silva Herzog; los apéndices documentales complementan la narración de los hechos de la Revolución, pero una y otra ofrecen ambas posibilidades, sin menoscabo de una u otra maneras de abordar la historia. Mi generación tuvo en los tomitos de don Jesús una introducción fresca a la historia de la Revolución, que si bien hoy puede leerse como deudora de la historia oficial, entonces podía ser vista como discretamente heterodoxa, como correspondía al momento del cincuentenario. La antología e introducción de Garciadiego aparece ya cerca del centenario. Cumplirá con la función que le corresponde de dar una visión nueva, que busca la autenticidad, y ya liberada de las ortodoxias oficialistas. En suma, un libro que merece esta entusiasta bienvenida.

Acción revolucionaria y sociedad

Sociedad en armas[1]

La sociedad en armas, ni tan armada;
el Ejército Federal, ni tan ejército[2]

Una sociedad en armas es un interesante regreso a una historiografía que se puede calificar de originaria, tanto en forma como en contenido. En contenido, porque su tema es la historia militar de los primeros meses de la Revolución Mexicana. Gran parte de la historiografía de ese acontecimiento histórico, en su primera fase, fue militar, o una simbiosis de historia político-militar, que para el caso es lo mismo. En ese sentido, el libro de Santiago Portilla regresa al tema central de toda Revolución que es el de la manera como ésta tuvo lugar, a partir de la insurrección de la sociedad. En las diversas etapas que la constituyen, la historiografía de tema revolucionario mexicano se había ido apartando de los asuntos militares para politizarse, ideologizarse, sociologizarse y hasta economizarse. El asunto es que se desmilitarizó. A partir de cierto momento, a ningún historiador —ni a los destinatarios lectores— pareció importarle cómo fue la Revolución a partir de la manera como efectivamente fue hecha, esto es, a partir de la toma de las armas por quienes decidieron hacerlo. Nada más sencillo que eso, y, sin embargo, tan olvidado.

El otro regreso es el formal. Dada la inevitable interrelación entre contenido y forma (la forma es contenido), parece que el retorno a un tipo de contenido, de temática, demandaba un nivel de conceptuación historiográfica formal más cercano a las maneras de representación de la realidad más elementales: la cronología y el relato muy directo de los acontecimientos, ayudado por imágenes. En suma, un saludable regreso a una suerte de crónica auxiliada por un material visual no

[1] Santiago Portilla, *Una sociedad en armas. Insurrección antirreleccionista en México, 1910-1911*, dibujo cartográfico, teniente Ignacio Márquez Hernández, [presentación de Friedrich Katz], México, El Colegio de México, 1995, 652 p., ils.

[2] Aforismo inspirado en su forma en uno —excelente— de Edmundo O'Gorman.

peyorativamente ilustrativo, sino verdaderamente narrativo. Santiago Portilla es consciente de su oferta metodológica, ya que tiene a bien describirla en su preámbulo, calificándola de "narración estrictamente cronológica". Insisto en que no podía ser de otra manera. De haberlo sido, el libro no hubiera funcionado. El utilizar la narración cronológica implica un vuelta saludable a la mejor manera posible de representación de la realidad histórica.

Ahora bien, *Una sociedad en armas* no es un libro ni anacrónico ni elemental, como pudiera suponerse por lo que se dijo líneas arriba. Al contrario. Santiago Portilla utiliza el recurso formal por lo que le exige la tesis que sustenta, es decir, mostrar la manera en que el ejército y el régimen porfirianos fueron derrotados por la sociedad que tomó las armas siguiendo el llamado maderista. Ya advierte un historiador tan probado y reconocido como Friedrich Katz lo riesgoso que resulta plantear una nueva tesis que intenta destacar la acción militar por encima de la política, prevaleciente en los últimos años, y que trataba de reducir a la confrontación armada en Ciudad Juárez como único hecho de armas significativo de los ocurridos del 18 de noviembre de 1910 al 25 de mayo de 1911.

Ciertamente, los hechos de armas que tuvieron lugar en ese semestre decisivo en la historia de México, palidecen ante los que vinieron después, en la Revolución Constitucionalista, de 1913 y 1914, o ante los enfrentamientos del Constitucionalismo contra la Convención. No hubo entonces ninguna Celaya, Torreón, Zacatecas, Orendáin, Ramos Arizpe, Trinidad o El Ébano, para mencionar algunas de las batallas más sonadas, que implicaron la participación de contingentes considerables y el empleo de tácticas y estrategias. Lo ocurrido en la revolución originaria fue más elemental, pequeños contingentes, alzados más en el medio rural que en las urbes, hicieron que el Ejército Federal no pudiera darse abasto ante tal proliferación. Santiago Portilla muestra en su libro que no fue sólo lo que sucedió en Chihuahua y en Morelos lo que hizo que el imponente ejército porfiriano impidiera que el viejo autócrata estampara su firma en su renuncia del 25 de mayo. Cronología y gráficas nos muestran los hechos uno por uno, con una minuciosidad y un rigor documental a prueba de todo. Una gráfica final (p. 110), con el lenguaje sintético de que son capaces los instrumentos visuales, nos da las cifras de hechos de armas, mes por mes, los cuales suman 690 en total y que van creciendo de 39 en 17 días de noviembre de 1910 a 44 en diciembre, a 52 en enero, 77 en febrero, 140 en marzo, 145 en abril, 178 en mayo hasta el día 21, para llegar a 199 a fin de mes. Por mínimos que fueran, alcanzaron a ser

casi tres cuartos de millar. Eso en cuanto al número. Por lo que respecta al espacio los mapas dan una idea global de los llenos y los vacíos que ocupó la Revolución maderista junto con la magonista del distrito norte de Baja California, que se desarrolló de manera simultánea y que al igual que la primera, mantuvo ocupado al mismo Ejército Federal. Ciertamente hay llenos y vacíos, pero todo el territorio nacional se ve ocupado por acciones de guerra, si bien pueden advertirse huecos. Las gráficas dan, en orden cronológico, el seguimiento que marca que en noviembre hubo 39 hechos en siete estados, para ir en aumento tanto los hechos como las entidades federativas, para que en mayo éstas fueran 26, con todo y el Distrito Federal. De manera relativa se avanzó de un promedio de 2.17 hechos por día en noviembre a 7.52 en mayo, con un leve descenso en diciembre y enero, para seguir en línea ascendente a partir de febrero. La cronología número 4, relativa al aspecto militar da pormenor de todo eso que mapas y gráficas recuperan de manera sintética.

Esos apoyos resultan magníficos para el autor y lo dejan libre en toda su exposición explicativa que parte de una caracterización del antiguo régimen, sigue con los partidos que se formaron ante la expectativa de las elecciones de 1910 y, por fin, desarrolla la organización antirreeleccionista y su confrontación con el régimen. Pasa, en la segunda parte, al aspecto bélico. Aquí entran en juego los ciento veintitrés mapas y las gráficas, para proseguir en la narración con Chihuahua, el magonismo, la labor en los Estados Unidos, el golpe final en Ciudad Juárez y la conversión del ejército imponente en impotente. El libro, como se advirtió, no termina ahí. Siguen cuatro series cronológicas, siendo la más abundante e importante la última. Para todo, repito la palabra rigor como la que caracteriza mejor la investigación y realización del libro.

La tesis que sustenta es viable, dado que no se puede soslayar, en cualquier negociación política, una insurgencia al parecer callada, soterrada, pero real. Si bien el Ejército Federal no fue destruido por la acción revolucionaria, de manera que para 1913 aparecía fortalecido, ese enjambre que representaron las 690 acciones de guerra y que alcanzaron a ocupar 26 entidades federativas resultan más que suficientes para desquiciar, aunque no destruir a un ejército de la magnitud del porfiriano. Si se considera el aumento que fue tomando la insurgencia, era previsible que junio hubiese sido más intenso y que si el ejército desarrollaba ataques mayores en una zona, podrían abrirse otros frentes. En fin, todo eso no es sino una suerte de *ifismo*, como alguna vez llamó Alfonso Reyes a lo que de manera pedante se conoce

con el nombre de contrafactualidad. Con esto quiero decir que la tesis de Santiago Portilla me convence, dado que además, no es unívoca, es decir, no lo apuesta todo a la insurgencia armada, sino que aparece también la insurgencia política, la organización que propició, que de ambos lados de la frontera hubiese factores decisivos en el triunfo maderista. La historia no es unívoca, por lo que queda muy claro que sin una sociedad en armas, la política podía ser solamente un juego de ajedrez o una mesa de póquer en la que posiblemente se le apostaba el resto a cartas más bajas que las del contrario y éste, por excesiva prudencia o por temor, no iba.

El punto es que Santiago Portilla, de manera si se quiere obsesiva, encontró el material suficiente para reinterpretar la primera fase de la Revolución maderista, con base en haber buscado y encontrado un número sorprendente de acciones de guerra que la historiografía había ido olvidando, ocultando, disminuyendo por su modestia. La historia militar del mundo debe enseñar que no todas las batallas son Maratón, Termópilas, Marengo, Waterloo. También las que ni siquiera tienen nombre, o no alcanzaron a ser referidas en la prensa periódica, adquieren significado como partes del conjunto al que pertenecen por haberse originado en él.

Pese al tiempo transcurrido entre la terminación del texto y su aparición en forma de libro, *Una sociedad en armas*, de Santiago Portilla, es una obra fresca que revitaliza la historiografía de la Revolución Mexicana, la cual, pese a todo, puede seguir ofreciendo nuevos resultados.

Los sonorenses y la Revolución[3]

La historiografía de y sobre la Revolución Mexicana parecía haber llegado a un callejón sin salida. Si se revisan someramente los principales tipos de libros que la integran, se puede advertir que, en primer lugar, existe un material testimonial referente a aspectos tanto militares como ideológicos. Más tarde comenzaron a aparecer libros de síntesis en los cuales sus respectivos autores no renunciaban a dar una calificación al conjunto de hechos. Las síntesis de la historia de la Revolución comenzaron a caer más dentro del aspecto interpretativo que del narrativo. Ya casi no se daban a conocer hechos nuevos o se integraban éstos al conjunto. De ahí a la precariedad sólo había un paso.

[3] Héctor Aguilar Camín. *La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana*. México, Siglo XXI Editores, 1977, 450 p.

Por otra parte, ya el acento sobre lo ideológico era mucho más marcado que sobre el militar y el social en general, de lo cual también se podía desprender el lugar común y el fácil etiquetamiento de los hechos. Otra de las calamidades que asolaban a la historiografía de tema revolucionario era el carácter pretendidamente nacional de los textos, que dejaban a un lado las particularidades regionales. Aparecieron, sí, varios libros que escapaban a esta mínima catalogación y que constituyen hoy en día el conjunto de textos legibles y realmente serios, a cuyos autores siempre se les debe agradecer su aportación. Este tipo de libros es aquel dedicado a iluminar aspectos más bien particulares que, por hacerlo, arrojan buena luz al conjunto mayor.

El libro de Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada*, cuyo subtítulo nos especifica que trata sobre *Sonora y la Revolución mexicana*, se inscribe dentro de la línea descrita al final del párrafo anterior. Es un libro sobre un aspecto particular que desemboca en lo general de una manera excelente. Lo que tienen las cuatrocientas cincuenta páginas de texto invitan a reflexionar sobre muchos aspectos tanto de la Revolución como de la historia general de México.

Entre las reflexiones que se suscitan con la lectura aparece en primer término la llamada de atención sobre el hecho de que Sonora, hacia la época de la restauración republicana, apenas estaba poblada y su relación con el país era casi nula. Treinta años después era capaz de lanzar a sus hijos a una contienda de la que salieron victoriosos y los puso en trance de ejercer la jefatura del país hasta 1934.

El libro de Aguilar Camín, al poner el acento exclusivamente en Sonora, revela quiénes fueron los protagonistas de la historia de la Revolución, de una revolución cuyos portavoces provenían de Coahuila y de Sonora, fundamentalmente. Dos estados, al fin, con bastantes características comunes. Asimismo, es un libro que se refiere a los triunfadores, no a los vencidos, por lo general protagonistas de historias románticas que promueven opiniones acerca de "la revolución detenida", "la revolución interrumpida", "la revolución traicionada", etcétera. La explicación histórica debe hacer a un lado condescendencias moralizantes —e insisto, románticas— para abundar en la descripción y análisis de acontecimientos que influyen decisivamente en un proceso, ahora sí, nacional y que desemboca en el mismísimo ser histórico colectivo dentro del cual estamos insertos. Ésa es, entre otras, una de las virtudes del texto de Aguilar Camín sobre esos protagonistas sonorenses de la Revolución, sobre su medio, su acción y sus mentalidades. Con eso, cuando salieron de su estado en 1920, gobernaron el país. Porque curiosamente, y contra el lugar común que afirma que la

historia la escriben los vencedores, esta verdad a medias tiene que matizarse. Es la retórica histórica la que echan a andar los vencedores, no la historia tal como la entendemos quienes aspiramos a ser profesionales de ella. Esta historia de los verdaderos triunfadores —los sonorenses— no estaba escrita y falta la de los de Coahuila.

El libro está dividido en tres partes, mismas que coinciden con aspectos de la historia nacional: "Composición de lugar" en la cual, a través de la gira de Madero en Sonora, se nos describen personas y lugares, siendo la descripción de tal manera amplia que no deja fuera aspectos que permitan dejar de caracterizar los problemas sociales, económicos y políticos, así como su estructura, dentro del Estado. La segunda parte se refiere a "El maderismo en Sonora", y la tercera al constitucionalismo en el estado. Un epílogo trata el importante y decisivo cuatrienio 1916-1920 en el cual desempeñaron sus gubernaturas dos de los vértices del famoso triángulo sonorense: Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles. El otro, Álvaro Obregón, entretanto se dedicaba al cultivo del garbanzo, que le reportó grandes beneficios económicos, y a preparar una campaña tan importante —aunque no en lo militar— como la de los ocho mil kilómetros: la presidencial.

Cuando se sabe de dónde surgieron esos hombres y la enorme parafernalia que traían detrás, se comprende mejor la historia. Sonora era un estado donde el Porfiriato político se expresó en un triunviranto: Torres, Corral e Izábal; el Porfiriato económico en un sur de agricultura moderna, un norte minero (básicamente cuprífero) y una red ferroviaria que fortaleció a una economía. El Porfiriato social, a su vez, engendró el desplazamiento y la guerra contra los yaquis, el fortalecimiento de una oligarguía y el surgimiento de grupos medios desubicados. Éstos, los protagonistas de la Revolución, no cargaban con los lastres del pasado que traían consigo los hombres de la misma situación en el resto del país. Acaso el haber partido de cero les dio esa energía a través de la cual canalizaron su frustración al haberse levantado en armas. De la aventura a la política.

Volviendo al libro y a su estructura, ésta resulta el escollo mayor. No siempre la arquitectónica está de parte de Aguilar Camín, quien tuvo que batirse con una enorme cantidad de hechos los cuales tuvieron que ser acomodados de alguna manera en el libro. Si la primera parte cuenta con un buen bustrófedon en la persona de Madero, desaparece en la segunda y la tercera. Para lectores no avezados en la geografía sonorense (hace falta un mapa en la edición del libro) y no familiarizados con los nombres de quienes serían generales y jefes revolucionarios después, tal vez resulte difícil seguir la trama de los

acontecimientos. Por lo demás, se pone de manifiesto que Aguilar Camín se valió de un recurso novelístico para dejar y recoger la narración de los hechos; de ahí que no siempre se sienta continuidad.

El lenguaje revela a Aguilar Camín como buen escritor. Su estilo es ágil y desenfadado, lo cual le da a esta historia una de sus virtudes: la de no ser ni solemne ni moralizante. Esto es de agradecer, sobre todo al tratar un tema como el que sirve de objeto a *La frontera nómada*

Libro plural y multidisciplinario no se inscribe dentro de una parcela específica de la historiografía, a no ser la historia social, en un sentido amplio, o la historia de las mentalidades, en uno más estricto, aunque siempre rebasa los límites que cada una de esas clasificaciones le pudiera imponer. Hay política, hay antropología social, hay historia cultural, hay biografía. En suma, es un libro de historia, disciplina ésta que puede contener el mayor número de acciones humanas, en este caso, el espacio sonorense, y el tiempo que corrió de fines del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX, con especial acento entre 1910 y 1914. Si en el libro se renuncia a dar explicaciones finales, con lo cual se queda fuera de cualquier ismo historiográfico, sí abundan las explicaciones y los análisis sobre los casos concretos que van apareciendo y sus interrelaciones, para formar así ese todo que es la experiencia sonorense de la Revolución.

Libros como éste, magníficamente documentados en archivos generales y locales y nutridos con las fuentes secundarias que es menester para el caso, como prescriben las reglas, ayudan a que la historiografía cuyo tema es la Revolución siga marchando hacia el logro de un objeto mayor, que este libro cumple: la explicación por encima de la exaltación o la diatriba.

Ideología y clase: buena idea, magra realización[4]

Cuando un libro lleva el atractivo título de *Ideología y clase en la Revolución Mexicana*, seguido del subtítulo que especifica que se trata de un análisis de la Convención y el Congreso Constituyente, para quien se dedica a esos menesteres resulta toda una promesa. A ello se pueden sumar dos elementos más: es una tesis doctoral de sociología de la Universidad de California, en Berkeley, y forma parte, con el nú-

[4] Richard Roman, *Ideología y clase en la Revolución Mexicana. La Convención y el Congreso Constituyente*, trad. de María Elena Hope, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 158 p. (Sep Setentas, 311).

mero 311, de la estimable colección Sep Setentas. Pero, como dijo el clásico: *All that glitters is not gold.*

El principal problema que implica este libro es que fue presentado para cumplir con los requisitos doctorales en el año de 1973 y es una primera versión de una investigación más amplia. El hecho de que date de cuatro años antes a su aparición trae consigo un serio reparo a los editores y al autor mismo; a los primeros, por publicar un trabajo que *necesariamente* debe estar actualizado, y al autor, por no actualizarlo o revisarlo antes o después de haber visto (en caso de que lo haya hecho) la traducción, por cierto muy deficiente, de María Elena Hope. La actualización implica el que Richard Roman se saltó a la torera un texto cuyos fines son paralelos a los que él persigue: *La ideología de la revolución mexicana*, de Arnaldo Córdova, libro cuyo colofón indica que se terminó de imprimir el 10 de febrero del ya citado año de 1973, o sea, que si no sirvió para la tesis sí podría haberse considerado para la publicación. Y no es que el texto de Córdova, aunque muy estimable, resulte paradigmático, sino que al tratarse de un examen socio-histórico de la ideología revolucionaria, que dedica sendos capítulos a la Convención y al Congreso Constituyente, debió ser mencionado por lo menos en alguna nota preliminar. En fin, el 1973 explica esta ausencia, otras resultan poco explicables, como la de diversos ensayos de Abelardo Villegas (1966) y el trabajo señero de Juan Hernández Luna, aparecido en la olvidada revista *Filosofía y Letras* en 1955. Los lectores comunes pueden ignorar estas referencias bibliográficas, un investigador no. Por otra parte, las omisiones bibliográficas, de trabajos mexicanos, son muchas. Roman se apoya fundamentalmente en estudios procedentes de su país.

Entrando en materia, el libro de Richard Roman reúne una serie de aciertos, de descubrimientos mediterráneos, de lugares comunes y de errores. Todo esto hace que el libro sea leído con interés y no sea abandonado, porque, además, lo bueno aparece hacia el final. El tema central es el análisis de los debates de la Soberana Convención Revolucionaria y del Congreso Constituyente, de diciembre de 1916-febrero de 1917. Ello en sí es un acierto porque las dos asambleas constituyen dos de los tres grandes momentos ideológicos parlamentarios de la Revolución. El otro es la XXVI Legislatura (agosto de 1912-octubre de 1913). Dejarlo fuera en un libro que se propone estudiar ideología y clase es grave omisión, porque esta gran primera asamblea marca precisamente la pauta ideológica a lo que después los convencionistas y los constituyentes afirmarán, negarán o superarán en sus respectivos momentos y de acuerdo con sus propias actitudes de clase, porque de hecho exis-

te una dialéctica entre las tres asambleas, por su misma composición. Mientras que en la XXVI Legislatura está en pleno el profesionista desplazado por la gerontocracia porfiriana y algunos de los que posteriormente formarán parte de la intelectualidad huertista, la Convención representa lo que se puede reconocer como "auténticos revolucionarios", es decir, villistas y zapatistas, que más que auténticos resultan los más espontáneos. Los constituyentes admiten a miembros de la legislatura maderista, pero se puede advertir un matiz diferencial de clase con respecto a los precedentes. Ni son elite ni son pueblo bajo, aunque algunos miembros sí sean lo uno o lo otro. Y esa composición de clase indudablemente tuvo su expresión ideológica en los debates. Y ya que se está en este punto cabe preguntase si Richard Roman hace realmente un análisis clasista en su libro. Su bagaje conceptual o es francamente pobre o no existe. No se advierte ningún marco teórico. Si Richard Roman pretendió caracterizar de un modo sociológico a las clases que actuaron en las asambleas revolucionarias, el lector no se entera cómo lo hizo, porque lo que hizo es francamente superficial, como las distinciones entre zapatistas y villistas en el seno de la Convención. Por otra parte, le hubiera sido de utilidad el estudio cuantitativo de Peter Smith, aparecido en *Historia mexicana* (número 87), a propósito del Constituyente. Un ejemplo de pobreza sociológica es el cuadro con el que pretende caracterizar, al principio del libro, a los grupos partidarios de Limantour frente a los partidarios de Bernardo Reyes; aquéllos eran blancos y del centro, mientras que los segundos, mestizos y del norte. Esto es refutable con un lugar común: en el norte no hubo mestizaje. El reparo es superficial, pero necesario a fin de impedir que algo tan pedestre aparezca reproducido en otros trabajos. Finalmente, el marco sociológico parece reducirse a un par de citas de Antonio Gramsci.

Volviendo a la historia, la Convención y el Constituyente son resultantes de un proceso en el cual, como apunté, interviene decididamente la XXVI Legislatura. Pero hay más. Todo trabajo que persiga la exégesis ideológica debe mencionar, aunque sea escuetamente, a los individuos fundamentales: Ricardo Flores Magón, Luis Cabrera y Andrés Molina Enríquez. Este último aparece mencionado al final; no en el lugar que le correspondería, por cuanto a que su pensamiento repercutió en Paulino Martínez, por ejemplo. O bien, la trayectoria de algunos magonistas originarios como Soto y Gama, o el nexo de Cabrera con Carranza y el constitucionalismo.

El libro se reduce, en realidad, a una introducción plagada de apreciaciones erróneas e inexactitudes históricas, junto con unas que otras

afirmaciones sensatas, como la tocante a señalar que la polémica sobre el fin de la Revolución o el momento en que fuera traicionada, a menudo se basa en la comprensión errónea de los objetivos de los caudillos. Desgraciadamente los aciertos se menoscaban frente a deslices históricos: régimen prerrevolucionario de Porfirio Díaz (¿hace falta subrayar prerrevolucionario?) o vicios del modernismo en la historia antigua como ponerle a los científicos la etiqueta de desarrollistas. Hay tantas menudencias que sería largo señalarlas. Y, por si fuera poco, las notas al pie nos ofrecen un aparato crítico reprobable en un alumno de tercer semestre de licenciatura.

El libro, pese a todo, tiene sus lados positivos a los cuales se llega, como ya apunté, hacia el final. Antes hay que atravesar ese muy fallido capítulo dedicado a la Convención y arribar finalmente al análisis de algunos debates del Congreso Constituyente, particularmente, los dedicados a los artículos 28 y 123. Si en lugar de un libro Richard Roman hubiera escrito un artículo con ese tema y hubiera llegado por vía modesta a conclusiones precisas sobre ese análisis, muchos le hubiéramos tributado nuestro homenaje, como lo hacemos con las secciones del capítulo en cuestión. Ahí aparecen elementos frescos y novedosos, en el análisis de la ideología revolucionaria, como el negar que los moderados fuesen liberales de corte tradicional decimonónico, que el inicial antimonopolismo del artículo 28 se convierte en el fortalecimiento de un Estado monopolizador, o bien el carácter conciliador asumido por aquél frente a los conflictos entre capital y trabajo. El señalar que los constituyentes jamás se plantearon la destrucción del capitalismo resulta un tanto cuanto gratuito y reiterativo, además de obvio.

La tesis central radica en señalar que la ideología de la Revolución es un *liberalismo corporativo nacionalista.* El contenido de la anterior asociación de conceptos no resulta en nada novedoso, por lo menos para los lectores del momento en que el libro aparece, lo nuevo son los conceptos mismos. Con ellos Roman se explica el fundamento de un régimen con largas permanencias y manifestaciones actuales (y aquí la referencia al libro de Córdova adquiere mayor relieve) y cumple su objetivo.

Ideología y clase en la Revolución Mexicana, título realmente pretencioso, es un libro poco académico y demasiado escolar. Su arquitectónica (aunque es anticuado hablar de ella, me resisto a renunciar a hacerlo) revela una escasa capacidad de síntesis en tanto relación de los temas y subtemas entre sí, que permitan presentar totalidades coherentes. Lo que se anunciaba como sociología, al fallar la parte clasista, queda en una historia de las ideas muy modesta. Si el imperativo

publish or perish llevó este texto a las prensas, cabe reflexionar en lo vano que resulta la impaciencia.

Asedio juvenil a Zapata[5]

El Instituto Nacional de Antropología e Historia, a través de su Centro Regional Morelos-Guerrero, decidió celebrar de una manera digna el centenario de Emiliano Zapata al convocar a un concurso de ensayo acerca del caudillo y su movimiento. Ciertamente refrendo el adjetivo "digna" y no coloco en su lugar la palabra "arriesgada" por los resultados, que no por las expectativas. Efectivamente, los resultados fueron buenos, particularmente en lo que se refiere a los tres primeros lugares y, en buena parte, por lo que toca al trabajo que obtuvo el quinto. El concurso en cuestión se celebró en 1979 y tuve el honor de ser miembro del jurado, por lo cual expreso mi satisfacción al ver los trabajos publicados en el libro que reseño.

Los trabajos recogidos en *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista* son: "Genovevo de la O y el movimiento zapatista en el occidente de Morelos y sur del estado de México", por Martha Rodríguez García; "Peones y campesinos zapatistas", por Aquiles Chihu; "Algunos cuadros históricos sobre Emiliano Zapata y el zapatismo (1911-1940)", por María Eugenia Arias Gómez; "El papel de Emiliano Zapata en el movimiento zapatista y la Revolución Mexicana; una interpretación marxista", por Juan de Dios Vargas Sánchez, y, finalmente, "El general Emiliano Zapata y el movimiento zapatista en el estado de Guerrero", por Guillermo Martínez Martínez.

La pugna entre los adjetivos "digna" y "riesgosa" pudo dirimirse por la calidad, insisto, de los tres trabajos mencionados en primer término y ello se debe a que se originaron en medios académicos, como tesis para optar por licenciaturas en historia y etnografía, en el caso de Martha Rodríguez en la Universidad Iberoamericana (UIA), en el de Aquiles Chihu en el INAH y el de María Eugenia Arias en la UNAM.

Este hecho es fundamental porque revela dos cosas: la juventud de sus autores y el respaldo institucional. Esto es importante porque las tesis fueron sometidas al examen de un jurado y, por lo que respecta a los dos de historia, obtuvieron mención honorífica, lo que quiere decir que cumplen cabalmente con los requisitos bibliográficos,

[5] Martha Rodríguez García *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1980, 381 p. (SEP-INAH).

documentales y analíticos que son menester para el caso. La juventud de los autores es de tomarse en consideración porque no están en edad proclive a la demagogia, a la mixtificación, en suma, al bronce histórico. De no haber mediado esta circunstancia, el concurso hubiera podido incurrir en el riesgo y no hubiera tenido más trascendencia que la conmemorativa. Afortunadamente el volumen que recoge los ensayos está en circulación y atestigua la permanencia de los esfuerzos invertidos en él.

Un breve comentario acerca de cada trabajo me lleva a evocar la tesis y el texto de Martha Rodríguez —el ensayo es un derivado de aquélla— como un trabajo muy riesgoso, bien estructurado y firme tanto en su documentación como en su explicación. Por lo que respecta a lo primero, la joven autora se empeñó en llegar al fondo de las cosas y, con la ayuda de una beca Salvador Novo, se dirigió a Santa María Ahuacatlán, Morelos, donde obtuvo el archivo del general de curioso apellido, que hoy en día es consultable en la propia UIA. Una madurez precoz, si cabe, aparece en la consideración de las distintas facetas de Genovevo de la O, guerrillero indomable, que al final de la lucha representa a su contrario. El valor del texto es amplio: da a conocer la biografía de un líder extraído del estrato medio de una sociedad rural y la función que ese liderazgo ejerció entre los campesinos que formaron esa parte del zapatismo. Asimismo, profundiza y matiza aspectos poco frecuentados en las historias más generales del movimiento del rur. En este sentido, la deuda de la autora con el texto señero de John Womack Jr. es grande, dados los derroteros que marcó *Zapata y la revolución mexicana* a los investigadores de ese movimiento.

El trabajo de Aquiles Chihu es indudablemente el más novedoso de los recogidos en el volumen. Se trata de una excelente reconstrucción de imágenes históricas de un grupo de zapatistas, con base en testimonios orales. Por una parte, dichos testimonios se refieren a Zapata mismo y, por otra, a algunos sobrevivientes zapatistas que informaron al autor acerca de sus experiencias. Con base en tal reconstrucción y con los apoyos bibliográficos necesarios, Chihu construyó un epílogo en el cual analiza las condiciones de trabajo de los que se convertirían en zapatistas, dentro del marco de producción azucarera de la zona morelense. El trabajo es excelente.

María Eugenia Arias llevó a cabo un análisis de testimonios, juicios e historiografía en torno a Zapata, de 1911 a 1940. Sin que llegue a ser explícito por parte de la autora, su texto es una base muy sólida para lo que puede llegar a ser una semiología de la imagen histórica. Los predicados distintos y contradictorios, emitidos en torno a un su-

jeto común, Zapata, fueron puestos bajo la lente de María Eugenia Arias con un rigor poco frecuente. El resultado es halagüeño en la medida en que se cuenta con elementos que permiten establecer una clara diferencia entre un Zapata auténtico, despojado de pedestales y denuestos, y un Zapata fuertemente adulterado por amigos excesivos y enemigos. Este tipo de trabajo es promisorio y necesario para poder hablar de autenticidad histórica.

Los trabajos que merecieron el cuarto y quinto lugares no alcanzaron los niveles de excelencia propios para la ocasión. El análisis marxista, aun cuando tiene planteamientos de mucho interés, carece de una base bibliográfica y documental sólida que permita convalidar juicios. Leído a la luz de Pierre Vilar deja mucho que desear, pese al ripio de esta frase. El ensayo de Martínez sobre el movimiento Zapatista en Guerrero hubiera puesto en duda al jurado sobre las posibilidad de otorgarle el primer lugar en el caso de haber sostenido a lo largo de todo el texto el nivel que lo inicia. Desgraciadamente se advierte de manera clara una precipitación muy grande para llegar al final. No obstante, su planteamiento hace deseable una reelaboración.

La iniciativa del Centro Regional Morelos-Guerrero del INAH tuvo excelente respuesta. Es por ello lamentable que los talleres de impresión del Instituto hayan perpetrado una edición en la que las erratas abundan a diestra y siniestra y el diseño tipográfico resulte corriente y contrastante con el buen papel sobre el que está impresa.

Revolución y actividad económica: un acercamiento[6]

La investigación sobre los aspectos económicos de la década 1910-1920 está muy por debajo de la consagrada a los sociales, políticos y aun los culturales. No está en cero, ni muchos menos, pero se encuentra en grave desventaja con respecto a los otros. O, más bien, la realidad es la que se encuentra en desventaja, ya que hace falta conocer la vida económica para tener una idea global de lo que sucedió en México durante los años de la lucha armada y de los primeros momentos del establecimiento del nuevo Estado mexicano.

Como en todo, durante la propia Revolución hubo opiniones sobre la situación económica emanadas tanto de personas del antiguo como del régimen por venir. Del primer bando, cabe destacar al lúci-

[6] Aída Lerman Alperstein, *Comercio exterior e industria de transformación en México*, 1910-1920, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Plaza y Valdés, 1989, 182 p.

do economista Carlos Díaz Dufoo, y del nuevo tal vez a Antonio Manero, al mismísimo Luis Cabrera, a Rafael Nieto o al sonriente Alberto J. Pani. El caso es que la *doxa* sobre la economía ocultó en muchas ocasiones un verdadero *episteme* acerca de la misma. La carrera de las verdades contra los mitos se inició en los años de la Revolución aunque fue en los veinte cuando se reforzó el discurso tendiente a *inventar* la Revolución Mexicana, en polémica con aquél cuya misión era degradarla para, a su vez, *inventar* un antiguo régimen paradisíaco.

La idea triunfante fue la de los del antiguo régimen. Persistió siempre la creencia de que la economía mexicana había sido destruida por la Revolución. Dicha idea, de cualquier manera convenía a los artífices del nuevo Estado en la medida en que si había una recuperación, era obra de ellos. Levantar el nuevo país sobre las ruinas de las ruinas, es decir, de la destrucción revolucionaria de un régimen oprobioso. Sea cual fuere la razón, en términos generales persistió la idea de una economía destruida, de un millón de mexicanos muertos en la lucha y otros mitos que convenían a la retórica oficial. La idea seguía siendo repetida por una investigación que, al no contar con algo que sí fue destruido o ni siquiera llegó a ser construido, la estadística, repetía las primeras aportaciones en las que se combinaba cierto rigor con mucha ideología.

No fue sino hasta la década de los setenta cuando algunos investigadores, entre los que destaca John Womack Jr., pusieron en tela de juicio lo que se había repetido e iniciaron nuevos estudios sobre la economía mexicana contemporánea de la Revolución. En algunos casos había circunstancias que facilitaban las explicaciones. Por ejemplo, era contradictorio pensar en una economía destruida con una producción petrolera ascendente que colocaba a México en 1921 en segundo lugar mundial. La circunstancia se llamaba Manuel Peláez, cuya actividad protectora de los campos petroleros impedía disturbios y por consiguiente la baja de actividad productora. Pero se pensaba que todo lo demás sí estaba mal porque los otros ramos productivos no tuvieron su Peláez. Ciertamente la agricultura decayó, pero sobre todo la de consumo nacional directo, como el maíz, el trigo, el arroz y, en general, los cereales básicos. En cambio, si se vuelve la vista a Yucatán, ésos son los años de auge exportador henequenero, o en Tabasco, el guineo roatán (plátano, para los no iniciados) tenía gran mercado externo, el palo de tinte de Campeche, etcétera. La minería, por su parte, observó irregularidades notables. Ya Francisco Xavier Guerra ha mostrado cómo los mineros abrazaron las armas y ello propició el abandono de centros de trabajo, pero ya en la etapa pacificadora hubo una gran recupera-

ción. El problema, en fin, radica en que no había habido una investigación sostenida que fuese revelando, rama por rama, aspecto por aspecto, en donde sí y en donde no hubo destrucción de la actividad económica y si lo destruido fue mayor, cuantitativamente hablando, a lo que no lo fue. Ciertamente el diagnóstico final no ha sido dado porque todavía falta mucho por hacer, sin embargo, cada día hay algo nuevo.

El reciente libro de Aída Lerman Alperstein, *Comercio exterior e industria de transformación en México, 1910-1920*, es una de esas aportaciones que permitirá contar con nueva luz para quienes intenten el balance final. Se trata de una investigación que parte, precisamente de lo que se plantea en los primeros párrafos de esta nota, es decir, el cuestionamiento de ciertas "verdades" que ya no lo son y continúa con una síntesis de la situación del comercio exterior en el Porfiriato para luego adentrarse en el decenio anunciado y hacer después lo propio con la industria de transformación, especialmente con algunas de sus ramas como la textil, la tabacalera, la fundidora, la cervecera y otras. Destacan las dos primeras.

La autora ha hecho indagaciones en los ramos de *Industria*, *Comercio* y *Trabajo* del Archivo General de la Nación; en hemerografía de la época, ha destacado *El Economista Mexicano* y *El Economista Financiero*, así como boletines diversos. Ello le ha permitido la reconstrucción de algunas estadísticas fundamentales para establecer un nuevo y más completo conocimiento de la actividad económica de la época.

Con lo anterior ha establecido una positiva interacción de los dos ramos para presentar que, si bien hubo destrucción o detenimiento o interrupción, éstas no fueron de la magnitud que se creía y visto en el volumen nacional, el resultado se antoja más favorable al crecimiento que al estancamiento. Es indudable que si se hicieran los debidos matices regionales, entonces se podría observar dónde hubo estancamiento y destrucción y dónde la Revolución no hizo sentir sus efectos destructivos y en cambio se benefició con la captación de los ingresos aduanales que arrebató al gobierno federal, cuando luchó contra él, o cómo estaba la situación entre constitucionalistas y convencionistas. Sin la diferenciación regional, es difícil separar la razón de ser de los argumentos favorables a la prosperidad o a la destrucción. Ciertamente esto falta en el libro que ahora comentamos, pero es hasta cierto punto fácil detectarlo por los diferentes tipos de industria que se desarrollaba en el país. Un ejemplo es el insólito crecimiento y después la desaparición de centenares de "fábricas" de tabacos, que en realidad, como señala Aída Lerman, surgían y desaparecían, pero que integra-

dos a las estadísticas pueden confundir a quien se queda solamente en un nivel cuantitativo sin entrar en explicaciones de mayor detalle. Asimismo, es fácil advertir la ubicación geográfica de las industrias, pero sería mejor llamar la atención sobre la necesidad de hacer más geografía histórica en la historia de la economía.

La aportación de Aída Lerman es positiva y sólida. Representa un paso adelante en el conocimiento de una vertiente fundamental de la realidad que ayuda muchísimo a la comprensión cabal del gran conjunto. Hace ver, por ejemplo, que si había industrias, había industriales y que éstos, como lo ha desarrollado Mario Ramírez Rancaño, tenían un peso importante en la vida política, sobre todo al triunfo del constitucionalismo.

Ello aparece en las páginas de Aída Lerman como una aportación para el conocimiento global de los años revolucionarios que, a pesar de la abundancia de investigaciones, no se agota. Son de esperarse muchos más estudios como éste, ya emprendidos por la propia doctora Lerman como por más investigadores que lleven nueva luz que permita una comprensión más completa de la realidad nacional, entendida en su relación con el exterior y con las particularidades regionales que la conforman.

La historiografía regional de la Revolución

Nuevos horizontes historiográficos[1]

Después de recorrer, en marchas algo forzadas, la historia de la Revolución en las regiones, y de analizar en ellas a casi la mitad de las entidades federativas en momentos históricos que van del Porfiriato tardío al cardenismo temprano, puede quedar la impresión de que no hubo algo así como una "Revolución Mexicana" sino una serie de acontecimientos aislados protagonizados por diferentes grupos sociales, expresión cada uno de su propia región. Con esa impresión se podría llegar a conclusiones aparentes: la Revolución es un mito o un producto de la retórica. Su existencia es obra del discurso y no de la realidad misma. La multiplicidad de experiencias regionales amenaza con la ruptura nacional, o al menos parece ponerla en crisis. El problema, entonces, es buscar los puntos en común, las estructuras profundas que pueden dar unidad a la dispersión y sentido a la incoherencia.

Existe, como debe ser, un juego entre la historia y la historiografía. La historiografía de la Revolución Mexicana ha sido "nacional" en su mayoría y con ello se ha impuesto un discurso unitario. De la misma manera, se impuso, primero, una realidad unitaria nacional a la dispersión regional en el siglo XIX. El régimen de Porfirio Díaz acabó de muchas maneras con las bases precarias de un país precario, el cual se fortaleció a partir del autoritarismo. La tendencia a crear un mercado interno nacional, a partir de la integración territorial, se vio acompañada de la colocación de personal de confianza en las gubernaturas estatales y en otros puestos que servían para ejercer el poder. Esa confianza debía representar, hasta donde fuera posible, la alianza entre las oligarquías locales y los intereses del Estado nacional. Las regiones siguieron siéndolo pero especializadas en su economía para tener una función dentro del conjunto. El avance fue innegable. El autoritarismo porfiriano venció al "federalismo" oligárquico del siglo XIX.

[1] Relatoría del coloquio "La Revolución en las regiones", Guadalajara, Jal. Noviembre de 1983.

Una de las características de la revolución maderista fue hacer nacional el descontento político local. Con ella se desataron múltiples movimientos que alcanzaron su "nacionalismo" en la medida en que acabaron por integrarse a lo que después llegó a ser el nuevo Estado; al mismo tiempo se desató una diáspora en la cual quienes se ubicaron como revolucionarios y contrarrevolucionarios expresaron en la lucha armada sus inquietudes, intereses y aspiraciones. A lo largo de la década 1910-1920 no sólo fue el hecho material la destrucción de vías férreas, sino que ello tiene un contenido simbólico muy grande: se desarticuló el país, el cual se fue dispersando en movimientos regionales que trataron de imponerse unos sobre otros y de los cuales se fue formando el propiamente nacional a partir de los sectores medios que ejercieron el liderazgo, ya que la lucha entre oligarcas y desposeídos era expresión de situaciones concretas que tenían fines inmediatos en la zona en que se daban. Los sectores medios se ubicaron en el liderazgo de los movimientos "nacionales" más significativos: constitucionalismo, convencionismo, villismo, zapatismo. El triunfo de uno sobre otros hizo que los vencidos se regionalizaran y que sus contenidos dejaran de ser nacionales. A partir de ahí se generaron movimientos contrarios de índole diversa, casi en su mayoría regionales, y sólo alguno que otro de alcance más nacional, pero limitado militarmente a una sola zona geográfica.

El paso adelante fue el discursivo. La interpretación que comenzó a hacer la Revolución de sí misma fue imponiendo el discurso nacional a las regiones. Esto avanzó desde el origen hasta más o menos el L aniversario de la propia Revolución. Los productos historiográficos oriundos de los años cincuenta y sesenta, en el mejor de los casos, consistió en la recuperación de fuentes primarias que habían sido sepultadas por interpretaciones que se devanaban en el definir si la Revolución fue burguesa, democrática, social o si había muerto o aún vivía. El retorno a las fuentes primarias fue saludable. Ahí estuvo lo mejor de la herencia para quienes escribieran la historia en los siguientes veinticinco años.

La nueva investigación avanzó en dos sentidos: por uno de ellos llegó a depurar la ideología de la Revolución en función del nuevo Estado, por Arnaldo Córdova, y, por el otro, a partir de la aportación de John Womack, en 1969, se abrió la investigación hacia los actores sociales de la Revolución y hacia sus escenarios regionales. Un tipo de investigación cerraba un acto, mientras el otro lo abría. Los productos historiográficos sobre la Revolución Mexicana de los últimos quince años —dentro de los que se ubican los esfuerzos de los congresistas

del acto que hoy concluye— han comenzado a cuestionar, enriquecer, abrir y modificar el discurso historiográfico para rescatar una verdad que no pertenece al Estado sino que trata de llevarla a la base social.

Tal vez por esto todavía no se llega a la reunificación: el Estado es unitario, la sociedad, múltiple y dispersa. La historia social es regional y viceversa; es menester, a partir de ahora, reflexionar en la posibilidad de llegar al nivel nacional dentro de un discurso "claro y distinto". Este congreso, con los análisis minuciosos de los grupos que intervinieron en los hechos, todos ellos con apoyo absoluto en fondos documentales recientemente escudriñados y con ópticas, ya sea simplemente empíricas o con base en las acertadas complejidades foucaultianas, ha aportado novedades y ha reafirmado cuestiones ya sabidas y es muestra del rumbo que ha tomado la historiografía de la Revolución. Es también, dentro de ello, sintomático, el origen multidisciplinario de sus propios productores y también el hecho de que los trabajos no sean sólo oriundos de una macro-capital del país sino de centros regionales y estatales.

La situación mueve hacia el optimismo. Creo que en los últimos quince años ningún objeto historiográfico ha sido tan beneficiado y asediado como la Revolución. Algunos de los mejores productos de la historiografía contemporánea —regional, nacional y extranjera— la han tenido como objeto. Todavía no se da, ni se puede dar, por el momento, la nueva síntesis, pero hay mejores bases para hacerla. La necesidad será recuperarla; si no es así, el análisis de grupos sociales, de bases económicas, de regiones, de individuos, de grupos de poder, de caciques y caudillos, etcétera, pueden llevarnos a saber cada vez más de cada vez menos. Si no se piensa desde ahora en la recuperación se puede llegar a la dispersión total. Lo importante será acceder a la unificación desde abajo, desde la periferia para que no se imponga de manera vertical un nuevo discurso historiográfico.

Nueva luz sobre el caciquismo[2]

Este libro de Victoria Lerner está consagrado a un tema fundamental para la comprensión de la política mexicana: el cacicazgo. Sin la debida y exhaustiva indagación sobre este fenómeno, siempre quedará algo

[2] Victoria Lerner Sigal, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación General de Estudios de Posgrado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Archivo Histórico de San Luis Potosí, 1989, 318 p. (Colección Posgrado, 5).

por entender dentro de la amplia y complicada red denominada "sistema político". De hecho, no se trata de algo novedoso; afortunadamente, desde hace varias décadas hay aportaciones valiosas, pero nunca habrá suficiente luz sino hasta que, por lo menos, hayan sido estudiados los casos más ilustrativos de esa forma de dominación tradicional denominada cacicazgo. Por ello, es importante esta obra de Lerner, que ofrece nuevos conocimientos sobre la manera en que se forma o surge un cacicazgo en una sociedad de extensión bien determinada y con características socioeconómicas peculiares. Pero antes de entrar en materia, cabe hacer otras consideraciones.

Los estudios sobre el cacicazgo han sido emprendidos por antropólogos, politólogos e historiadores; entre éstos, Moisés González Navarro y su discípulo Fernando Díaz Díaz pusieron manos a la obra tanto en el terreno conceptual como en el descriptivo o fáctico, uno con relación a los grandes caudillos de la Revolución y el otro sobre el contraste entre Santa Anna y Juan Álvarez. A partir de esos estudios, llevados a cabo entre 1968 y 1972, el campo de los historiadores no es ajeno al estudio de un fenómeno crucial para comprender el sistema político mexicano. Antes que ellos, el antropólogo Paul Friedrich y posteriormente Guillermo de la Peña y Fernando Salmerón Castro hicieron aportaciones muy importantes, sobre todo para el adecuado manejo conceptual del término. En el ámbito de los estudios aplicados, Héctor Castillo Berthier hizo lo propio en un excelente análisis de un cacicazgo urbano contemporáneo en *La sociedad de la basura* (1985). En cuanto a la historiografía, los trabajos recientes han proliferado. Un buena muestra son los reunidos por Carlos Martínez Assad en *Estadistas, caudillos y caciques* (1988), libro que abunda en ejemplos regionales de los siglos XIX y XX.

Este preámbulo es ilustrativo para señalar la pertinencia sobre lo que podría considerarse otro libro sobre Cedillo. En efecto, el rústico personaje nacido en Ciudad del Maíz, San Luis Potosí, que destacó como rebelde contra el carrancismo, fue cacique con el obregón-callismo, figura nacional al enfrentarse a los cristeros, secretario de Agricultura con Cárdenas y, por fin, último rebelde armado del siglo XX contra el propio Cárdenas. En los tiempos recientes ha llamado la atención de por lo menos cinco estudiosos, a saber: Luisa Beatriz Rojas, Romana Falcón, Dudley Ankerson, el mencionado Martínez Assad y la autora del libro que se comenta, Victoria Lerner Sigal. Ellos han dado a luz sendos trabajos en los cuales hay un fondo común, necesarios puntos de convergencia, pero también, enfoques distintos, que obedecen a intereses diversos, privativos de cada autor, y que iluminan aspectos

diferentes de una misma realidad. Algunos subrayan el carácter y quehacer rebelde de Cedillo, ya en asociación con Carrera Torres, ya solo, o en la rebeldía final de don Saturnino, esto es, la anticardenista, o en aspectos que tienden a resaltar la dinámica regional, la historia potosina y, dentro de ella, la de la zona que engendró a Cedillo; o bien, la de su entidad federativa, a la cual dominó, prolongando los efectos de un cacicazgo local y rural o agrario a un terreno legal, federativo, cuando el cacique entró en relación positiva con el caudillismo nacional con Obregón. No viene al caso realizar una comparación historiográfica de las cinco aportaciones recientes sobre ese apasionante fenómeno, sino pormenorizar una de ellas: la de Victoria Lerner.

Con un rigor metodológico nada extraño para quienes tenemos conocimiento de la autora, bien dotada por el lado conceptual y con abundancia de horas-archivo detrás (archivos locales potosinos, incluso el estatal, que copatrocina la edición del libro, y archivos puestos a la disposición del público hace pocos años, como el de Juan Barragán Rodríguez, que Lerner Sigal fue la primera en explorar), la ahora *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, está dividida en tres partes. La primera de ellas es sobre "la crisis de los propietarios de la zona cedillista, de 1914 a 1920". Las fechas anunciadas, en realidad, son rebasadas en el pasado, es decir, el estudio se remonta hasta el Porfiriato avanzado para explicar bonanzas y decadencias de los hacendados potosinos. Aquí destaca sobre todo el seguimiento de la protección que los revolucionarios brindaron a los pequeños propietarios (¿rancheros?) de la región. Esto último permite a Lerner enlazar la primera parte con la segunda, dedicada a "las esperanzas y sufrimientos del campesinado y otros habitantes de la región" entre los mismos años de 1914 a 1920. En este renglón se desarrolla buena parte de la acción rebelde cedillista, a la vez que se presenta la reforma agraria impulsada en la región por los propios rebeldes. La tercera parte, que es continuación de la segunda, hace un extenso "esbozo de la vida político-militar en las tierras cedillistas". Huelga decir que los años son los mismos, es decir, antes de que el gobierno de Obregón le quitara a Cedillo o al cedillismo su carácter rebelde.

Dentro de esos parámetros temporales y temáticos, Victoria Lerner se ocupa de la zona potosina que cubre los municipios de Ciudad del Maíz, Río Verde, Tamasopo, Guadalcázar, Lagunillas, Ciudad Fernández, Alaquines, Cárdenas, Cerritos y Valles. Éste es el marco geográfico o espacial del estudio en cuestión.

El aporte metodológico de Victoria Lerner se cifra en su esfuerzo, bien logrado, por cierto, de estudiar la génesis del cacicazgo en

el espacio regional mencionado, lo que ella expresa con la idea que trata de explicarlo "desde la sociedad", al contrario de quienes hemos intentado estudiar esos fenómenos desde las cúpulas de poder y desde la política. Con ello, la perspectiva cambia y la explicación se enriquece.

Victoria Lerner estudia a los hacendados en el proceso de la bancarrota, con lo cual a los historiadores ajenos a la economía siempre nos quedará la duda acerca de cuándo fueron buenos negocios las haciendas, o acaso la sospecha de que, como en todo, hay coyunturas que opacan los tiempos largos de bonanza (de los que ya se ha ocupado Jan Bazant). La decadencia de los negocios permite que otros elementos sociales ocupen el vacío dejado por los hacendados y surja el nuevo liderazgo, en este caso desde abajo, encabezado por Carrera Torres, muerto prematuramente, y por fin el de Cedillo, quien aprovecha las circunstancias del caudillismo nacional para levantarse de manera incontrovertible como el factor de dominio que impide a los grupos medios el acceso al poder. De ahí las sucesivas marginaciones del nada simpático general Juan Barragán o la posterior del interesante político Jorge Prieto Laurens; o la permanencia en el poder de otras figuras de origen medio como Nieto o Manrique, gracias al apoyo que les brindó el cedillismo en combinación con el poder que dimanaba del Palacio Nacional ocupado por los hombres de Sonora.

Victoria Lerner destaca los factores socioeconómicos que dieron lugar al cedillismo, mismos que constituyen su verdadera génesis, así como los aspectos sociales que caracterizaron a ese movimiento o fenómeno social en su etapa rebelde, que es sin duda la más pura, la que lo expresa de manera más cabal, antes de que se apoyara en el poder central para desarrollarse como un tipo de dominación tradicional, lo cual ocasiona su corrupción y decadencia. El rescate del cedillismo realizado por Lerner es el de la más pura autenticidad cedillista, lo cual, claro, no le quita autenticidad al del cacique en el poder o al del cacique desbocado de la década de los años treinta.

La aportación del presente estudio en términos del fenómeno sociopolítico del caciquismo es, como se puede apreciar, empírico-descriptiva, es decir, ilustrativa de un fenómeno concreto, bien delimitado en el tiempo y en el espacio y apoyado en una base documental ejemplar tanto por su abundancia como por su buena interpretación, entendida, a la vez, gracias al debido conocimiento de los elementos metodológicos que permiten entender y explicar un fenómeno fundamental desde el punto de vista histórico y político.

El Yucatán de Alvarado[3]

Resulta refrescante la lectura de este libro de Francisco José Paoli, en el cual logra el intento de vincular el presente con el pasado y la experiencia particular de un estado de la República con la totalidad de ella. En efecto, el análisis de la experiencia revolucionaria que protagonizó el general de división Salvador Alvarado en el Yucatán de 1915 a 1918 arroja mucha luz sobre los orígenes del Estado mexicano moderno. Las reflexiones finales del libro son un resumen e inventario de características del Estado mexicano cuya primera puesta en práctica tuvo lugar en Yucatán. Dichas características son, entre otras, la alianza del Estado con los trabajadores, la asociación con los empresarios, la organización, el control y la orientación de la educación y el autoritarismo estatal.

Paoli parte de analizar las condiciones existentes en el Porfiriato, en la península y el estado de Yucatán, el cual vivió un desarrollo económico impresionante bajo la administración de Olegario Molina y Avelino Montes, gracias a la demanda internacional —principalmente norteamericana— del henequén y a la sujeción de los cultivadores a una condición próxima a la esclavitud, mediante el endeudamiento crónico, es decir, una mano de obra más que barata. La diferencia entre la clase empresarial, los oligarcas y otros empresarios del henequén permitieron que Alvarado desarrollara la Comisión Reguladora del Mercado del Henequén como una compañía que garantizaba los precios a los productores al tratar con el comprador. Ello permitió terminar con el endeudamiento del peón, mejorar sus condiciones de vida y promover su educación. Asimismo, fue posible gracias a que en Yucatán la lucha armada fue mínima. Mas no se trata de resumir el contenido de un libro breve y brillante, sino de llamar la atención sobre sus aciertos. La línea que sigue Paoli es la de rastrear los elementos vivos —y muertos también— que existen del gobierno alvaradista en el Estado revolucionario mexicano. Todo queda muy claro y resulta de lo más interesante ver cómo la práctica de medidas auténticamente revolucionarias se vivifican fuera de su contexto originario y cómo también esas medidas se tradujeron en legislación a través de la diputación yucateca al Congreso Constituyente de 1916-1917. La actuación del diputado Héctor Victoria es ponderada como una de las más valiosas del Congreso de Querétaro.

[3] Francisco José Paoli, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano. Gobierno de Salvador Alvarado*, 1915-1918, México, Ediciones Era, 1984, 222 p. (Problemas de México, 31).

Libros como *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano* se inscriben en una línea de investigación dentro de la cual destaca *El laboratorio de la Revolución*, de Martínez Assad, y en la cual están empeñados muchos investigadores de la provincia, y del extranjero inclusive, que han comprendido muy bien que la historia de la Revolución y del Estado mexicanos tiene que enriquecerse con el examen de lo que sucedió en los niveles regionales y estatales. Cuando ese ciclo se cumpla no se habrá satisfecho una simple curiosidad, sino que se habrá llevado a consecuencias más hondas la necesidad de precisar los conocimientos sobre un hecho histórico vivo y trascendente. Por desgracia, ese saber no fue cultivado con la metodología adecuada por parte de quienes intentaron hacer la historia de la Revolución en los estados, ya que de haberlo hecho, la actual generación habría tenido un campo de estudio más estrecho.

No por objetar las excelencias del libro de Paoli, conviene ponerle algún reparo. En su simpatía por Alvarado, que comparte este reseñista, le sucede lo que a Víctor Manuel Villaseñor en sus *Memorias de un hombre de izquierda*, en relación con el general Obregón, y es lo siguiente: al glosar los artículos de Alvarado en *El Heraldo de México*, que continúan la tesis de *La reconstrucción de México*, pareciera que el voluntarismo de Obregón retrasó el proceso institucional de México hasta 1928. Es cierto que Alvarado, Martín Luis Guzmán y otros pugnaban por una mayor democratización institucionalizada, pero también es cierto que las condiciones del país en ese momento histórico reclamaban un caudillo que las negara y que, al afirmarse como tal, condujera el proceso a su propia negación. Si se entiende este aserto dialéctico queda claro que Obregón fue necesario, como también fue necesaria su desaparición. Con respecto a las buenas intenciones de Alvarado, habría que verlo más como un "grillo" que al saberse derrotado de antemano por el sonorense, por lo menos quiso dejarlo embarrado en el pavimento de la democracia. Hay algo del bueno y el malo en el discurso, pero en rigor esto es jalar agua al molino del reseñista a costa de un libro muy respetable que da un buen ejemplo a seguir.

Sin pretensiones de profecía porque ya se siente entre los estudiosos, la Revolución debe llevar a los investigadores al Porfiriato, éste a la Reforma y así al encuentro con las raíces históricas del México contemporáneo. Por otra parte, también se debe ir hacia muchos de los individuos que, como Alvarado, concibieron un modelo del país y pusieron en práctica mucho de lo que caracterizaba al modelo. Afortunadamente hay mucho quehacer historiográfico y, por fortuna, ese quehacer se enriquece con aportaciones como ésta de Francisco José Paoli.

Relaciones internacionales

El intervencionismo de siempre[1]

Una tradición heredada de las pugnas decimonónicas entre liberales y conservadores se caracteriza por localizar los males del país en dos instancias históricas ajenas a la dinámica nacional. Para los que se sienten herederos del legado liberal, la causalidad última proviene de nuestros restos hispánicos; para los conservadores —desde Lucas Alamán en adelante— el mal proviene de Estados Unidos. Esta tendencia llegó a configurar toda una etapa de la historiografía mexicana, la cual fue superada por el nacionalismo evolucionista de fines del siglo antepasado.

En la abundante y heterogénea historiografía de la Revolución Mexicana aparecen los incidentes provocados por la presencia norteamericana, en momentos fundamentales como el cuartelazo de la Ciudadela, el incidente del *Dolphin* que culminó con la ocupación de Veracruz, las conferencias de Niagara Falls y la mediación del ABC en ese conflicto, para después mencionar la incursión villista a Columbus, la expedición punitiva y, en menor proporción, el autoplagio de William Jenkins. La historia de las relaciones entre México y Estados Unidos no cesa con el reconocimiento del gobierno de Carranza, sino que se agrava con el de Obregón, hasta llegar a los convenios de Bucareli. En fin, la lista de acontecimientos podría prolongarse hasta 1938, pero no es el caso de esta nota. Se trata de señalar solamente que la historiografía de la Revolución, si bien no ha omitido estos graves asuntos, los trata de manera hasta cierto punto incidental, incluso parecen ser vistos como asuntos marginales, aunque llegan a tener consecuencias medulares en la historia interna del país.

La historiografía nacionalista se enfrentaba con una limitación fundamental al considerar a ese tipo de hechos como contingencias que le sucedían a la historia nacional. Al superarse este enfoque, resulta obligado partir de una consideración de los hechos como elementos

[1] Berta Ulloa, *La revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y los Estados Unidos (1910-1914)*, México, El Colegio de México, 1976, 435 p.

que pertenecen a la historia universal. No se trata de una des-mexicanización del ámbito histórico, sino de una ampliación del radio que deben abarcar los sucesos.

La historia de las relaciones entre México y Estados Unidos ejemplifica un proceso en el cual el primero está condicionado pero no determinado por el segundo. Así, para entender tales relaciones e injerencias de uno en el otro, es menester partir de una explicación de la dinámica propia del interventor antes de considerar las circunstancias del intervenido, dando así cuenta completa de la situación.

En *La revolución intervenida*, de Berta Ulloa, muestra muy bien cómo se deben abordar estas cuestiones. Hace seis años dio a conocer la primera versión de este libro que ahora nos vuelve a entregar El Colegio de México en versión corregida. En rigor, eran pocas las afinaciones requeridas y, una vez realizadas, el producto final ha mejorado suficientemente. Cabe señalar con beneplácito el hecho de que un libro de historia diplomática que se caracteriza por un tratamiento erudito se haya agotado en cinco años.

La autora es una persona especialmente dotada para el tratamiento de estos temas, ya que antes había demostrado su conocimiento del ramo *Revolución Mexicana* del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Para *La revolución intervenida* se ha servido de otros repositorios mexicanos y extranjeros, entre los cuales ocupan un lugar destacado los National Archives de Washington, así como fondos privados que actualmente se localizan en las bibliotecas universitarias de Austin y Yale.

El tipo de factura que tiene este libro había sido poco frecuente en nuestros medios, tratándose de temas como el de las relaciones entre México y Estados Unidos en la época de la Revolución. Sólo Lorenzo Meyer nos había dado un texto de alcances similares. La característica académica únicamente se encontraba en textos provenientes de Inglaterra o los propios Estados Unidos, en trabajos como los de Peter Calvert o Robert Freeman Smith. Nuestra historiografía se limitaba al testimonio o al alegato: así Manuel Márquez Sterling, Luis Manuel Rojas, Isidro Fabela y otros escribían sobre aspectos que vivieron de cerca. Ya desde una perspectiva más amplia, se distingue el trabajo general de Luis G. Zorrilla, valioso por muchos motivos. Faltaba, en suma, el tratamiento originado en un medio profesional de la historiografía y que utilizara toda la parafernalia archivística que era menester.

Gracias a lo anterior se matizan muchas cosas que antes sólo conocíamos como generalidades. Pero los mayores aciertos de la autora son situar su punto de partida en los problemas de la historia europea de principios del siglo XX y, sobre todo, caracterizar el desarrollo norteame-

ricano hasta llegar al primer Roosevelt, a Taft y a Woodrow Wilson, con sus acciones enmarcadas por el progresismo, esa corriente norteamericana de principios de nuestro siglo XX tan soslayada en nuestros medios.

Después de ese punto de partida que le permite al lector situar la historia mexicana dentro de su contexto de historia mundial, pasa la autora revista a los acontecimientos cada vez más complejos que va implicando la historia de las relaciones entre los dos países, con las contradicciones internas de cada uno. Así, la acción norteamericana resulta bien matizada y se pueden entender las divergencias entre Taft y Wilson, entre el otro Wilson (Henry Lane) y el enviado especial John Lind, y entre éste y Nelson O'Shaugnessy, a pesar de ser ambos empleados del mismo patrón. Y no sólo eso, sino que se nos pone en situación de entender las grandes contradicciones en que incurrieron todos los agentes y enviados del State Department que acabaron siendo partidarios de las facciones enemigas mexicanas.

La buena prosa de Berta Ulloa, su manejo acertado de subtítulos y el buen uso del gran acopio documental que tiene su libro, hacen de éste un texto que se deja leer con soltura, aun cuando trata temas tan poco atractivos para un lector no iniciado como el desarrollo de correspondencia diplomática, intercambios de notas de enviados como Emilio Rabasa a la cancillería mexicana y otras actividades similares que no resultan nada ligeras cuando se les analiza en crudo.

Si bien el libro es un conjunto de virtudes y de aciertos, es necesario señalar una ausencia. La autora llega al final de un conflicto y allí se queda. Después de recorrer con ella todo un proceso de gran interés, donde se aclaran al detalle tantas cuestiones, se siente la falta de un capítulo conclusivo en donde se nos enviara de nuevo al punto de partida: la historia norteamericana y la relación de ésta con la historia mundial. Cuando se llega al final de las conferencias de Niagara Falls se está en la misma época en que Huerta se despide con aquel "Dios los bendiga a ustedes y a mí también"; se firman los Tratados de Teoloyucan y se da la famosa batalla del Marne. La Gran Guerra ya había comenzado.

La relación con España[2]

La riqueza y variedad de las relaciones entre México y España han quedado bien captadas en este libro de Josefina MacGrégor, el cual

[2] Josefina MacGrégor, *México y España: del Porfiriato a la Revolución*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992, 243 p. (Colección Sociedad).

parece adoptar una forma cónica, en la medida en que parte de una gran amplitud y se va cerrando conforme avanza hacia el final dentro de la temática propia de la historia diplomática. Y es que, bien contemplado el asunto, la historia de las relaciones bilaterales entre dos países, tan denostada por los *Annales*, no sin razón, hoy en día es y debe ser algo más que la relación de los intercambios de notas o el examen de la correspondencia de las legaciones. Si bien ése es y ha sido el núcleo de lo diplomático, los intereses históricos de hoy claman por la sociedad. Y así lo demuestran productos historiográficos de manufactura reciente como *La guerra secreta en México*, de Friedrich Katz, libro en el que no sólo aparece el tema fundamental de la injerencia de las potencias en la Revolución Mexicana, sino que se establece un amplio marco histórico-social dentro del cual se caracteriza sobre todo a la región norteña y a sus moradores, ya que ése será el campo de acción que propicia la presencia y el interés y de las potencias en México. Volviendo al texto de Josefina MacGrégor, *México y España: del porfiriato a la Revolución*, aludí a su forma cónica porque se abre de manera amplísima, lejos de los temas tradicionales de la historia diplomática, para tratar con la debida proporción el interés que ambos países tenían el uno por el otro.

Antes de entrar en materia, MacGrégor alude a los estudios precedentes sobre el tema, haciendo un ensayo historiográfico, como el que acostumbran los académicos anglosajones en las páginas previas a la bibliografía y repertorio de fuentes, y que aquí la autora ofrece como parte de la introducción. Creo que ésta es una costumbre que debe tomar carta de naturalización, ya que es fundamental establecer un punto de partida historiográfico haciendo referencia al estado de la cuestión en que se encuentra la temática tratada en el libro. Y lo que en pocas pero sustanciosas páginas ofrece la autora es un recuento muy completo de lo que estudiosos mexicanos y extranjeros han desarrollado en torno al tema hispano-mexicano dentro del epicentro porfírico-revolucionario. Así, su propio trabajo queda relacionado dentro de la renovación iniciada por Vicente González Loscertales y Clara E. Lida y que han continuado Carlos Illades y Óscar Flores Torres.

El primer capítulo es el que justifica mi apreciación cónica de la obra, ya que dentro de su enorme riqueza trata temas amplios y variados que enriquecen la bilateralidad diplomática que será tema predominante —que no exclusivo— en los dos capítulos restantes y en el epílogo, donde la política será el asunto principal.

Conviene, en ese sentido, reparar en la importancia y variedad que implica la relación hispano-mexicana entre la República Restaurada y

el Porfiriato. Si bien el monto de la emigración española a México es mucho menor al que se estableció en los países del extremo sur de América, fue la población extranjera mayoritaria de las que llegaron a México durante esos años. Además, entre el primero y el tercer censos generales de población, es decir, de 1895 a 1910, se duplicó el número de naturales de España asentados en México. Esto es casi de poco más de quince mil a más de treinta mil hispanos en el año del centenario. Esta colonia extranjera superaba a la norteamericana y la guatemalteca, la última oscilante, como lo es hoy en día.

MacGrégor da un perfil completo y bien trazado de los españoles en México en los años porfirianos, con la variada gama de actividades económicas y sociales que caracterizaron a la inmigración hispana. La relación entre los residentes españoles y la diplomacia es un tema cuyo tratamiento no debe ser casual o caprichoso, sino que se trata de algo esencial, ya que a la mitad del siglo XIX esta relación sentó precedentes negativos, en vista de que muchos agiotistas jugaron a la doble nacionalidad solicitando la interpretación de la representación española cuando así les convenía y ostentándose como mexicanos en otras ocasiones. Es por ello que el asunto no debe aislarse. Sin embargo, la migración posterior no tuvo esas características. Josefina MacGrégor trata diversos grupos de inmigrantes, como negociantes o tenderos, profesores, sacerdotes y obreros. Destaca, asimismo, a algunas individualidades para avanzar hacia la meta deseada.

Las fiestas del centenario le ofrecen a la autora un espléndido marco para el desarrollo de su tema. Dentro de él, más que la mítica figura del marqués de Polavieja, se centra en un extraordinario embajador cultural, don Rafael Altamira y Crevea, quien fue parte del "paquete" cultural enviado por los españoles para corresponder a su anfitrión Porfirio Díaz. No es el espacio apropiado para tratar la importante influencia que ejerció Altamira en historiadores mexicanos, pero la trayectoria y el pormenor de las conferencias dictadas por el entonces catedrático de la Universidad de Oviedo, permite inferir que los intentos de renovación programática de los estudios históricos llevada a cabo por Jesús Galindo y Villa en el Museo Nacional deben mucho a las pláticas de don Rafael Altamira, quien muchos años más tarde vendría a morir en nuestro país.

El centenario y, sobre todo la secuela posterior, es decir, el estallido revolucionario son elementos que van estrechando el cono. La historia diplomática se comienza a establecer y es tratada con rigor, solidez y soltura por la autora, a quien se le va imponiendo una figura central a la que recupera, recrea y reinterpreta y que es el ministro Bernardo

Cólogan y Cólogan, quien se va convirtiendo en protagonista del último tercio del libro. Frente a las imágenes que se habían vuelto convencionales acerca de la actuación del diplomático durante el maderismo y la decena trágica, MacGrégor, con base en una variada documentación, rescata una figura central de esos días, tal vez podría decirse restaura o instaura, ya que descubre al personaje que, sin perder su dimensión de representante español, se involucra en los hechos y ofrece en la documentación que produce una visión inteligente de los mismos.

La complejidad política de la relación de los españoles con el huertismo es dilucidada por la autora al mostrar con una buena documentación la antipatía que sentía Cólogan por el general Huerta, que contrastaba acaso con el "huertismo", que era más un afán restauracionista de muchos miembros de la colonia española. El ministro se ubica ante su propio gobierno como simpatizante de Madero, aunque la historia le ha reprochado el no haberse enfrentado con mayor energía a Henry Lane Wilson. La obra de Josefina MacGrégor deslinda los campos y establece a su personaje en una dimensión nueva para los interesados en la historia de las relaciones exteriores de México.

Las aportaciones de este libro son, pues, múltiples, de gran amplitud temática y presentadas con una escritura atractiva y ágil que hace al lector llegar de manera grata al final. Antes de que esto suceda, el lector debe atravesar por una buena selección gráfica que recoge imágenes importantes del proceso narrado en el libro.

Dos indios en la Revolución[3]

Después de transcurrido un lustro, este importante libro, coordinado por Eva Alexandra Uchmany, vuelve a aparecer ahora en versión inglesa, editado en el otro país de referencia: la India. Dada la amplitud temporal que abarca, no podré referirme a la enorme variedad de temas que contiene, y que incluye dos historias que comparten el hecho de partir de culturas milenarias y haber experimentado procesos de colonización y más tarde de liberación y modernidad. Por ello me ceñiré a lo que considero esfera de mi competencia y cercanía: los años de la Revolución Mexicana, a través de dos presencias individuales.

[3] Eva Alexandra Uchmany (ed.), *India-México. Similarities and Encounters Throughout History*, New Delhi, MacMillan India, Indian Council for Cultural Relations, 2003, XIV, 343 p. También existe edición en español, *México-India. Similitudes y encuentros a través de la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, 300 p. No tiene el artículo sobre Pandurang Khankhoje, sólo el de Roy.

Antes de abordarlos, debo señalar que el libro es prácticamente el mismo que presentamos hace cinco años, salvo por el hecho de que hubo un reacomodo en algunos de los capítulos que lo integran y apareció uno nuevo, que ya desde entonces la autora traía en mente, pero que no llegó a incluirse en la edición mexicana del Fondo de Cultura Económica con el apoyo de Ispat Mexicana. Este capítulo fue escrito por la coordinadora del volumen, la propia Eva Uchmany, en colaboración con Savitri Sawhney, hija de Pandurang Khankhoje, quien es, a su vez, tema central del nuevo texto.

Efectivamente, mi comentario se centrará en la parte relativa a los encuentros, en este caso, los de dos indios que vivieron, uno, sólo dos años y medio, y el otro, un cuarto de siglo en nuestras tierras. Se trata del célebre y casi mítico Manabendra Nath Roy y del ya mencionado Pandurang Khankhoje. Sus encuentros son prácticamente contemporáneos; sus trayectorias, dos paralelos con convergencias y divergencias. Los dos, sobre todo el segundo, de trascendencia para México.

El artículo sobre Roy fue escrito por Kiran Saxena, de la Universidad Jawaharlal Nehru, de Nueva Delhi, y se centra en la trayectoria biográfica de Roy, con especial atención a sus años mexicanos, los que describe y cuya memoria comenta.

Khankhoje nació en 1884; Roy, tres o cuatro años después, ya que no hay certidumbre acerca de si su nacimiento ocurrió en 1887 ó 1888. Los dos participaron, en su juventud, en los movimientos nacionalistas que fueron perseguidos, lo que los llevó a abandonar su patria y emigrar a los lugares del mundo en los cuales pudieran vivir seguros. Sus trayectorias los llevan a distintos países del continente asiático, a Alemania, a la joven Unión Soviética, a Estados Unidos y finalmente a México. El adjetivo no se debe aplicar radicalmente a Roy, ya que como se sabe, este personaje después de participar en la fundación del Partido Comunista Mexicano, partió a la URSS, de donde salió posteriormente a fundar en China, con Mao Tse Tung, el Kuomingtan, y a intentar establecer un partido similar en su propio país. Roy, pues, vivió en el México de Carranza, de 1917 a 1920, en donde se involucró en la política radical, cerca de Plutarco Elías Calles, y formó parte de intrigas internacionales auspiciadas por los agentes del káiser, buscando debilitar el poderío del imperio británico. En nuestro país se acrecentó su radicalismo y de él salió comunista. Sus memorias, publicadas en Bombay en 1964, unos años después de su muerte, tienen referencias evocativas de sus años mexicanos, a los que otorga una gran importancia en su vida. Lamentablemente, su recuerdo está lleno de imprecisiones y haría falta someterlas a una anotación rigurosa

que permitiera establecer los acontecimientos con mayor exactitud, así como identificar correctamente a los personajes que menciona. Con todo, lo que vale es el conjunto de su vivencia, incluyendo su fascinación por el Iztaccíhuatl. Kirán Saxena advierte a los lectores acerca de cómo magnificó Roy sus acciones y sus influencias en el medio político mexicano. Con todo, es notable que una de las grandes vidas del siglo XX se haya nutrido con una residencia de poco más de dos años en uno de los momentos más interesantes de nuestra historia, dado que en él se establecían caminos a seguir, a cuyo trazo, aunque en proporción modesta, Manabendra Nath Roy contribuyó.

El rescate para la historia mexicana que hace Eva Alexandra Uchmany de Pandurang Khankhoje es un hecho notable. La imagen de este personaje se encuentra en un panel pintado por Diego Rivera en la Secretaría de Educación Pública. Un hombre de tez oscura, ataviado con un uniforme claro, que sólo tiene una estrella roja en el pecho, parte una pieza de pan, en un acto de clara reminiscencia eucarística. Detrás de él, una tehuana sin velo y con una canasta de panadero contempla una mesa que comparten personas de distintos rasgos étnicos y edades diversas; en los flancos, coincidiendo con los codos de la tehuana, un campesino y un militar miran a los comensales que esperan el pan. Al fondo, copas de sombreros de palma y overoles le dan a la escena el contexto obrero-campesino necesario. El hombre de en medio, el que preside la escena, por mucho tiempo fue ignorado por los exégetas de la obra de Rivera. Incluso uno de ellos, Jorge Juan Crespo de la Serna, lo identificó falsamente como Felipe Carrillo Puerto. No es otra persona sino Pandurang Khankhoje.

Este distinguido personaje, a quien con justicia Diego lo ubica como alguien capaz de dar el pan, en su exilio estadounidense estudió agronomía en universidades de la costa oeste. Esa ubicación geográfica lo llevó al noroeste mexicano, donde visitó Sonora y Sinaloa en 1913 y conoció entre otras personas a Ramón P. De Negri y a José Monzón, quienes fueron posteriormente, secretario de Agricultura de Obregón, el primero, y diputado constituyente el segundo. Su nuevo y largo exilio mexicano llevó a Pandurang Khankhoje a buscarlos en 1923. De Negri lo ubicó donde debía estar, en la Escuela Nacional de Agricultura, entonces recién trasladada de San Jacinto a Chapingo. Ahí colaboró con el ingeniero Marte R. Gómez y al poco tiempo estableció las escuelas libres de agricultura de México, que dirigió, en cinco municipios del Estado de México y posteriormente en Veracruz, ahí con el apoyo del líder campesino Úrsulo Galván.

Su larga estancia en Chapingo lo llevó a coincidir con el célebre muralista, cuando trabajaba en la famosa capilla. Ahí conoció a la no menos mítica Tina Modotti, quien retrató algunas variedades de maíz que desarrolló Khankhoje en sus experimentos agronómicos. Y dicho sea de paso, el capítulo está ilustrado con varias fotografías de la Modotti, lo cual le da un interés adicional al libro.

Al igual que Manabendra Nath Roy, Khankhoje gozó del apoyo oficial. Ambos, cada uno en su momento, viajaron con pasaporte oficial mexicano, dado que como habían huido de la India en calidad de perseguidos de los ingleses, carecían de papeles. Así, Roy fue a parar a la Unión Soviética, todavía en tiempos de Lenin, con quien no se acabó de entender, y luego sucedería lo mismo con Stalin, por lo cual se fue a China y la India. Por su parte, el agrónomo, viajó a Europa, donde conoció a quien sería su esposa y con quien formaría su familia en México, donde desarrolló sus experimentos, tanto con apoyo oficial en beneficio de diferentes programas, como de manera privada, lo cual le causó vaivenes a su patrimonio personal. El propio México lo envió a su patria, donde fue recibido por Jawaharlal Nehru, y donde, naturalmente, ancló sus raíces, para pasar allá sus últimos años.

El reconocimiento de personajes de esta magnitud permite recuperar una historia constructiva, en donde los factores utópicos se concretaban en mazorcas de maíz, en nutrientes más ricos. El caso de Roy es fácilmente calificable de fuera de serie. Él desarrolló sus alcances utópicos en la acción política. Su experiencia mexicana es todavía asignatura pendiente de investigar. La propuesta de Kirán Saxena es un buen punto de partida, como lo es la de Eva Uchmany sobre Pandurang Khankhoje.

El libro ofrece otros materiales de encuentro, de vinculación, de incidencia de una historia en la otra, y la reciprocidad que esto supone. Refiero, aunque sea de pasada, el interesante estudio de Beatriz Valdés de Macías sobre "Satish Gujral: encuentro en artes visuales en México". Este artista indio llegó a México en 1952 y trabó relación con el infaltable Diego Rivera, así como con los otros grandes del muralismo mexicano, de quienes aprendió mucho y recibió influencias.

Asimismo, es de interés el estudio que hace la propia coordinadora del libro, Eva Alexandra Uchmany, sobre las relaciones mercantiles entre los dos países concretadas en la Ispat Mexicana, empresa que adquirió la mayoría de las acciones de Sicartsa y, sobre todo, el trabajo de Ripusdan Lal Paliwal sobre la aventura del trigo mexicano en la India, que ilustra acerca de los trabajos desarrollados por el premio nobel Norman Borlaug, de impacto para los dos países. En fin, no

podía faltar un trabajo sobre las relaciones diplomáticas entre México y la India, escrito por Lourdes Romero Navarrete, así como la interesante relación que ofrece Graciela de la Lama, antigua embajadora de México en la India y profesora de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, sobre los estudios de la India en México.

El libro, ahora en lengua inglesa, enriquecido con el nuevo estudio a que he hecho referencia, permite internacionalizar el conocimiento de las convergencias indio-mexicanas a lo largo de la historia.

En la órbita germánica[4]

A los tres temas expresados en el título de esta obra es preciso agregar uno más: la colonización alemana en el Soconusco, el cual, si bien puede quedar comprendido bajo el rubro de "los empresarios alemanes", su especificidad regional lo distingue. La investigación y redacción de los apartados respectivos corrió a cargo de Daniela Spenser. El más general sobre los empresarios y las empresas de origen alemán en México se debió a Brígida von Mentz. Por su parte, Verena Radkau se ocupó de los aspectos internacionales, es decir, el ascenso del nacionalsocialismo, el establecimiento del Tercer Reich y la labor diplomática y propagandística de los alemanes en México y, finalmente, Ricardo Pérez Montfort escribió lo tocante a la oposición de derecha a Cárdenas. En suma, es una obra colectiva que, siguiendo una línea cronológica que arranca en el último tercio del siglo XIX y concluye en la década de los treinta y tempranos cuarenta, tiene por objeto dar a conocer aspectos fundamentales de la relación entre Alemania y México a través de aspectos económicos, sociales, políticos y —en menor medida— culturales.

El escollo principal de toda obra colectiva es el de la integración de sus elementos. Este libro de largo título a veces logra superarlo y a veces no. Hay integración y continuidad clara entre las partes de los empresarios alemanes y la colonización del Soconusco, como también existe un puente entre estos asuntos y el de la historia alemana de finales del siglo XIX al ascenso de Hitler. En cambio, no es tan clara la continuidad entre estos temas y el de la oposición de derecha a Cárdenas, el cual, si bien tiene como gran telón de fondo el predominio fascista en Europa, no es muy fuerte la liga entre las expresiones de-

[4] Brígida Margarita von Mentz *et al.*, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, 2 v., México, CIESAS, 1988.

rechistas mexicanas y los elementos provenientes de Alemania. No obstante, esa parte final del libro no está de más. Hay también un breve capítulo sobre el Colegio Alemán de México, de 1894 a 1942, debido a Brígida von Mentz, bien integrado en el contexto de la obra, tanto por lo que se refiere a la relación con las partes escritas por Verena Radkau como por las trabajadas por Pérez Montfort, que constituye una excelente monografía por el análisis externo e interno de la dinámica del Colegio y el perfil de la preparación y actividades de sus escolares.

En otro orden de consideraciones, el libro es notable porque abarca de manera muy rica las tres dimensiones espaciales en las que se desarrolla la historia: la mundial o internacional, la nacional y la regional. Por lo que se refiere a un libro cuyo tema es la presencia de un grupo inmigrante en un país, la historia se debe referir al espacio original, en este caso Alemania, tanto en el momento en el que se origina la migración como posteriormente, para no perder la línea de la posible relación entre los dos países, relación que no se agota o no debe agotarse con los contactos diplomáticos y/o comerciales sino con el de la política exterior del país originario. En este libro se da con excelencia este renglón, que muchos historiadores locales eluden o incluso desdeñan. Verena Radkau da muestra de rigor en sus capítulos sobre Alemania, lo cual es un ejemplo a seguir por lo que implica de desprovincianización de nuestra historiografía. Muchos pretenden dar por sabida la historia externa y concretarse a nuestras cosas. Los textos reseñados enseñan que nuestro medio posee la suficiente madurez para atreverse a hacer una síntesis histórica de las vicisitudes de la República de Weimar y el ascenso de Adolfo Hitler. No implica investigaciones "originales" ni proposiciones novedosas; es una buena síntesis, lo que puede y debe hacerse en estos casos, para que el lector le dé a un tema nacional sus dimensiones mundiales.

La otra gran aportación de los capítulos de Verena Radkau consiste en la desmixtificación de una situación que el recuerdo individual o colectivo ha desfigurado o inventado. Con rigor documental se establecen las relaciones tanto diplomáticas como de espionaje, así como la labor propagandista del Reich en México y se acotan sus verdaderos alcances. Esto es importante, como también lo sería hacer la historia de mitos e invenciones propiciadas por el sensacionalismo periodístico. No es objeto perseguido por la autora, desde luego, por lo cual lo que nos da a los lectores es más que suficiente para caminar con paso firme en el tema de las relaciones germano-mexicanas.

Los textos de Brígida von Mentz son continuación de otras investigaciones que, con el rigor y la seriedad que la distinguen, ya había

dado a conocer. Su campo de trabajo es el de la presencia de los hombres de empresa alemanes que se establecieron en México desde el siglo XIX y la evolución de sus negocios, así como todas las dimensiones de su presencia en México. Sus textos ilustran lo que se refiere a la dimensión nacional, dada la extensión de la presencia de diferentes núcleos de negociantes alemanes.

En cambio, los trabajos de Daniela Spenser, como quedó expresado al principio, se ubican en la dimensión local. Es indudable que el peso de los alemanes en el Soconusco le dio a esta región chiapaneca una característica fundamental. En las partes de este libro debidas a su pluma, la historia regional está bien presente, matizando y especificando lo que podría haber permanecido en la generalización. El rigor de Daniela Spenser se pone de manifiesto en sus capítulos y secciones.

Por último, la dimensión nacional vuelve al primer plano en todo lo referente a la oposición de derecha a Cárdenas. Como ya quedó planteado, es aquí donde el vínculo temático es más débil, ya que los grandes ejemplos internacionales de la derecha emergente mexicana de esos años estaban más en el falangismo español y después en el franquismo, que nos tocaba más de cerca que el fascismo italiano o el nacionalsocialismo alemán. Pero al ser este último el que alcanzó las mayores dimensiones mundiales, es indudable que también era un marco de referencia atendible por los creadores y seguidores de los movimientos derechistas mexicanos. Independientemente del marco externo, cabe ponderar la aportación de Pérez Montfort al estudio de las tendencias conservadoras y reaccionarias mexicanas con una base sólida y con una actitud que tiende a la explicación histórica, más que a la diatriba. Si bien es difícil vencer el maniqueísmo cuando se estudian estos casos, ya es tiempo de que se les trate como algo que existió por un conjunto de razones de ser, y que tales razones de ser se encuentran en una dinámica nacional que tiene orígenes tanto externos como locales. Los logros de estos capítulos son ricos e incitan a seguir adelante en el conocimiento de lo que en ellos se presenta.

Tres o cuatro libros en uno, cuya unidad se sostiene a pesar de las observaciones planteadas, que continúa lo iniciado en *Los pioneros del imperialismo alemán en México* y *Fascismo y antifascismo en América Latina y México*, de prácticamente los mismos autores. La aportación al conocimiento de las relaciones germano-mexicanas, a cargo de este equipo de trabajo del CIESAS, ha sido muy grande.

Historia intelectual

El último positivista mexicano[1]

Señala Juan Hernández Luna, en su prólogo a este volumen, que uno de sus propósitos es el de contribuir a corregir la imagen degradante que de los positivistas mexicanos nos legó el "pasado inmediato". Los filósofos católicos y los del Ateneo de la Juventud, contemporáneos de los positivistas mexicanos, han sido injustos con esos pensadores. Pintaron de ellos las más sangrientas caricaturas y los hicieron pasar a la historia como corruptores de la cultura nacional y cómplices de la dictadura porfirista, es decir, casi como si hubieran sido unos malhechores de la educación nacional.

Seguidamente, Hernández Luna agrega que su contribución, al publicar un estudio sobre el michoacano José Torres Orozco (1890-1925) y un importante conjunto de sus escritos, hará posible una futura y deseable reinterpretación del positivismo mexicano. Los señeros trabajos de Leopoldo Zea deben entenderse como puntos de partida hacia investigaciones más amplias.

Hernández Luna inicia con la publicación de la obra de Torres Orozco una colección que también es deseable que alcance una mayor difusión y continuidad. Su título, "Un gran michoacano...", permitiría aportaciones muy grandes a la historia regional. Los tres primeros volúmenes son, además del que encabeza esta nota, los siguientes: José Torres Orozco, *Los datos de la filosofía*, prólogo de Samuel Ramos, y también de Torres Orozco, *Filosofía, psicología y ciencia*. Este último, un grupo de escritos del nicolaíta, a los cuales Hernández Luna colocó como prólogo un manuscrito inédito de gran valor para la historia de las ideas en México. Su título es "La crisis del positivismo", según aparece citado por Zea, quien lo conoció a través de Samuel Ramos. Está inconcluso y es la primera vez que se publica. En él, Torres Orozco polemiza contra dos ateneístas, Caso y Vasconcelos. De haberse pu-

[1] Juan Hernández Luna y José Torres Orozco, *El último positivista mexicano*, México, [s. n.], 1970, 151+12 p., facs., retrs. (Un gran michoacano, su vida, su pensamiento, su acción).

blicado, hubiera dado lugar a una singular confrontación. Torres Orozco establece una apasionada defensa del positivismo provinciano, que permaneció virgen durante la época de la lucha armada, de la influencia idealista e intuicionista de los miembros del Ateneo. Defiende en esas páginas el darwinismo social y niega, exponiendo sintéticamente el pensamiento de Comte, que el positivismo fuese la doctrina propia de la dictadura de Porfirio Díaz.

En el primer tomo, dedicado a exponer la vida y pensamiento de José Torres, Hernández Luna ofrece una biografía precisa y sencilla en la cual presenta al joven filósofo como producto de un ambiente familiar de tradición liberal, que al pasar a las aulas nicolaítas aprende la ciencia de su momento, el positivismo, que lo lleva a formarse —y más tarde a exponer— una visión del mundo. Cursó la carrera de medicina, a la cual trató de dar un sentido social y humanitario dentro del máximo rigor científico. Señala el biógrafo la actividad maderista del joven estudiante y los viajes del médico a la capital y a algunas ciudades de la provincia. La parte medular del ensayo consiste en presentar el pensamiento de Torres y en establecer su filiación positivista. Dedica una parte importante a glosar la polémica entablada contra Caso y Vasconcelos, siguiendo el texto del manuscrito, principalmente, y otro escrito de Torres, publicado en la revista *Minerva*, de Morelia (15 de enero de 1917). La precisión en los conceptos es característica de Hernández Luna, quien logra recrear vivamente el tono combativo y riguroso de Torres. Complementa la edición una bibliografía completa del médico michoacano y un apéndice gráfico con retratos del biografiado, de sus familiares y de la señorita Dionisia Zamora Pallares, novia del joven filósofo, y destacada maestra, quien conservó sus manuscritos. De ellos se ofrece alguna página facsimilar.

La contribución de Juan Hernández Luna para la historia de las ideas en México es importante, por cuanto ofrece material para emprender el estudio de ese joven en un ámbito más amplio que el que ofrece la capital de la República. Ámbito importante, el de la capital, desde luego, pero insuficiente para explicar una historia que pretende ser de alcances nacionales. Ha sido fundamental haber recuperado al "último positivista mexicano".

El polemista Antonio Caso[2]

Después de largos años de preparación ha aparecido el primer volumen de un ambicioso y justo proyecto: la edición de las obras completas de Antonio Caso. La coordinadora general de las obras completas es la maestra Rosa Krauze de Kolteniuk. Cada volumen está debidamente presentado por un especialista en el tema específico sobre el cual versa el contenido. El tomo primero fue encomendado al historiador de las ideas Juan Hernández Luna, quien desde las páginas de la revista *Historia Mexicana* ya había dado a conocer algunos adelantos de lo que el lector puede encontrar en este grueso libro.

Antonio Caso ha sido, como señala Hernández Luna, el primer mexicano dedicado absolutamente a la Universidad. Ya no fue de aquellos universitarios novohispanos que alternaban la cátedra con el sacerdocio, o de quienes en el siglo XIX combinaban el ejercicio de la profesión liberal con la enseñanza superior. Caso se dedicó de tiempo completo al magisterio y la administración universitarias. Y como prolongación de su labor académica, en las páginas de los diarios capitalinos, expuso sus ideas que en once ocasiones dieron lugar al enfrentamiento polémico con intelectuales de pensamiento adverso.

Las polémicas que forman este volumen fueron, en orden cronológico, las siguientes: con Agustín Aragón, sobre la Universidad Nacional, en 1911; con el mismo positivista ortodoxo comtiano, sobre la teoría de la historia de Xenopol, en 1920; la tercera polémica fue entablada con un Francisco Bulnes ya de setenta y ocho años, pero que todavía conservaba algo de la enjundia que lo caracterizó como uno de los más destacados polemistas de la época porfiriana. El tema de la discusión fue el porvenir de las naciones latinoamericanas. Tema de obvio enfrentamiento generacional, para el viejo Bulnes dicho porvenir era la adopción de la cultura anglosajona; para el joven Caso, al igual que para el Vasconcelos de esa época y el precursor Rodó, se trataba de realizar una historia latina. La polémica tuvo lugar en 1922. La cuarta polémica, que cierra el ciclo de las sustentadas con representantes de un modo caduco de pensamiento, fue contra don Miguel Puga y Acal, motivada por unos artículos de Federico Gamboa sobre el imperio de Maximiliano. Caso resolvía, con apoyo en nuevas filosofías de la historia, el absurdo partidarismo decimonónico.

[2] Antonio Caso, *Obras completas. I. Polémicas*, prólogo de Juan Hernández Luna, compilación de Rosa Krauze de Kolteniuk, revisión de Carlos Valdés, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, XIX + 687 p. (Nueva Biblioteca Mexicana, 13).

Una polémica de tipo personal fue la que tuvieron Samuel Ramos y Antonio Caso, en la cual se discutió la personalidad del maestro. Fue breve y arroja luz sobre el pensamiento y el magisterio de Caso.

Enseguida viene una serie de polémicas que para los lectores de hoy en día puede resultar más atractiva que las demás. Se trata de las que tuvieron lugar en los años del cardenismo y en las que se discutió en pro y en contra del marxismo. El principal contrincante de Caso fue un discípulo suyo, Vicente Lombardo Toledano, quien por entonces realizaba uno de los capítulos más interesantes de la historia sindical mexicana. Otro polemista fue Francisco Zamora.

Hernández Luna hace una muy buena presentación de esta polémica, en la cual ubica al lector dentro de la circunstancia sociopolítica que la engendró y las consecuencias que tuvo en un orden situado más allá del aspecto netamente filosófico. Vale la pena recordar esta circunstancia. Al darse a conocer el primer Plan Sexenal, todavía en el periodo de Abelardo L. Rodríguez, se reunió el Primer Congreso de Estudiantes Mexicanos, con motivo de discutir la orientación ideológica de la Universidad Nacional, que entonces ya tenía cuatro años de Autónoma.

De acuerdo con el radicalismo de la época, la tesis del brillante expositor que fue Lombardo ganó más adeptos que la del no menos brillante Caso. El Congreso dispuso que el materialismo dialéctico fuese impuesto en la Universidad. Caso no podía aceptar eso y se lanzó a la polémica en los diarios, en la cual cuestionó seriamente y con rigor el marxismo, expuesto y defendido por Lombardo y Zamora. La polémica fue larga y puede decirse que no hubo triunfador ni perdedor. El tema fundamental, en principio, fue si la Universidad adoptaba una filosofía cerrada o, conforme a su esencia, daba cabida al libre juego de las ideas dentro de su seno. Las dos tesis pueden ser coherentes y aceptables, siempre y cuando la marxista corresponda al contexto general nacional.

Una desviación de esta polémica fue la que originó el debate con el licenciado Eduardo Pallares, de carácter estrictamente filosófico. A ésta sigue otra polémica con un pensador católico: Alfonso Junco, en torno a la existencia de Dios. La lectura de ella confirma que Caso no trataba de defender los intereses de los católicos en sus polémicas contra los marxistas, sino todo lo contrario. Caso siempre trató de afirmar el derecho a buscar la verdad sin sujetarse a sistemas cerrados, preestablecidos. La polémica con Junco tuvo una pequeña desviación con el rumano Draghieesco en torno a temas tratados en la anterior.

Finalmente, Caso se enfrentó al neokantismo de Marburgo, que en la voz y pluma de Guillermo Héctor Rodríguez tuvo a un fer-

viente representante en México. El problema era que Caso, formado por la filosofía francesa de Bergson, se puso al día constantemente y su contrincante esgrimía argumentos de una escuela liquidada durante la Primera Guerra Mundial. Es, en todo momento, una polémica de altura.

La labor de Juan Hernández Luna, como editor de las *Polémicas* de Antonio Caso, ha sido encomiable. En un prólogo establece las generalidades necesarias para introducir al lector en el pensamiento y en la actitud de Caso ante la filosofía. Señala dos aspectos de esta actividad del pensamiento: la *filia* y la *sofía* y establece que el valor actual de Caso radica en la primera. Está por encima de toda discusión esa actitud de apertura constante hacia la búsqueda de la verdad, que hace de Antonio Caso un universitario ejemplar, crítico y verdadero formador de discípulos.

Se ha discutido la propia *sofía* de Caso y ella sí puede ser objeto de reproches o de superación, como de hecho lo es, ya que entre los posteriores filósofos mexicanos no hay casistas ortodoxos, pero su *filia* lo hace ser siempre contemporáneo. De ahí el sentido de sus ataques al positivismo, al marxismo, al tomismo, al neokantismo. Su concepción de la Universidad es expresada por Hernández Luna en términos justos:

> El maestro Caso —dice Hernández Luna— dedicó la mayor parte de sus escritos polémicos a combatir el peligro que representó el predominio, la hegemonía de una de esas modas filosóficas en la enseñanza universitaria. Positivismo, marxismo, neotomismo y neokantismo, tenían para el maestro Caso algo en común: su espíritu ortodoxo, dogmático, sectario; los cuatro consideraban la verdad como definitivamente hecha, como constituida de una vez para siempre; los cuatro se arrogaban, cada uno para sí, el derecho de poseer el monopolio de la verdad; los cuatro pretendieron imponer la hegemonía de su verdad en la Universidad Nacional de México.

Ése es el *leit motiv* de este enorme libro. El lector puede recorrer un buen trecho de la historia intelectual de México en el siglo XX a través de las polémicas casianas. Diríamos, incluso, que el meollo fundamental de esa historia intelectual, encuentra en Caso a un espléndido hilo conductor. Sus cuarenta años de magisterio universitario corresponden, más o menos, al tiempo en el que se desarrollaron las polémicas. Y puede decirse que Caso representa legítimamente una aspiración ideológica que va de acuerdo con el proceso de la Revolución Mexicana.

Ateneísta, se enfrenta al positivismo ya decadente en 1910. Más tarde se enfrenta a izquierdas y derechas, en una actitud similar a la que tuvo en lo político, pongamos por caso, Luis Cabrera. Ambos fueron siempre coherentes consigo mismos. Si variaron, como diría Hernández Luna, en su *sofía*, no lo hicieron en su *filia*, que es lo que verdaderamente trasciende. Como la Revolución no implicó la sustitución de un sistema cerrado por otro, Caso la representa frente a la revolución cardenista y frente a la contrarrevolución católica.

Quede, por último, considerar el valor en sí de las polémicas como objeto de estudio. Al tener ellas lugar en las páginas de los diarios, hacen que participe una gran multitud de lectores, ajenos al claustro universitario. Por medio de ellas muchas personas tienen acceso al saber de los universitarios, expresado con la concisión suficiente y la sencillez necesaria para un público amplio. Pienso que la polémica Caso-Lombardo, una de las más ricas que habido en la historia contemporánea de México, sirvió más para dar a conocer el marxismo, que los esfuerzos de muchos profesores empeñados en hacer cumplir los preceptos de la educación socialista.

Además, las polémicas apasionan al lector y, si éste es responsable y activo, puede tomarlas como punto de partida para leer las fuentes que nutren al polemista y de ese modo acrecentar su acervo cultural y formarse una visión del mundo. La polémica ha llevado la filosofía, la sociología y la historia a ámbitos abiertos.

Ya hace más o menos un año, el doctor Juan A. Ortega y Medina nos ha dado a conocer un valioso grupo de polémicas mexicanas en torno a la historia. Ahora Hernández Luna, nos entrega las que sostuvo Antonio Caso frente a otros intelectuales, publicando al mismo tiempo los escritos de éstos. Nuestras hemerotecas aún pueden dar mucho material para que este arte sea difundido y rescatado del olvido. Debe considerarse, además, la altura de estas polémicas y tomarse como modelo para que no degenere en rencillas poco ilustrativas.

La Universidad Nacional Autónoma de México, con la publicación de las *Obras completas* del maestro Antonio Caso, rinde homenaje a uno de sus creadores y más fervientes servidores.

Curiel: generaciones y Ateneo[3]

Un pequeño diccionario o vademécum elaborado por Fernando Curiel viene a complementar sus anteriores contribuciones al conocimiento e interpretación del Ateneo de la Juventud o de México, según su propia nomenclatura. Su utilidad es grande: para los legos, ahí están las entradas con los nombres de los ateneístas; para los conocedores, hay entradas muy particulares, más que ello, claves ateneístas que resultan, incluso, o sobre todo, disfrutables. Pero sin menoscabar este esfuerzo muy apreciable de Curiel, creo que el valor principal del pequeño libro que nos ocupa está en su "Isagoge. Antes, durante, después" que sirve de introducción al volumen. Se trata de un ensayo en tono mayor, de señalada importancia teórica e historiográfica. Por una parte, pasa revista, con acendrado rigor, a los estudios recientes en torno al Ateneo y los ateneístas, centrando la discusión en el asunto de las generaciones como categoría histórica. Así, toma como punto de partida la propuesta de don Wigberto Jiménez Moreno, prosigue con el manifiesto antigeneracionista de Carlos Monsiváis, considera las aportaciones de Enrique Krauze, se detiene en un comentario a mis textos sobre el Ateneo, que asumen mi generacionismo, abunda en las inteligentes consideraciones de don Luis González y concluye con las reflexiones recientes de Fernando Tola de Habich. En el centro de todo se ubica el problema de si la generación es la categoría idónea para estudiar a una entidad como el Ateneo y, desde luego, su trascendencia en la cultura mexicana del siglo XX, así como sus antecedentes.

Todos los mencionados, con la excepción de Monsiváis, somos generacionistas. De hecho, mi manera personal de asumirlo radica en utilizar la palabra generación en mi texto sobre el Ateneo, elaborado en gran medida a petición de parte del propio Fernando Curiel, y en habérselo dedicado a mi querido maestro Luis González, en reconocimiento a su labor como historiador generacionista. El villano de la película es Monsiváis, quien innegablemente esgrime fuertes argu-

[3] Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, 207 p. Anteriormente Curiel publicó el que hasta ahora es el libro definitivo, por más completo, sobre el Ateneo de la Juventud: *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1999, 458 p., que merece un comentario extenso. Por último, una contribución espléndida: el "Anejo documental" al libro de Juan Hernández Luna (compilador), *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, 3a. ed. aumentada, México, UNAM, 2000, 509 p. (Nueva Biblioteca Mexicana, 5). El anejo de Curiel va de la p. 209 al final del libro y reúne materiales documentales y hemerográficos, antes de difícil acceso. Es por ello que su contribución al conocimiento del Ateneo es muy completa.

mentos antigeneracionistas. Curiel, fino lector, tras analizar las tesis de todos y cada uno de los mencionados, pondera los asertos del autor de *Días de guardar*, retoma algunos de sus incisivos comentarios, pero vuelve a la generación, para llegar, más adelante, a reivindicar sus propias ideas al respecto.

Para este punto, analiza otra diatriba antigeneracionista, la expresada por Eduardo Mateo Gambarte, en *El concepto de generación literaria*, obra publicada en Madrid en 1996, y que endereza su crítica contra los historiadores que "embalsaman" el pasado al contenerlo en un concepto tan volátil como el de generación. Curiel establece sus discrepancias con Gambarte y llega, con el apoyo necesario en Julián Marías, al concepto de *constelación* que, por decirlo de alguna manera, amplía el de generación. Suscribo unas líneas argumentativas de Curiel, cuando afirma: "Aclaro que parto de una evidencia. La de que, a diferencia de las naturales, las ciencias humanas no son exactas. Operan por aproximaciones, versiones, iluminaciones, adivinaciones. ¿A partir de realidades? Sí. Sólo que de realidades simbólicas." Y para corolario, indica que existe algo, ciertamente intangible, pero innegable: la marca, diría yo, la marca generacional, la impronta. La idea de marca, la palabra misma, la toma en coincidencia con Octavio Paz, lo cual es de mencionarse, tratándose de Curiel. Mi concordancia es plena.

Hay algo que añadir: gracias a la sabiduría de Francisco Gil Villegas, expresada en su rica obra *Los profetas y el Mesías*, sobre Ortega y Lukács como precursores de Heidegger, se pone de manifiesto que la inspiración orteguiana para el asunto de las generaciones proviene de Dilthey, en su luminoso ensayo sobre Novalis, contenido en ese olvidado libro que es *Vida y poesía*. Las páginas iniciales del ensayo sobre Novalis precisan la idea diltheyana de generación y sin decirlo así, la establecen como un horizonte hermenéutico. De ahí mi acuerdo tácito con las palabras que entrecomillé de Curiel. El problema con los críticos del generacionismo es que lo ven de manera denotativa, al igual que algunos de sus practicantes, no solamente connotativa, que es como la veo yo. No creo en las precisiones matemáticas que hablan de periodos de quince años, y sí creo que la historia está hecha más de excepciones que de reglas, pero la connotación generacional, la *marca*, es algo que dice más que cien documentos. Si el objetivo es comprender, la generación ayuda a hacerlo.

Otro punto a comentar es algo que viene al final del ensayo de Curiel, el cual, insisto, es muy notable y por consiguiente digno de figurar en antologías exigentes. Se trata de una ubicación que me concierne directamente. Ya establecida la *ateneidad*, que suscribo, Curiel

distingue dos maneras de comprenderla, como revolucionaria: Jiménez Moreno, González, los mismos ateneístas y el propio Curiel, mientras que Monsiváis, Krauze y yo, y al margen Gabriel Zaíd, la entendemos como porfiriana, aunque se trate de vanguardia. No abundo en eso, porque este libro dice mucho al respecto. La discusión se centraría en la índole misma de la Revolución Mexicana. Solamente agrego que concuerdo en gran medida con mi congénere Arnaldo Córdova en el tema de la continuidad porifirismo-revolución, así como la larga duración avasalladora que avizora François-Xavier Guerra. Ahí hay mucho que decir y, con los ateneístas, no dejar a un lado una paradoja: cuando Martín Luis y Vasconcelos van a Aguascalientes, desde luego se asumen como revolucionarios y prestan, sobre todo don José, servicios importantes a la causa, pero se deslindan de los zafios revolucionarios que abarrotaban las galerías del teatro donde se celebraba la Convención.

Los caudillos culturales[4]

"Toda la historia de la vida de un hombre está en su actitud", dice el epígrafe general de *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, tomado de un texto de Julio Torri. El propósito evidente de Enrique Krauze, en este su primer libro, radica en historiar las actitudes de los miembros de una generación intelectual, la de 1915. Cabe señalar en este sentido que, en rigor, en México no se había intentado —y con tan buen resultado— hacer historia intelectual en la cual las ideas y las personas que las produjeron aparecieran en su íntima relación recíproca. De hecho existe en nuestros medios —y desde hace mucho— una buena tradición de historia de las ideas. La historia intelectual, como la de Krauze, había permanecido inédita, y este *inédita* se puede referir a que la historia de los intelectuales siempre ha andado por ahí, dispersa, en conversaciones y en artículos, pero no en un estudio amplio, riguroso y sistemático como el emprendido por Krauze. La historia intelectual es, indudablemente, historia de las ideas, pero referida a las personas que las hicieron posibles gracias a su contacto con la realidad y condicionados por su experiencia vital. Es la confluencia de biografías individuales y colectivas que encuentran su última expresión en la actividad intelectual.

[4] Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI editores, 1976, 329 p.

El tema de la obra es una generación sobre la cual, según Krauze, "sólo han sido publicados dos folletos, un ensayo, un párrafo y una sentencia". La generación de 1915, también conocida como la de "los siete sabios", ha sido desplazada de la república de las historias por haber surgido entre los ateneístas y los contemporáneos; por haber sido un grupo cuyas actitudes no fueron expresadas en obra literaria o filosófica como la de quienes formaron parte de las otras generaciones mencionadas.

El libro de Krauze se refiere principalmente a dos congéneres: Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano. Sus historias son las más contadas. También aparecen momentos fundamentales de las vidas de Miguel Palacios Macedo y Alberto Vázquez del Mercado. En un lugar cercano, aunque periférico, Daniel Cosío Villegas y Narciso Bassols. De todos ellos sólo tres fueron de los siete sabios; todos, en cambio, pertenecieron a la generación de 1915. Hay otras figuras que no son ajenas a las páginas de *Caudillos culturales...*, puesto que se trata de algunos de los principales caudillos culturales de la Revolución Mexicana: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos, los tres ateneístas. Ellos están en el libro, si bien en función de Gómez Morín y Lombardo, de manera que la obra también es sobre ellos. Otros personajes aparecen en menor grado y medida; lo importante es la recreación del ambiente y de las actitudes.

Enrique Krauze contó con un espléndido material para construir su obra: los archivos de Lombardo, Gómez Morín, Palacios Macedo y Vázquez del Mercado; entrevistas con los tres últimos más Cosío Villegas y otros y, desde luego, la presencia obligada y necesaria de la hemerografía de la época y la bibliografía de los propios hombres que sirven de tema a *Caudillos culturales...* Sobre todo, el material de los archivos es el que le permitió al autor poder recrear las actitudes de ese grupo de hombres ante la realidad que les tocó vivir y transformar. Las cartas de Gómez Morín y Vasconcelos, por ejemplo, son de una riqueza tal que hizo bien Krauze en reproducirlas generosamente para que el lector participe de cuestiones que a veces sólo los investigadores pueden llegar a conocer. La relación de Krauze con esos archivos fue determinante para el buen resultado de su libro.

La estructura del libro la proporcionan dos biografías —Lombardo y Gomez Morín— que arrancan, en el caso de Lombardo, desde que su abuelo emigró de Italia, y en el de Gómez Morín, desde su primera infancia al lado de su madre —"ángel tutelar"— en Batopilas, Chihuahua. La biografía de los dos caudillos llega hasta principios de la década de los treinta, es decir, no es una biografía completa, sino que

se queda al final de la juventud o al principio de la madurez, cuando ya se ha cerrado una etapa en la trayectoria de los dos personajes y en la de quienes aparecen en torno a ellos. Para precisar, el libro llega hasta el momento en que Gómez Morín deja de colaborar con el Estado —antes de su rectorado, uno de los más importantes en la historia universitaria—, pasada ya la experiencia generacional de 1929. En cuanto a Lombardo, ya no se recoge su intensa actividad de líder sindical en los años treinta, tema de otra investigación.

Krauze llama la atención acerca de la naturaleza de la biografía. Recuerda que Alfonso Reyes pedía más heroicidad a un biógrafo inglés decimonónico, añorando los modelos helénicos. Se pregunta Krauze por la actitud de don Alfonso frente a las biografías de Marx, Engels, Lenin y Bakunin narradas por Edmund Wilson en *Hacia la estación de Finlandia*, donde el tratamiento que da el autor a sus personajes llega a la medida humana más cabal, por cuanto que prescinde de la mínima dimensión heroica posible. Krauze sigue esa línea. Siempre trata con admiración y respeto a sus personajes, pero nunca los eleva a un rango deshumanizado, es decir, heroico. Ésa es una de las mayores virtudes del libro. Sin llegar al abuso psicoanalítico, se muestra cómo la infancia temprana está presente en las actividades vitales de los personajes, cómo las figuras del abuelo y de la madre configuran la acción de Lombardo y Gómez Morín, respectivamente.

Después de vivir dentro del ámbito señalado por la familia, los dos entran —en 1915— en contacto con el Maestro, un predicador-profesor, que fue Antonio Caso. Después, su relación con otro caudillo cultural, Vasconcelos, que, al igual que Caso, les refrenda la actitud que más los definió: el apostolado. Junto con la vida de los otros miembros de la generación, Krauze recupera para el lector la experiencia de un subsecretario de Hacienda y de un gobernador que no habían cumplido treinta años y que eran capaces de transformar lo que tenían enfrente. Y después de recorrer las grandes experiencias formativas que les dieron los años veinte mexicanos, Krauze deja al lector con los dos apóstoles, Gómez Morín en la soledad a la que lo emplazó la experiencia de 1929, y Lombardo predicando el socialismo mientras caminaba con sus discípulos de San Ángel al Zacaltépetl. Dos vidas paralelas en lo más íntimo y divergentes en sus actos externos. Se entiende bien por qué Lombardo y Gómez Morín, siendo los más parecidos de la generación, hubieron de recorrer separadamente sus caminos.

Caudillos culturales... termina con una reflexión en donde el paralelismo de esas dos vidas es cotejado y que constituye, además, una reflexión seria y penetrante sobre los intelectuales y el Estado, no en

el tono de la generalización sociologizante sino referida a lo específico de algunas experiencias vividas dentro de un medio y una circunstancia muy concretos: el nuevo Estado surgido de la Revolución Mexicana que asimiló, en plan de caudillos culturales, a jóvenes tan diferentes a los caudillos no culturales y como éstos dejaron a aquéllos hacer tantas cosas y llegar a tantas alturas.

Sin ningún aspaviento metodológico, sin adherirse etiquetas definitorias, Enrique Krauze da al lector un libro nuevo dentro del género más tradicional de la historia que es la biografía. Una biografía colectiva en la cual no se incrustan presencias metahistóricas sino en una medida propiamente humana.

Don Daniel, el imprescindible[5]

El historiador norteamericano Hugh Hamill se preguntaba en un importante congreso celebrado en 1969, en Oaxtepec, Morelos, qué habían hecho los historiadores académicos en relación con el cultivo de la biografía. Entonces, como ahora, todo parecía indicar que era un terreno que el historiador había cedido al hombre de letras por manifiesto desinterés en insistir en el relato de la vida de un solo hombre, acaso temeroso del anatema que se le podía lanzar desde la trinchera de la historia estructural, sociológica, marxista, consistente en recordarle que lo de Carlyle pasó ya hace mucho tiempo. Para un medio como el nuestro, que se deja empobrecer por actitudes, pero que se resiste a hacerlo por sus realizaciones, la biografía dejó de ser asunto del historiador académico, con las saludables excepciones de quienes no se arredraron ante lo que pudo haber sido la renuncia a la práctica biográfica y la entrega del género a otros especialistas.

El medio historiográfico mexicano permaneció marginado a ecos de polémicas internacionales, así como a realizaciones magistrales en este campo que, dicho sea de paso, es el que mayores vasos comunicantes ha tenido entre los historiadores y los lectores. Las soluciones de los biográfos a dos objeciones importantes que se marcan a sus tareas: carencia de cientificidad e insistencia en el individualismo, implicaron recaídas extremas, o bien ofrecieron logros extraordinarios. En el primer caso, por ejemplo, la cientificidad ha tratado de ser salvada por el psicoanálisis. Se ha hecho referencia, con justicia, a que

[5] Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual*, México, Joaquín Mortiz, 1980, 320 p. (Confrontaciones. Los críticos).

obras como la del reputado psicoanalista Erik Erikson sobre Lutero no es historia sino el psicoanálisis de un personaje histórico, es decir, como señala acertadamente Jacques Barzum, el objeto de la ciencia es distinto, así como las explicaciones: no es historia, es psicoanálisis diacrónico. Con todo y lo respetable que es Erikson y a la luz que su investigación arroje, no es historia, ni el historiador debe abandonar sus recursos propios y convertirse en psicoanalista. El libro extraordinario a que he hecho referencia es el del desaparecido periodista, escritor e historiador polaco-inglés Issac Deutscher, con sus libros magistrales sobre Trotsky y Stalin. En ellos se muestra cómo se entreteje el individuo en las estructuras y cómo la historia de la persona es significativa en la historia de la estructura.

Mientras que en otras latitudes la biografía sigue revelando contribuciones individuales a la historia de sus pueblos y cómo la historia de los pueblos conforma individualidades, en México apenas José Fuentes Mares ha insistido lo suficiente en el género, así como Enrique Krauze, con su libro de biografías colectivas, donde aparece el relato-explicación del quehacer de la generación de 1915, en el que los factores individuales, psíquicos (que no psicoanalíticos), formativos, escolares, históricos, aparecen en función del cotejo entre México y los siete (o más) sabios técnicos de la Revolución Mexicana. Otras muestras del rescate de la historia de personas aparece en los apoyos biográficos que desarrolla Héctor Aguilar Camín en *La frontera nómada*, para ubicar al grupo Sonora en sus años formativos, "antes del reino", que permiten apoyar explicaciones sobre el propio reino. Finalmente, Luis González, en dos dimensiones: la colectiva y la individual, por una parte pasa revista a la gente que contribuyó a la Revolución, de acuerdo con sus perspectivas de oriundez tanto generacional como regional (donde se da cabal cumplimiento a dos obsesiones históricas del autor) y, por otra, se indaga la trayectoria formativa del "epónimo del sexenio", Lázaro Cárdenas. Los libros mencionados aportan elementos básicos para dejar asentada la legitimidad del género como tal y del apoyo que la biografía da de hecho a la historia. Se le puede contestar a Hugh Hamill, trece años después, que los académicos han retornado a la biografía, aunque todavía son pocos y queda muchísimo trabajo por hacer.

Todo lo anterior es un rodeo, o mejor, un marco, para llegar al examen de la más reciente aportación de un historiador académico al género: el libro de Enrique Krauze sobre don Daniel Cosío Villegas, subtitulado, "una biografía intelectual".

La obra surgió de dos fuentes, por lo menos. Una de ellas es la que dio el marco de referencia que constituyó la primera obra de Krauze,

Caudillos culturales en la Revolución Mexicana, donde aparece Cosío y su generación y, la otra, la relación estrecha del autor y el biografiado, quien en los últimos años de su vida concedió alrededor de una treintena de entrevistas autobiográficas a Krauze. El autor, además, tuvo acceso al archivo particular de don Daniel y al de personas muy cercanas donde obtuvo una documentación irreprochable. Por otra parte, don Daniel Cosío Villegas fue un hombre que merecía tener un biógrafo, a pesar de haber escrito él mismo unas *Memorias*. Krauze consideró bien esto último, como consta en las propias páginas de la biografía y en la reseña que publicó cuando las *Memorias* de don Daniel aparecieron. De hecho un libro no excluye al otro, se complementan de una manera total, en la medida en que las explicaciones que se dan sobre la misma vida difieren por razones obvias. Ambos libros justifican plenamente la necesidad de conocer lo que en ellos se narra, la vida de Cosío Villegas bien vale la pena y aun puede dar lugar a más, si no biografías, sí textos que analicen aspectos de su trayectoria intelectual difíciles de ser agotados. En suma Krauze tuvo un gran tema, documentado de una manera magnífica.

La biografía intelectual de Cosío Villegas se divide en doce capítulos correspondientes a doce tramos significativos de la trayectoria vital de don Daniel. Cada uno de ellos constituye una estación a la que se llega con posibilidades amplias de ver todo lo que hay alrededor. Krauze entreteje de manera espléndida la vida de su biografiado con el contexto histórico que le corresponde. El contexto no es simplemente un marco de referencia sino algo que tiene su propia dinámica histórica, de manera que se puede ver la situación antes y después de la incidencia de don Daniel dentro de ella y la manera como esa experiencia se reflejó en la vida de Cosío.

El punto de partida lo da la figura paterna de don Miguel Arcángel Cosío Soberón quien marcó en su hijo una infancia espartana, al decir de Luis González. El manejo que hace Krauze del caso no lo lleva a una suerte de psicoanálisis fácil, sino a establecer la explicación de muchas actitudes típicas del biografiado. En cuanto a la recreación histórica de los aspectos donde se desarrolló la vida de Cosío, es de fundamental interés el dedicado al Fondo de Cultura Económica, en el cual Krauze hace la historia de la institución, tanto de la manera como la administraba Cosío, como de su impacto en el desarrollo y madurez de la industria editorial mexicana: su aspecto empresarial y en el intelectual. Capítulo muy bien llevado, deja constancia de lo que significó en la vida de Cosío, de lo que significó la vida de Cosío para el Fondo y del significado del Fondo en la cultura mexicana. El

análisis del catálogo y de la relación de éste con su mercado, así como la incidencia de los intelectuales-productores, da pautas a seguir en la elaboración de la hasta hoy inexistente historia de la industria editorial mexicana.

La historia intelectual, entendida como la relación entre el medio histórico y las ideas, adquiere su mejor dimensión en el capítulo octavo: "El liberal de museo" y se complementa con el análisis posterior sobre la actividad de don Daniel como historiador. Con esos elementos, Krauze establece el marco que permite entender tanto al historiador de microscopio, el de la *Historia moderna*, como al moralista, el autor de ese interesante alegato contra los críticos Sierra y Rabasa, en defensa de la Constitución de 1857. Con ellos se complementa el último don Daniel, el de los cuadernos de Joaquín Mortiz, conciencia crítica del sistema y del sexenio 1970-1976, "último don Daniel", que ya en 1947 había dado el gran diagnóstico y en su indispensable texto "Justificación de la tirada", su gran testamento intelectual. Este último es acaso el que hizo a Krauze tanto biógrafo de Cosío como de la generación de 1915.

De regreso al punto de partida, Enrique Krauze, historiador académico, se ha convertido en el mejor exponente del género biográfico. Lo es por y a pesar de lo académico. El "por" se refiere al rigor, a la buena selección temática, al conocimiento profundo y certero de sus fuentes y a la magnífica percepción de las actitudes. Asimismo, a la más que correcta inserción del personaje en la historia. El "a pesar" se refiere a que Krauze abandona la academia en su expresión. Su libro está muy lejos del típico producto *scholar*, no es exhaustivo, no es solemne. El libro está escrito para todos y no para "media docena de colegas". Por esto último (y desde luego por muchas otras cosas) la dedicatoria a Luis González cobra mucho sentido. No es un texto esotérico.

Krauze fue siempre consciente de su simpatía por su tema de estudio. El último capítulo es reflexivo, se vuelve sobre sí y aparece el autor levantando datos sobre Cosío, grabando conversaciones, de la misma manera en que aparecía Francesco Rossi filmando *El caso Matei*. De hecho la biografía termina antes, en el capítulo undécimo y el último es la reflexión, la gran conclusión, la recapitulación necesaria. Ahí se recuperan muchas cosas que fueron quedando a lo largo de todo el libro. Ahí se aprecia la honestidad intelectual de Krauze, de un biógrafo que puede, a pesar de la gran admiración por Cosío, señalar defectos, diferencias; decir que la distancia era el mejor elemento para mantener viva la amistad con don Daniel.

El género biográfico en México está en buenas manos. La lectura de *Daniel Cosío Villegas: una biografía intelectual* enseña más sobre la

historia que muchos textos pseudoestructurales y da legitimidad plena a la historia de las personas.

¿Cultura revolucionaria?[6]

El análisis de la polémica de 1925, que emprendió Víctor Díaz Arciniega, en lugar de optar por el título guzmaniano de "querella" también hubiera podido tener el aroniano de "el opio de los intelectuales mexicanos", pero, en realidad es preferible el primero, definitivo. ¿Qué es este libro? En primer lugar, el resultado de una investigación hemerográfica consistente en la revisión de los periódicos capitalinos desde noviembre de 1924 hasta el final de 1925 y de los cuales se extrajo una amplia gama de opiniones acerca de la literatura y de la Revolución.

Si se quiere filiar este libro dentro de algún campo de estudio, el más indicado es el de la historia intelectual, es decir, aquella que, si bien se encuentra muy cerca de la historia de las ideas, no se centra propiamente en ellas, sino más bien el cotejo de las ideas y las actitudes con la realidad circundante. Esta realidad circundante, en el caso mexicano, es la impuesta por el Estado. De hecho parece ser imposible hablar de historia intelectual sin tener al Estado nacional como algo más que un telón de fondo, es el escenario y tal vez aun la mayor parte del lunetario. La referencia al Estado es no sólo necesaria, sino absolutamente obligatoria.

De esta manera, el libro de Víctor Díaz Arciniega no podía permanecer en el plano de la crítica literaria. De hecho no es un libro de crítica literaria, sino, como dije arriba, de historia intelectual, lo cual implica ser de historia política y de historia de las ideas. El año de 1925 es clave para ilustrar la relación entre ideas y realidad política. Es, de hecho, el año del advenimiento de Plutarco Elías Calles al poder, ya que asumió la banda presidencial en diciembre de 1924, y resulta año clave, distinto de los anteriores y posteriores, por la sencilla razón de que el '24 fue ante todo el año de la rebelión delahuertista y el '26 el del inicio del conflicto religioso. 1925 está en medio de dos años de convulsión militar, asimilando lo sucedido en el anterior y preparando lo que vendrá después.

La situación de Calles no era fácil. Se encontraba atrapado entre Álvaro Obregón y la impopularidad. Requería de legitimación más

[6] Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura "revolucionaria" (1925)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 206 p.

que nadie. Con la derrota y exilio de De la Huerta y sus partidarios se va la posibilidad de ejercer una política conciliadora, como la que se llevó a cabo en el segundo semestre de 1920. Pero también se fue un contingente al que resultó fácil calificar de "reaccionario" para así legitimar al presidente de la República y su política a la cual se le fue dotando de un ser auténtica y claramente revolucionaria. La Revolución estaba encarnada por Calles y su régimen.

Cabe hacer la aclaración de que en los años que van de 1917 a 1924 la retórica revolucionaria no había hecho acto de presencia, sino apenas en forma muy limitada o discreta; no había llegado a la cima estatal, entre otras cosas porque no había sido necesario en regímenes acaudillados por figuras de alcance nacional y más protagónicas de la Revolución armada. Si bien tanto Carranza como Obregón deslegitimaron a sus adversarios, no necesitaban ungirse con el incienso revolucionario porque no les hacía falta. Carranza quería la pacificación y Obregón el equilibrio. En sus políticas culturales, en el caso del primero simplemente no había y en el del segundo se llevó a cabo un gran experimento; la imaginación llegó al poder y se pusieron en práctica acciones que tenían fines bien determinados los cuales no necesitaban ser dotados del ser revolucionario. Para 1925, y en la medida en que no habría continuidad en la política cultural, lo que se hiciera debía estar ungido con la esencia de la revolucionariedad.

Es un acierto de Díaz Arciniega haber encontrado entre sus apoyos un artículo muy importante de Guillermo Palacios, publicado en la revista *Historia Mexicana* sobre "Calles y la idea oficial de la Revolución Mexicana" y su tesis, lamentablemente inédita, que bien podría llamarse, al modo o'gormaniano: "La invención de la Revolución Mexicana". No es que esto haya acaecido precisamente en 1925, sino desde luego en el momento en que se empezó a tener idea de la realidad revolucionaria, digamos desde el célebre aserto de Luis Cabrera ("la revolución es la revolución"), pero en 1925 la invención de la Revolución fue algo definitivo. Ser revolucionario o no ser. Y creo que debo aclarar que si hablo de la invención lo hago en un sentido rigurosamente heideggeriano, como O'Gorman lo hizo con la de América. Es decir, me refiero a la dotación de sentido a un ser histórico: "sólo lo que se idea es lo que se ve; mas lo que se idea es lo que se inventa", según expresa el epígrafe de la primera parte del libro de O'Gorman en la edición de 1958, tomado del autor de *Ser y tiempo*.

Ahora bien, en 1925 la Revolución era algo vital para el callismo, mientras que para Obregón era algo natural, un hecho histórico que él, como caudillo, había protagonizado y que en su ascenso al poder

había aglutinado a bandos antes en pugna, como los zapatistas, cuyos ideólogos prestaron grandes servicios al obregonismo. Tocaba ahora su turno a Morones y la CROM y era necesario recoger la revolucionariedad para que Calles se convirtiera en su gran abanderado e intérprete. Entonces, precisamente cuando muchos revolucionarios habían dejado de serlo, como bien lo mostró Hans Werner Tobler en otro artículo publicado hace años en *Historia Mexicana*, era indispensable levantar la antorcha de la Revolución, apoderarse de ella y descalificar al enemigo como ajeno y adverso a ella. Esto es, entro otras cosas, la polémica de 1925 según la pudimos leer en el libro de Víctor Díaz Arciniega, *Querella por la cultura "revolucionaria" (1925)*.

Otro aspecto por el cual 1925 resulta crucial es porque en él se inicia una nueva política cultural en el manejo de la Secretaría de Educación Pública. Si bien José Vasconcelos se había retirado desde junio de 1924, su sucesor, el doctor Gastélum, no había hecho sino continuar los programas de su ilustre predecesor. En cambio, con el advenimiento de Puig Cassauranc, apoyado primero por Gamio y después por Moisés Sáenz, sí cambian las cosas. Esto es tratado en la primera parte del apéndice del libro ahora comentado. Para el nuevo gobierno era vital legitimar con la retórica revolucionaria el cambio de la política cultural animada por Vasconcelos, la cual, a su vez, le había dado al régimen de Obregón su mejor carta de presentación. Pero para el gobierno de Calles era necesario erradicar toda huella vasconcelista, porque su impulsor era un hombre independiente y, por lo tanto, peligroso. Era necesario convertirse en el único elemento que podía determinar qué era y qué no era la Revolución. Y para ser revolucionario era menester escribir literatura revolucionaria y enseñar derecho revolucionario.

En efecto, el libro de Díaz Arciniega rompe los límites impuestos por la historia de la literatura para relacionar la tarea de poetas, ensayistas y novelistas con la de otros intelectuales, entre los que caben los profesores de la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. La segunda parte del apéndice del libro recoge la polémica surgida a raíz del cese de profesores del antiguo régimen, entre ellos Eduardo Pallares y Miguel S. Macedo, porque no eran revolucionarios. Ello puso de manifiesto la inseguridad de un régimen que proclamaba que no había más ruta que la suya y también el descontento que causaban medidas arbitrarias como ésa. También puso en el tapete de la discusión el ejercicio de una crítica despiadada por parte de elementos antirrevolucionarios como Nemesio García Naranjo, quien más que ningún otro intelectual —fallecido ya el viejo Bulnes— censuró la arbitrariedad revolucionaria.

Todo eso era parte de un mismo discurso y todo eso está íntimamente relacionado con las expresiones acerca de la necesidad de una literatura más viril. Todo eso está expresado en la fórmula interpretativa de Díaz Arciniega del nacional populismo, fórmula que expresa cabalmente las aspiraciones reales de un Estado manipulador de la acción cultural. Todo eso expresa, también, la ingenuidad de una izquierda que por años sería el soporte de un Estado que la toleraba excepto cuando ella quería ir más lejos y entonces la reprimía. Así, mientras los revolucionarios eran cada vez más antirrevolucionarios, crecía la cultura de la Revolución cada vez más viril, demagógica, nacional-populista, retórica y marginadora de todos los esfuerzos independientes que tenían que ir contracorriente para afirmarse por sus propios valores.

El Estado, por su parte, salió ganando en el sentido en que se convirtió en el recipiendario de todos los aspirantes a dirigir algo. Se inició lo que Díaz Arciniega recoge del folclor político mexicano: la frase de César Garizurieta que conviene restituir a su original expresión de juego de palabras: "vivir fuera del erario es vivir en el error". (Todos dicen "presupuesto" en lugar de erario, que es como me la refirieron.) No todos fueron intelectuales orgánicos, muchos fueron intelectuales-burócratas, si cabe, y muchos de ellos dejaron de ser lo primero, es decir, intelectuales. El callismo, con Morones, no sólo corrompió al movimiento obrero, sino que con Puig Cassauranc también lo hizo con los hombres de pluma.

La necesidad de legitimación llegó a extremos con la legislación reglamentaria del artículo 130 que provocó una guerra muy dolorosa. Ser revolucionario consistiría más en afectar las superestructuras, ya que la infraestructura de los revolucionarios era buena tierra bien regada, propiedad de ellos.

Volviendo al libro de Díaz Arciniega, en él se asiste a un momento fundamental de la invención de la Revolución Mexicana al pasar revista a un gran número de opiniones provenientes de todas las posiciones políticas e intelectuales vivas en 1925. Año crucial, en él concurren los viejos porfirianos (Salado Álvarez), los ateneístas de todos los signos (Vasconcelos, Silva y Aceves, García Naranjo), la generación de 1915, contemporáneos, estridentistas, socialistas, en fin, todos los ahí presentes —lo que quiere decir que había algunos ausentes, con opiniones potenciales muy interesantes.

El manejo de la información, su ordenamiento y análisis y los apoyos en los que se sustenta hacen de este breve libro una lectura rica, aparte de obligada, para conocer la historia de la cultura mexicana del siglo XX, la cual si bien cuenta con visiones panorámicas como la em-

prendida por Carlos Monsiváis dentro de la *Historia general de México*, requiere de análisis meticulosos como el de ahora, o como el llevado a cabo por Guillermo Sheridan sobre los *Contemporáneos ayer*, o como los de Luis Mario Schneider sobre los estridentistas, o el recientemente aparecido de Claude Fell sobre *José Vasconcelos, los años del águila*, 1920-1925, excelente marco de lo que Díaz Arciniega puntualiza en su *Querella*. Para concluir este comentario, el epígrafe de Heidegger que abre este libro: "la historia de la literatura debe volverse historia de problemas", está muy bien logrado. La *Querella por la cultura "revolucionaria"* se sale de la literatura para recuperar el problema de la superestructura en 1925 y su disparadero hacia todo su devenir.

La Revolución en la pantalla y en la escena

Pancho Villa como ente histriónico[1]

Historiador del cine mexicano, sobre todo en su etapa silente, Aurelio de los Reyes ofrece a los lectores, por segunda ocasión, su *Con Villa en México*, libro que destaca por la profusión de material gráfico desconocido hasta 1985, año en que esta obra apareció por primera vez. Además de haber hecho la historia del cine y seguirla haciendo, de ser profesor que interesa a las nuevas generaciones en sus hallazgos, De los Reyes también ha destacado como uno de los mejores "iconólogos" —si se me permite el término— de la Revolución Mexicana. Son ya muchas las colecciones cuyas ilustraciones han sido seleccionadas por el buen ojo de Aurelio. Cabe señalar, entre otras, la *Historia de la Revolución Mexicana*, de El Colegio de México, y las *Biografías del poder*, de Enrique Krauze. Es, pues, justo que ejerciera lo propio en un libro suyo, que no se limita a tener muchas ilustraciones inéditas, sino a presentarlas dentro de una excepcional arquitectónica que nos remite a las vistas cinematográficas que las generaron, y desde luego, sin perder el rigor cronológico de las secuencias temporales. Si se me vuelve a permitir no un término arbitrario, sino un disparate, podría decir que el libro es una película inmóvil. Acaso debiera haber usado, en lugar del término historiográfico arquitectónica, el cinematográfico montaje, ya que el libro lo tiene, dada su concepción de filme estático, de filme-libro.

El argumento es el general Francisco Villa, cuya imagen atrajo la mirada de diversos tipos de informadores norteamericanos, ya sean periodistas de la talla de John Reed, quien, gracias a la dedicación de Jorge Rufinelli, puede ser leído en su vertiente de reportero de la Revolución Mexicana, aparte de su clásico *Insurgent Mexico*, ya sean camarógrafos o, en general, cineastas, que sintieron la necesidad de

[1] Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México. Testimonios de camarógrafos norteamericanos en la Revolución*, 1a. reimp., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas-Filmoteca de la UNAM-Secretaría de Gobernación-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1992, 411 p., ils.

presentar al público, en exclusiva, las auténticas vistas de las batallas que comandaba el *Centauro*. Así, el libro nos ofrece un amplio repertorio de imágenes logradas por los camarógrafos norteamericanos, pareadas con una larga serie de testimonios hemerográficos del tiempo, referidos a las campañas de Villa, entre los cuales hay muchos del ya citado John Reed. Se trata, en suma, de una obra documental, testimonial, sobre la Revolución Mexicana, en la que se conjugan la imagen visual y el texto informativo-recreativo, de lo que estaba sucediendo en el norte de México. Como buen libro de historia, está precedido de un amplio estudio introductorio en el que se esclarecen muchos elementos y, con gala de buena crítica, se despejan dudas y mitos, como por ejemplo, el relativo a la mala memoria del cineasta Raoul Walsh, quien en sus recuerdos incurre en muchos errores y falsedades que Aurelio de los Reyes despeja y ubica.

Quiero aprovechar esta presentación para hacer un paréntesis reflexivo desde el ángulo de la teoría de la historia, acerca del significado del cine en la investigación histórica.

El desarrollo del cinematógrafo entusiasmó, por igual, a cineastas y a historiadores. Pronto, unos u otros se decepcionaron. Recuérdese la ingenuidad de D. W. Griffith cuando en *El nacimiento de una nación* presenta sus "facsímiles" históricos en los cuales pretende una reconstrucción de escenas históricas tal y como verdaderamente ocurrieron. Pasado el tiempo, ni el público más ingenuo puede aceptar dichos facsímiles, que dicho sea de paso, parecen escenas propias de museo de cera. Ya en 1930, el demógrafo mexicano Gilberto Loyo, autor de un interesante folleto titulado *Sobre la enseñanza de la historia*, al discutir las enormes ventajas del apoyo cinematográfico como elemento didáctico, distingue entre el cine "documentario" y el de reconstrucción. Se hace eco de políticas adoptadas en 1928 por M. Lheritier, presidente del Comité Internacional de Ciencias Históricas, para apoyar la conservación de películas en las que se registren hechos importantes del presente, que sirvan al futuro historiador para su examen. En uno de los ensayos que conforman el folleto, Loyo llega a afirmar que el cinematógrafo es para el siglo XX lo que la epigrafía para la historia de la Antigüedad.

Reproduzco un párrafo de Loyo:

> Es indiscutible que los historiadores y los profesores de historia deben interesarse por el cinematógrafo; lo es también que éste puede servir ampliamente a la documentación histórica. El cine puede servir para fijar numerosas escenas dignas de ocupar un sitio en lo his-

> tórico: los sucesos oficialmente históricos (fiestas nacionales, actos solemnes, etc.); también los diversos acontecimientos variados e imprevistos cuya síntesis constituye la vida moderna (manifestaciones, asambleas, huelgas, etc.); las escenas de costumbres que nos muestran la vida de lejanos pueblos; los espectáculos diarios que ofrece la actividad humana (industrial, comercial, agrícola, intelectual, etc.); así como los espectáculos que los fenómenos naturales ofrecen (mareas, terremotos, inundaciones erupciones, etc.).

Durante la Guerra se tomaron abundantes cintas cinematográficas, de inapreciable valor, por los servicios cinematográficos de los ejércitos contendientes.[2]

Y, agrega Loyo, más adelante:

> Cuando el cine hace estas pretendidas reconstrucciones históricas, es divulgador de errores o mentiras históricas. Si el cine se abstiene de estas llamadas reconstrucciones, y se limita a hechos posteriores a la fecha de su invención, renunciando a las películas históricas y a escenarios históricos anteriores al siglo XX, dejará de ser difusor de lo falso y lo erróneo. Por más cuidados que se tengan, la historia se falsea en el cine que pretende reconstruir; por más esfuerzos que se hagan la resurrección es imposible. Es diferente si se trata de colocar una novela, una ficción en un escenario de época pasada; en este caso es deseable la cooperación de los historiadores con los autores cinematográficos.[3]

Las citas de Loyo ilustran la pérdida de la inocencia cinematográfica, a la vez que animan la utilización del cine como un espléndido auxiliar en la investigación histórica. Sin embargo, su entusiasmo y el de M. Lheritier no tuvieron eco inmediato en el de por sí conservador gremio de los historiadores, siempre escépticos en lo que se refiere a innovaciones. No obstante, la coincidencia de lo expresado en esos años con el nacimiento de la prestigiada revista *Annales* —justo en 1929—, que a la larga jugará un papel importante en la aceptación y el uso del cine como elemento fundamental en la reconstrucción histó-

[2] Gilberto Loyo, *Sobre la enseñanza de la historia. Los aspectos de la evolución económica y la enseñanza de la historia en las escuelas secundarias de México*, México, Talleres de la Secretaría de Agricultura y Fomento, 1930, 61 p., p. 40. Reproduzco el folleto en *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Fondo de Cultura Económica, 1999, 480 p. (Sección de Obras de Historia), p. 289-315.

[3] *Ibidem*.

rica, no es mera casualidad. Pero tuvieron que transitar por el mundo varias generaciones de historiadores hasta llegar a las actuales, que han demostrado saber mirar el cine tanto como una epigrafía y como una retórica, es decir, como fuente y como una suerte de historiografía de la cual es posible extraer muchas cosas. En sus investigaciones, Aurelio de los Reyes ha sabido dilucidar la dialéctica sociedad-cine-sociedad, es decir, cómo el cine expresa y retrata la vida social para después ejercer influencia en ella, en la vida cotidiana, en las costumbres. Por su parte, en una temática semejante a la del libro que hoy nos ocupa, Margarita de Orellana ha leído las propuestas cinematográficas en torno a la Revolución, al villismo, como historiografía paralela.

Volviendo al libro de Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México*, el sueño de Loyo se cumple. El material elaborado en los años de la lucha armada por los camarógrafos norteamericanos resulta ser un excelente complemento para la reconstrucción en vivo de escenas reales e inclusive de ficción, pero hechas por protagonistas auténticos de la historia del villismo. Finalmente, el siglo XX, a diferencia de los anteriores, puede darse el gusto de ver en movimiento a muchos de sus protagonistas, tanto líderes como masas.

En *Con Villa en México* podemos ver Ojinaga, la batalla de Torreón, un intermedio en el que se da amplia relación de vistas de la Revolución en noticieros norteamericanos, escenas de la vida de Pancho Villa y culmina con tomas relativas a Columbus. El aparato crítico y complementario nos da abundante información contextual para valorar con amplitud el material gráfico.

Libro para historiadores, para cineastas y cinéfilos, para el público en general, interesado en la historia mexicana, *Con Villa en México* ofrece una rica perspectiva en el conocimiento de hechos históricos relacionados con otros hechos también históricos: los cinematográficos y dentro de éstos, los que pertenecen propiamente a la historia política-militar y social de la Revolución Mexicana.

¡Ay qué tiempos, señor Obregón![4]

Después de un intervalo de doce años —tomando en cuenta las fechas de pie de imprenta— aparece el segundo de los tres volúmenes que Aurelio de los Reyes ha consagrado a la investigación de la in-

[4] Aurelio de los Reyes, *Cine y sociedad en México 1896-1930. Bajo el cielo de México. Volumen II (1920-1924)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1993, IX + 409 p., ils.

teracción entre cine y sociedad en México, durante el tiempo en que el arte cinematográfico era silente. Como el anterior, es un libro de gran formato, profusamente ilustrado con fotografías provenientes de las propias películas estudiadas, de diarios y revistas y de archivos. Muchas de ellas eran inéditas. El nuevo libro se complementa con uno, de formato menor, dedicado a rescatar la filmografía de la época, cuya originalidad es definitiva. Pese a que es equivalente al fichero del primero, se puede leer de manera independiente, ya que se trata de una obra de carácter informativo sobre un objeto de estudio que se ha investigado muy poco. A pesar de su tamaño modesto, es una aportación por sí mismo.

Desde luego, la obra mayor es la que reclama toda la atención. Se trata, como ya quedó dicho y como fue establecido desde el volumen primero, de la relación sociedad-cine-sociedad. Es decir, la premisa de la que se parte implica que el cine se nutre de la realidad social y que revierte hacia ella, formando una serie de círculos concéntricos. Así, por ejemplo, una acción particular, proveniente de un contexto histórico-social determinado, al ser captada por el cine, ya sea como documental o como representación artística, se universaliza y llega a ámbitos distintos a aquel que los originó, convirtiéndolos en modelos e incluso en paradigmas, estereotipos, mitos.

Para emprender el trabajo, Aurelio de los Reyes parte en esta ocasión del contexto que le proporciona la historia política, esto es, el arribo de los hombres de Agua Prieta al poder, con los gobiernos de los dos primeros vértices del triángulo sonorense: Adolfo de la Huerta y Álvaro Obregón. Si bien en el primer libro el Porfiriato y la Revolución son el gran fondo contextual, no deja de llamar la atención la acotación precisa a los ejercicios del poder de los dos sonorenses, con lo cual se espera que el próximo implique al gobierno de Calles y el principio del Maximato.

La situación se explica pronto, porque no se trata de una historia formal de los gobiernos sino la de los imaginarios que producen en el género chico, desde luego en el cine y en la prensa. Los títulos de los capítulos provienen de obras cinematográficas o de otros géneros de representación. Así se inicia la obra con "los tres alegres compadres" y prosigue con "la huerta de don Adolfo", para más adelante abordar "el jardín de Obregón" y concluir con "Mi candidato", que es el preámbulo y desarrollo del rompimiento entre los sonorenses y la rebelión delahuertista. En otro tenor, hay capítulos de política social, como "Río Escondido", sobre la educación y "Bolshevikismo", sobre los trabajadores, donde hace aportaciones interesantes sobre la doctrina social

de la Iglesia católica. En ellos está la circunscripción política del libro y lo que se desprende de ella en la imagen recuperada. La sociedad, en su mayor amplitud, aparece en "La muerte enamorada", concierto de autoviudas, "Cuando la patria lo manda", de asunto nacionalista, directamente relacionado con la política de exhibición cinematográfica, "Bajo el cielo de México", que recoge temas diversos propuestos por la imagen, "Madre querida", donde predomina la presencia de la mujer y "Revista Olimpia", referido a lo que veía la gente en la pantalla y cómo se veía la gente de entonces en sus diferentes versiones y actividades. De manera esquemática, tal es el contenido del libro. Además de la acotación temporal, la espacial es prácticamente la ciudad de México, como el propio autor lo reconoce en su introducción. Asimismo, es cierto que los capítulos podrían ser, cada uno de ellos, un libro independiente. Afortunadamente se encuentran reunidos y relacionados entre sí.

Otra nota digna de mención es que, contrariamente a lo que podrían hacer otros investigadores de temas extraños a la realidad política y social, Aurelio de los Reyes no se va por el camino fácil de estudiar sus contextos en fuentes secundarias y sólo remitir su objeto directo —el cine— a las primarias. Contrario a esa suerte de tipificación, su investigación es igualmente original, es decir, basada en fuentes directas, para lo uno y lo otro. Claro que tiene apoyos, pero predomina el trabajo directo. La pertinencia de la prensa como fuente mayoritaria la determinan los temas tratados. Llama la atención lo que aporta de conocimientos sobre los ámbitos político y social, así como en el plano interpretativo.

Lo que podría captarse como estructura profunda del texto es la ya descrita interrelación entre la imagen y la realidad. Eso lleva al autor, y él, a su vez al lector, a una realidad más cotidiana que la del historiador de la política y más real que la del historiador de la sociedad que tiende a abstraerla. Sin estar adscrito formalmente a una tendencia definida de la historia de las mentalidades, los interesados en ella tienen en este libro una buena muestra de ella en la primera mitad de los años veinte. Aunque —insisto— no es una historia de las mentalidades ni mucho menos de la vida privada. Es un puente entre ellas y la esfera pública, la esfera de lo que trasciende de la una hacia la otra, en los dos sentidos, de lo público a lo privado y de lo privado a lo público. Me explico: el interesante capítulo de las mujeres que deciden acabar con la vida de novios o esposos es una historia de una relación privada que llega al dominio público principalmente por la prensa. Se convierte en un espectáculo al igual que la acción de los

gobernantes, de quienes se querría saber lo más recóndito. El seguimiento de los casos hace que se indague sobre los orígenes o "causas" y se presenten los entramados típicos: exposición-nudo-desenlace, que un público ávido sigue como si se tratara de una representación. En otros capítulos, el entramado narrativo es sustituido por el repaso de tipos y estereotipos, la madre, el obrero, el maestro, el político, etcétera, a veces en acciones, a veces en sí mismos. Con ello se puede asistir a una enorme galería de distintos mexicanos de la época de Obregón y de acciones sucedidas en ella.

En cuanto al estilo del autor, en una ocasión anterior lo definí como barroco, partiendo de la idea que comunicaba Francisco de la Maza en sus lecciones, como "horror al vacío". No es que Aurelio de los Reyes sea barroco en su forma de escribir, porque de hecho no lo es, es barroco por su horror a dejar sin llenar el hueco mínimo. Su acercamiento a las fuentes es modelo de acuciosidad y de obsesión. No quiere que ningún tema quede desprotegido. Otro rasgo estilístico de los libros del autor es su concepción fílmica de ellos. En su manera de organizarlos, se puede hablar de montaje. La manera como comunica los resultados de sus investigaciones tiene mucho que ver con el cine, con el lenguaje cinematográfico. De ahí que no generalice, sino que siempre llene sus pantallas. La fotografía sobre la cual fue diseñada la portada del libro lo expresa cabalmente. Es una sala cinematográfica abarrotada. No cabe en ella un alfiler y todos los presentes están ávidos de mirar la pantalla, de que les llenen su tiempo con algo digno de ser contado. Están impacientes porque se oscurezca la sala y comience la función.

La Revolución revisada en el teatro[5]

¿Qué esperaba de un libro como éste, en el cual se analiza la sociedad mexicana en la obra dramatúrgica de Rodolfo Usigli? Hace varios años leí con gusto e interés la obra de John Rutherford, *La sociedad mexicana durante la Revolución* (1978). En este libro se reconstruye la sociedad mexicana contemporánea a la caída del régimen de Porfirio Díaz y a la primera década revolucionaria, conforme aparece retratada en las novelas. Existe en esta obra un buen capítulo introductorio en el que se establecen las diferencias entre lo que significa extraer la informa-

[5] Fernando Vevia Romero, *La sociedad mexicana en el teatro de Rodolfo Usigli*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1990, 185 p.

ción de fuentes primarias o directas y los riesgos que implica el hacerlo de obras en las que el objeto de estudio ya pasó por el tamiz de un sujeto que lo ve de un modo particular. No obstante, el procedimiento es tan válido como cualquier otro, ya que en el peor de los casos se reconstruye la subjetividad con que los autores se enfrentaron a su objeto. Pero hay algo más que eso, afortunadamente. La novela de la Revolución es, en gran medida —si no es que al cien por ciento— realista y, por ende, sus autores expresaron lo que vivieron con el propósito consciente de retratar lo que vieron, desde luego impresionando al lector sobre lo que más les podía interesar, pero, a fin de cuentas, sus datos eran extraídos de una realidad que vieron y que quienes no estuvimos ahí podemos captar. El libro de Rutherford, para quienes no lo hayan leído, no incurre en la ingenuidad de tratar de reconstruir la sociedad sin más, sino que constantemente hace crítica de fuentes, es decir, somete a análisis a sus fuentes literarias para con ello indicar los elementos con los que la subjetividad de cada autor construyó su objeto. El resultado es excelente.

Nadie, que yo sepa, ha hecho algo similar con la dramaturgia, acaso tal vez porque no hay un *corpus* dramático tan abundante o significativo como el de la novela. Si existe, como los personajes de Pirandello, anda en busca de autor. Pero antes de entrar en este punto, no quiero omitir uno más: la fuente literaria es muy útil en la investigación histórica para reconstruir atmósferas, modos de vida, en fin, detalles múltiples de la vida que por desgracia se han escapado de muchas de las fuentes que utilizan habitualmente los historiadores. Por eso y por otras cosas más, estimo que no se puede soslayar la importancia de lo que nos proporciona la subjetividad del novelista o la del dramaturgo, como un complemento infaltable para la reconstrucción histórica.

Esperaba, sin tener idea de lo que iba a leer, un ensayo sobre la manera como se actualiza la sociedad en el teatro de Usigli. El libro de Vevia Romero me lo ha dado, pero también otros elementos más ricos, más amplios y más completos que lo que mi propia subjetividad esperaba.

La metodología empleada por Vevia Romero es el elemento fundamental que permite llegar a un conocimiento profundo de Usigli, a partir exclusivamente de lo que propone en sus obras. El empleo de la semiótica, principalmente la de Greimas, ha sido fundamental para lograr llegar a *El gesticulador*, después de pasar por una serie de círculos en los que se parte del individuo aislado para ir hacia lo inmediato: la mujer y la familia, y después, la sociedad, representada por el

"medio" artístico, la política y la historia. Son esos los mundos de Usigli, sus temas, sus obsesiones. Son, asimismo, los elementos que le permitieron a Vevia Romero sacar espléndidos resultados de su lectura usigliana.

Vevia expresa claramente: "no podemos saber cuál era la sociedad mexicana real a la que se enfrentaba Usigli (eso sería un problema de sociología y de historia), pero sí podemos conocer *el concepto que de la sociedad mexicana tenía Usigli*". En eso radica el análisis emprendido por Vevia y la aportación que hace es enorme. La semiótica lo llevó a evitar la sociología fácil. El autor extrae los signos precisos que da Usigli en su teatro, sin limitarse a los diálogos —a fin de cuentas lo expresivo por antonomasia—; también revisa las indicaciones escénicas y los larguísimos ensayos que a propósito de sus obras fue elaborando Usigli a través de los años y que a veces complementan lo que quiso decir, pero las más de las veces son cosas diametralmente opuestas.

En un terreno tanto de sociología seria como de semiótica, Vevia Romero da una clave que me parece fundamental: Usigli no creó caracteres sino tipos y eso, según Vevia, proviene de la formación infantil, como público, que tuvo Usigli, más que de la dramaturgia leída por él en su juventud: el guiñol y Vanegas Arroyo. Efectivamente, los personajes y las situaciones de Usigli lo hacen una suerte de weberiano del teatro, desgraciadamente sin la grandeza sociológica que él —Usigli— hubiera deseado. Tendió a recrear a El político, La mujer, Lo mexicano, La historia, desgraciadamente para él con una carga de subjetividad pequeño-burguesa de la que no era consciente y que por tanto lo alejó, salvo en el caso de *El gesticulador*, de una crítica radical de la realidad. Por el empleo del concepto de pequeño-gurgués no se malentienda que se le reprocha a Usigli su antisocialismo. De ninguna manera. Vevia Romero, y todo lector atento, puede encontrar la buena intención de Usigli, su patriotismo, dándole la mano a su concepción falsa de la sociedad, acaso debida a su afán generalizador, tipificador.

Fuera del texto de Vevia Romero podría especular que a Usigli lo perdió su propia época, coincidente con el influjo del célebre libro de Samuel Ramos sobre el mexicano y su secuela más directa: los filósofos del *Hyperión* y los psicólogos del mexicano. Fue víctima, como muchos de ellos, de los tipos que crearon. Se tendió a suplantar la realidad por una realidad inventada, el ser por un deber ser postulado. La creencia arraigada en el mexicano se convirtió en una enorme limitación cultural en la medida en que localizó mucha de la creación en lugar de universalizarla. Vevia muestra cómo una parte del teatro de Usigli, debido a su circunstancialidad, no trasciende hacia públi-

cos de otras latitudes y —me atrevo a agregar— de otras épocas, salvo en el mencionado caso de su obra maestra y de *Corona de sombra*.[6]

No puedo concluir sin meterme en el aspecto histórico, que Vevia trata espléndidamente en su libro. Coincido con él y agrego que, cuando el dramaturgo o el novelista se olvidan de lo que están haciendo para suplantar al historiador o al filósofo de la historia, tienden a desbarrar. No quiero decir un "zapatero a tus zapatos" excluyente. La historiografía es una disciplina democrática que admite a todos los que quieran hacerla, siempre que la hagan con talento y honradez. Los defectos de la primera *Corona* se deben a ello, a querer historiar en lugar de dramatizar, en lugar de teatralizar. Usigli es libre, libérrimo si quiere, de interpretar, pero por favor, que no enseñe historia, que no sea didáctico. Las *dos Coronas* restantes son obras muy fallidas. La primera fue todo un desastre teatral del que fui testigo en la época dorada del IMSS de Benito Coquet y de la que Jorge Ibargüengoitia dejó esa excelente crónica rescatada por Leñero, *No te achicopales, Cacama*. Con respecto a *Corona de luz*, todo es fallido, comenzando por esa cierta ambigüedad que tiene frente al fenómeno guadalupano al que no se acercó con una perspectiva historiográfica clara. Cierto es que no habían publicado sus libros ni Jacques Lafaye ni Edmundo O'Gorman cuando Usigli la elaboró, pero ahí estaba la *Carta*, de García Icazbalceta, *El guadalupanismo...*, de De la Maza, y, en fin, no le faltaron elementos de apoyo, no tanto para la descripción histórica, sino para tener claro lo que quería comunicar.

En fin, parece que me recreo con lo deficiente de Usigli. No quiero denostar su memoria, sino ponderar que el libro de Fernando Carlos Vevia Romero es una obra en la que no se pierde la admiración a su tema de estudio, Rodolfo Usigli, por señalársele sus enormes defectos dramatúrgicos, ideológicos, historiográficos, en fin, sus limitaciones. También se señalan sus alcances, sus aportaciones, su genialidad por haber construido a César Rubio y su circunstancia escénica, que lo hacen trascender sus límites en el tiempo y en el espacio.

[6] Aunque, como se sabe, un director de escena puede superar ese tipo de limitaciones, ya que el texto de la obra de teatro es apenas el punto de partida para arribar a su plenitud, que es la representación.

El ámbito cardenista

Transterrados y ciudadanos[1]

Uno de los temas fundamentales de la historia cultural y de la historia social del México contemporáneo es la inmigración de los españoles republicanos a raíz de la Guerra Civil de 1936-1939. Sobre ello se ha dejado correr mucha tinta, aunque poca ha sido utilizada en trabajos de corte académico (o *scholar*) como el emprendido por la investigadora norteamericana Patricia W. Fagen. El tema de la migración ha sido poco estudiado en nuestros medios, acaso como expresión de los restos de una xenofobia al parecer afortunadamente superada. En Estados Unidos, país hecho por inmigrantes, ha habido excelentes manifestaciones historiográficas, siendo tal vez la más destacada *The Uprooted*, de Oscar Handlin. Esta mención es intencional, ya que en ese libro se describe espléndidamente el proceso de desarraigamiento, traslación y adaptación de una gran masa de inmigrantes en Estados Unidos. Cabe pensar, por ende, que al contar con modelos de primera, un libro como *Transterrados y ciudadanos* vendría a recuperar una historia reciente y fundamental. Desafortunadamente no es así.

La lectura del libro de Patricia W. Fagen nos hace recordar un texto de Miguel León-Portilla, "La historia desde dentro y desde fuera", en el cual se señalan las ventajas y las desventajas del historiador que escribe sobre un país ajeno y las del que escribe sobre el propio. Siempre tiende a ponderarse la objetividad debida al alejamiento que muestran los historiadores de fuera. En un asunto como el de la migración republicana, la situación de un observador norteamericano podría parecer ideal, sobre todo cuando se conoce el apasionamiento propio de los protagonistas de esa historia. Con todo eso se podría esperar un libro frío, excelentemente bien documentado y, en general, de buena factura.

Transterrados y ciudadanos lo es y en ello radican sus alcances y sus limitaciones.

[1] Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, 232 p.

Es frío, pero no llega a la total impersonalidad. Patricia W. Fagen indudablemente está identificada con la causa republicana y siente mucha simpatía por los exiliados-ciudadanos, sin embargo, controla de tal manera su simpatía, que el libro es exclusivamente descriptivo y abundantemente datista. Esto último puede verse como virtud y defecto. Virtud, y grande, porque reúne hechos dispersos tanto en una extensa biblio-hemerografía como en la conversación que pudo sostener con más de cincuenta transterrados y otras personas mexicanas o españolas residentes en Estados Unidos que de alguna manera han sido testigos de esa historia. Es un libro completo al que no se le escapan aspectos qué tratar en relación con su objeto de estudio. Por ello, habrá de ser tenido en cuenta por todos los que se interesen en el tema y no sólo en él sino por todos aquellos que quieran asomarse a uno de los aspectos fundamentales de la historia reciente del país.

El siempre citable Huizinga decía que la historia era la ciencia que más se acercaba a la vida. Ciertamente no todo libro de historia debe hacerlo, pero sí está comprometido con el decir del gran maestro holandés un libro que trata de personas; sí está comprometido un libro que tuvo en su factura la participación de muchos testimonios, de muchas vivencias que le son escamoteadas al lector. No se trata de hacer un anecdotario en detrimento de algún precepto sociológico, se trata de revivir una experiencia colectiva, precisamente como lo hizo Handlin en ese libro excepcional que es *The Uprooted*. El tema así lo demandaba.

A diferencia, por ejemplo, de toda historia que implica migración, la de los españoles republicanos tiene la peculiaridad de que no fue un éxodo forzado por la penuria campesina en tierras feudales, como toda la emigración típica de la Europa del norte, del centro y de oriente en el siglo XIX, o como la de los "antiguos residentes" provenientes sobre todo de Asturias, Galicia y Santander, sino que fue una migración de una clase media de intelectuales y profesionistas, principalmente. Esto, que está bien señalado y estudiado por Patricia W. Fagen, sin embargo, no está visto con ojos humanos. Todo está presentado de manera muy general. Faltan muchos matices. Matices que, en lugar de convertirse en la hoy mal vista historia anecdótica, permitirían reforzar cualquier tipo de conclusión general, incluso con aspiraciones de categoría sociológica. Por ejemplo, a diferencia de las migraciones del pobre que llegó como dependiente de mostrador y que a la vuelta del tiempo resultó próspero capitalista, el inmigrante de clase media siguió siendo de clase media al cambiar de país. Ahí es donde hacen falta los matices.

No es, propiamente, que se trate de un libro fallido, es un libro al que tal vez le faltó permanecer en reposo hasta que hubiera una mayor comprensión de detalles aparentemente mínimos, que aumentan su dimensión en un conjunto más amplio. Ésa es la desventaja del observador ajeno a los hechos, el no saber captar los matices que hacen posible recrear un proceso, el ver cómo se va haciendo la historia y no verla como algo hecho en bloque.

Esto tiene que ver, sobre todo, con ese capítulo que, de por sí, sería un libro: el referente a las contribuciones culturales. Para señalar algún caso, el de Buñuel, simplemente se dice que hizo dos películas donde se retrata espléndidamente la realidad social mexicana, *Los olvidados* y *Nazarín.* Ahí, precisamente, era necesario precisar que, para llegar a *Los olvidados*, Buñuel, el Buñuel de *Las Hurdes*, tuvo que filmar *Gran Casino*, *El gran calavera* y *El río y la muerte*, entre otras películas.

Y así como el ejemplo cinematográfico es muestra de la carencia de matices, podría agregarse el del teatro, el muy fallido de las artes plásticas, y enriquecer mucho más y, otra vez, matizar el de la industria editorial. Es importante, en un libro de esta índole, especificar que editoriales como Séneca y Leyenda fueron de los años cuarenta y que Joaquín Mortiz de los sesenta. Y sin tener que vaciar los catálogos de ellas, sí es preciso tipificar el trabajo de cada empresa.

Otra ausencia grave, dentro del mismo tenor, es la recreación del impacto sufrido por el transterrado al entrar en contacto con México. La autora no pudo valorar ese espléndido testimonio que es *Cornucopia de México*. Tal vez el no ser hispanohablante haya sido una limitación seria.

El libro, sin embargo, tiene cosas de mucho valor. La sensibilidad de Patricia Fagen para las cuestiones políticas es mucho mayor que para las culturales y las vitales. En ese sentido, los capítulos iniciales sobre la España republicana, la guerra y las organizaciones políticas de los republicanos en el exilio son aciertos notables y en ello se ve la ventaja del observador ajeno. Asimismo, un tema que presenta de buena manera es el de las actitudes mexicanas ante la migración, en 1939, propias de una xenofobia conservadora muy arraigada.

En suma, con sus aciertos y sus limitaciones, el libro de Patricia W. Fagen es valioso. Si muchas de las cosas que ofrece en su muy rico aparato crítico estuvieran en el piso de arriba, es decir, en el texto, el libro sería más rico. Por lo pronto, abre puertas e invita a proseguir y profundizar en cada uno de los asuntos que trata.

Asunción de la memoria izquierdista[2]

Si bien no necesitaba hacerlo con tal profusión de páginas, la vida de Víctor Manuel Villaseñor merecía ser contada. Hijo único de una acomodada familia porfiriana, urbano, recibió una educación similar a la de todos los vástagos del antiguo régimen; fue alumno, por ejemplo, del Colegio Franco Inglés, donde estudió toda una generación de mexicanos pudientes. En los años iniciales del régimen de la Revolución, Villaseñor holgó irresponsablemente hasta que sus padres lo enviaron a varias universidades norteamericanas en las que, al principio, se dedicó a la práctica sistemática de varios deportes y, después, particularmente en la de Michigan, tomó la vida en serio y terminó por graduarse en derecho internacional. En esa Universidad, en Ann Arbor, vivió la gran pasión de su vida con una compañera que, según explica, le abrió las puertas de la literatura contemporánea y de las preocupaciones e inquietudes sociales. Regresó a México, a la Universidad Nacional, donde más que identificarse con ella y con su ambiente generacional, lo impresionaron las clases impartidas por Narciso Bassols. Fue compañero de banca de los miembros del primer *establishment* civil mexicano, con Miguel Alemán a la cabeza. Ya con el título de licenciado, regresó a Estados Unidos como miembro de la Comisión de Reclamaciones y asesor de la embajada. En Washington fue testigo de la gran depresión y el advenimiento del *New Deal*, dos momentos fundamentales en su definición ideológica; su conversión al "socialismo científico" data de esos años. De nuevo en México, retomó el contacto con Bassols y lo estableció con Vicente Lombardo Toledano. Participó años después en el nacimiento de la CTM y, muy señaladamente, en la elaboración del segundo Plan Sexenal. En los cuarenta, Villaseñor y Bassols emprendieron la oposición al régimen de Ávila Camacho a través del periódico *Combate* y de la Liga de Acción Política. Entre 1946 y 1949, vivió la fundación y cisma del Partido Popular. Después de un viaje de grandes efectos desintoxicadores, Villaseñor ingresó al sector paraestatal, al frente de la Constructora Nacional de Carros de Ferrocarril, del Complejo Industrial de Ciudad Sahagún, y de las empresas Siderúrgica Nacional y Diesel Nacional. Su última gestión fue al frente de los Ferrocarriles Nacionales. Este currículum simplificado justifica por sí solo la redacción de unas memorias.

[2] Víctor Manuel Villaseñor, *Memorias de un hombre de izquierda*, 2 v., México, Editorial Grijalbo, 1976.

Infortunadamente, el relato carece de la continuidad necesaria que permita al lector llegar al final de su empresa sin tropiezos. Cierto que no existe metodología alguna para la redacción de memorias, puesto que cada quien es libre de relatar su vida de la manera que juzgue conveniente; pero el problema radica en encontrar la fórmula que permita hacer llegar el mensaje a los lectores de la manera más eficaz. En esto Villaseñor erró el camino sobre todo en lo que toca a la estructura. Optó por dividir sus *Memorias* en decenios y subdividir éstos en años, con lo cual establece el marco temporal para los sucesos que relata, pero corta demasiado el hilo conductor o le surgen años en los cuales no sucedieron cosas de mucha importancia y, por consiguiente, los capítulos se le reducen a unas pocas páginas. El propio Villaseñor pone el ejemplo de cómo debiera haber escrito el libro en la parte que dedica al Partido Popular (que reúne tres años): se trata de un todo continuo que se lee de un tirón porque la unidad temática le da fluidez.

Desde el punto de vista estilístico, de no ser por el constante uso de la primera persona, da la impresión, en mucho, de ser un libro escrito en tercera persona. Ésa es, en general, la diferencia entre las memorias escritas por los políticos y las memorias de los hombres de letras. Mientras que en éstos se da de una manera más nítida el proceso vivencial, en aquéllas existe un mayor desdoblamiento del autor con respecto a sus propios actos. En el caso de Villaseñor este hecho se agrava por lo que toca a los primeros años y se repite a lo largo del libro debido al prurito ideológico que domina al autor de dejar sentado que *es* un hombre de izquierda esencial. Por ejemplo, Villaseñor quiso aclarar el "marco" dentro del cual transcurrían sus actos. Así, principia por trazar un panorama histórico general de principios del siglo XX; pasa en seguida a caracterizar el caso mexicano en los mismos años para concluir, después de muchas páginas, en su propia ubicación familiar y de clase, cuando ya había escrito mucho acerca de la etapa del capitalismo correspondiente a las primeras décadas del siglo. Todo este rodeo se antoja francamente más ideológico y anacrónico que realmente materialista-histórico.

Cabe aclarar que sus constantes viajes y su preparación en asuntos internacionales, convirtieron a Villaseñor en un buen analista de las relaciones entre los diversos países. Pero el analista falla, en cambio, al abordar la Revolución Mexicana. Villaseñor hace un relato más basado en lecturas que en recuerdos; la manera en que él, como nieto de quien fuera presidente de la Suprema Corte de Justicia en el régimen porfiriano, sintió los acontecimientos, no aparece sino un poco entre líneas. Es más sincera su actitud al considerar a los generales

revolucionarios como advenedizos. Pero ni aun en esto es consistente: el único personaje que se "salva" es Salvador Alvarado, cuyo recuerdo sobrepasa la estatura humana para llegar al endiosamiento. Por ello el buen libro comienza cuando Villaseñor está en Michigan. Lo anterior son juicios a *posteriori:* datos familiares, recuerdos personales y evocaciones que tienden a minimizarse frente a las opiniones de aparente envergadura. Hacia el final del primer volumen es cuando comienza a darse un mejor equilibrio entre las opiniones y los hechos vividos. El pasado anterior al izquierdismo, es decir, a 1930, sirve de referencia valiosa en un solo sentido: ilustra el caso de un hijo de familia acomodada, desahogada, que deviene en marxista. La historia de la izquierda en el mundo está llena de esos *kropotkines*, ricos retirados de la vida económica y apasionados socialistas. La historia de México en este siglo ya ha conocido a algunos. Así, el poder vivir de rentas y el vender algunos bienes raíces le permitió a Villaseñor lanzarse a la organización de *Combate* y del Partido Popular sin acudir al chambismo propio de casi todas las generaciones de hombres de izquierda (y de intelectuales.) La ineficacia de su empresa en asunto aparte.

Las memorias de Villaseñor en el segundo tomo ofrecen mucho material de interés. Sus precisiones en torno al origen de la CTM, particularmente la elección de Fidel Velázquez como secretario de organización; la participación de los ávilacamachistas Véjar Vázquez y González Gallo en el Plan Sexenal; el largo y sostenido alegato antilombardista que es la relación sobre el origen y primera etapa del PP; la experiencia y los escollos sufridos por las empresas paraestatales que dirigió aclaran detalles poco conocidos y sostienen algunos argumentos convincentes. Villaseñor no le da vuelta a hechos comprometedores, nombra directamente a culpables y califica los intereses particulares sin dar rodeos. El libro, pues, ofrece datos de utilidad para entender esa cadena de frustraciones y faccionalismo que es la historia de la izquierda en México.

La múltiples personas que pueblan el relato de la vida de Villaseñor son vistas de manera tajante y con un maniqueísmo algo elemental. Hay buenos y malos. Para colmo, dentro de estas dos categorías, cada bueno y cada malo están colocados en sus respectivos extremos. Por ello, muchos de los juicios caen por su propio peso y sólo vale la pena conservar la caracterización de algunos cuantos personajes sobre todo de aquellos que tuvieron un contacto más bien esporádico con el autor: Porfirio Díaz, Edward L. Doheny o Serguei Einsestein, por ejemplo. Entre los personajes que cuentan con una más amplia referencia está Salvador Alvarado quien, como ya se señaló, aparece

con dimensiones de superhombre. Bassols, en cambio, es personaje central, frecuente y claro del libro. Él y Villaseñor corrieron juntos muchas aventuras políticas, de tal modo que estas páginas resultan indispensables para un conocimiento de la vida de Bassols. También los biógrafos de Lombardo, sobre todo los interesados en su vida entre 1934 y 1949, podrán acudir con provecho a la obra de Villaseñor. La figura de este singular personaje hace su primera aparición rodeada del halo apostólico para ir cediendo y convertirse en la del político oportunista y megalómano. Villaseñor lo responsabiliza de haber cedido la CTM a los "cinco lobitos", de contribuir de manera vehemente y decidida a la candidatura de Ávila Camacho y, al final, de haber frustrado ese buen proyecto que fue el PP. Si algún lombardista quisiera contradecir a Villaseñor se vería en trance difícil.

En suma, de esa larga y abundante lectura conviene dejar asentadas algunas ideas: la primera es que en las *Memorias* se puede ver la fotografía, el perfil, la actitud de un *marxista de los años treinta.* Admirador casi por igual de Roosevelt que de Stalin; convencido de sus ideas hasta lindar en el dogmatismo; honesto, ingenuo y moralista por añadidura. Todo ello desemboca en un definitivo anacronismo. Villaseñor alcanzó la "altura de sus tiempos" en la época de los frentes populares. En segundo lugar, Villaseñor retrata la buena conciencia que en México han tenido siempre los hombres de izquierda. El declarar a los cuatro vientos que uno es de los "buenos" es un síntoma que todos los "revolucionarios" mexicanos comparten. El proestatismo decidido de Villaseñor es también otra constante curiosa: su entrada a las empresas estatales nunca le pareció un servicio a la burocracia estatal sino un último bastión en el cual lucharía por sus ideales.

Con todo lo anacrónicamente que parezca y sea, la psicología del izquierdista mexicano, que tan claramente refleja Villaseñor, no ha sido superada por las generaciones que lo siguieron y que han actuado incluso con mayor cinismo y menos honestidad.

Una cosa hay que agradecerle: en México, donde todos los que han estado cerca del *sancta sanctorum* jamás publican lo que ven ni relatan sus memorias, el hecho de que un hombre se tome la molestia de escribir 1100 páginas para narrar su vida pública ganaría mucho si algunos de nuestros "pro hombres" e intelectuales hicieran lo mismo. Pero los vencen los compromisos y algo peor: la flojera.

La utopía cardenista[3]

"Un rayo en el azul", "Los principios y los fines" y "Una utopía mexicana" son los nombres de las tres partes que integran el nuevo libro de Adolfo Gilly, el cual responde con creces a la caracterización de trabajo de investigación. Las tres partes integran un total de veinte capítulos, incluyendo un epílogo, pero dejando fuera la necesaria introducción. Si hubieran foliado el índice, tendría 502 páginas. A propósito de índices, ¿hasta cuándo los editores mexicanos harán suya la costumbre de presentar sus productos, sobre todo los que derivan de investigaciones, con un índice analítico? Ojalá que la globalización los haga conscientes de esa saludable práctica.

Pero, volvamos a Gilly. Podría caracterizar esta nueva realización de su esfuerzo inquisitivo y de su pluma, como la continuación natural de *La revolución interrumpida*, ya que la utopía cardenista es el logro de esa revolución cuyo proceso fue alterado.

El libro tiene como eje temporal al año de 1938 y, como es obvio al hacer mención de este año, a la expropiación petrolera. De hecho, comienza con ella, con la manera como fue tomada la decisión de efectuarla y se describen con amplitud los pasos dados para su realización, y las consecuencias que acarreó la nacionalización del petróleo. Dicho eje temporal tiene su pasado y su proyección al futuro: es historia y es utopía, o también, historia y mito.

En cuanto a la investigación llevada a cabo por Gilly, es importante observar algunas características. En primer lugar, no vacilo en calificarla de exhaustiva. La bibliografía da cuenta y razón de un repertorio detallado de cuanto se ha escrito no sólo sobre la época del general Cárdenas, sino sobre aspectos más amplios de la Revolución, incluyendo tesis inéditas. Y en cuanto a las fuentes primarias, se obtuvieron materiales del ramo *Presidentes* (hoy Galería), fondo *Lázaro Cárdenas*, del AGN, el importantísimo fondo *Francisco J. Múgica*, del archivo de Jiquilpan, y el *Calles-Torreblanca*, por lo que respecta a México; por lo que toca al extranjero, fueron cuatro los archivos consultados: los Nacionales, donde se vieron los papeles del Departamento de Estado y los de la inteligencia militar, la Biblioteca del Congreso, donde fueron examinados los papeles de Josephus Daniels, la Biblioteca de la Universidad de Columbia, que conserva los papeles del historiador Frank Tannembaum y, por último, la Biblioteca Franklin Delano Roosevelt,

[3] Adolfo Gilly, *El cardenismo, una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994, 499 p.

donde están los documentos del propio presidente demócrata y los de Henry Morgenthau, personaje que estuvo a punto de ser embajador de su país en el nuestro en 1920. Complementan a los archivos, quince periódicos, trece mexicanos y dos de Estados Unidos. Si me detengo en todo esto es porque de todos los repositorios mencionados Gilly no sólo extrajo materiales, sino que generosamente los transcribe a lo largo del estudio, dejando hablar a los actores de la historia como lo hicieron cuando los hechos fueron producidos. Hay citas largas insertas en el texto y amplias referencias al pie de página. Se puede decir que es un rasgo estilístico intencional de Gilly en esta obra.

Con respecto precisamente al estilo, vale la pena abundar en él, porque es otro de los muy interesantes logros que se pueden advertir en *El cardenismo, una utopía mexicana*. Al principio, Gilly hace una mención admirativa de su celebérrimo paisano Julio Cortázar. Tampoco es gratuita. Podría decir sin temor de incurrir en un elogio desmedido a Gilly, que le tributó un homenaje muy logrado al autor de *Rayuela*. El homenaje tiene que ver, también como es obvio si se menciona a Cortázar, con el orden narrativo. El libro puede ser leído siguiendo el orden propuesto por el autor: partir de la expropiación, "el rayo en el azul", y después hacer un *flash back* para retomar el artículo 27 y el sentido de las luchas agrarias, ir y venir en el tiempo y el espacio, para desembocar en un *flash ahead*, que implica un recuento de los acontecimientos. Es, pues, un libro para todo tipo de lectores, para aquellos disciplinados que atienden lo establecido por el autor y para quienes se sienten atraídos por la anarquía o al menos por la indisciplina. Para éstos, la obra de Gilly es un artificio literario que permite leer en desorden. No se atrevió a colocar una tabla como sí lo hizo Cortázar en su obra maestra, pero en la dedicatoria que puso en mi ejemplar hay una clave interesante. Aparte de otras cosas que no vienen al caso, pero que desde luego agradezco, dice Gilly: "este libro escrito como se mueven los caballos de ajedrez". Y si así está escrito, así puede ser leído. La mención inicial a las tres partes es muy intencionada. Podría proponer al impaciente que quiere saber qué es esa utopía mexicana que ofrece el cardenismo, comenzar en la página 295, o de plano en la 391, justo en el último capítulo. Aunque esto, sólo para los muy impacientes. Los que no lo son tanto, en la citada en primer lugar, que es la inicial del capítulo 17. En cambio, para quienes sean más amigos de una exposición lineal, que atienda las exigencias del desenvolvimiento temporal, deben comenzar en la página 179 y avanzar hasta el final de la segunda parte, luego regresar a la primera y concluir con la tercera. Podría haber más armazones posibles, combinando capítulos,

para ver ese movimiento de caballo de ajedrez, que no de alfil ni de torre, que efectivamente tiene el libro.

Es posible que para aquellos a quienes lo que interesa es el contenido del libro, esta digresión sobre la forma resulte demasiado larga. Lamento que mis intereses actuales, que tienen muchísimo que ver con la composición historiográfica desesperen a quienes les da lo mismo cómo se las ingenia un autor para ordenar su producto. Pero debo advertir que contenido y forma no son elementos separados del discurso historiográfico, sino que, antes bien, su relación es absolutamente simbiótica. Y si he abusado al mencionar el orden narrativo es para desterrar cualquier posible idea de que el libro sea caótico. Nada de eso. Todo lo contrario.

Sin apartarme de la forma, voy un poco al contenido. Los actores del libro son los generales Cárdenas y Múgica. Conviene destacar el tratamiento de sus figuras. Gilly los ve humanos, demasiado humanos, pero no por ello proclives a las debilidades; quiero decir con esto que no los despega de la tierra ni eleva su estatura de manera descomunal, pero sí la eleva. En eso consiste el que sean figuras demasiado humanas, en contraposición a lo poco humano que son otros, los que fallan, los que ostentan su pusilanimidad. Cárdenas y Múgica no. Su humanidad consiste en la respuesta que dieron desde el poder a sus semejantes, en la manera en que condujeron la nave estatal. En la interpretación que hace Gilly de esos "dos generales en las Huastecas" —así se titula un capítulo, porque de ahí bebieron una gran experiencia— queda claro que la inmersión que tuvieron en la realidad de la Revolución, tanto en la actuante como en la interrumpida, los llevó a proponer lo que para ellos, para Gilly, y por lo menos para este lector, fue la recuperación revolucionaria desde el gobierno. De ahí la conformación de la utopía.

En términos de teoría literaria, es importante apreciar la medida de los protagonistas de una obra. Por ello la insistencia en la estatura de Múgica y Cárdenas, más elevada que la del común, pero más elevada en términos de una escritura de fines del siglo XX, hecha con mesura, para no caer en la estatuaria, pero con la dosis necesaria para establecerlos como forjadores de utopías. No es por superioridad, porque tanto ellos como Gilly parten de la creencia en la igualdad de los seres humanos, se trata de calidades, de virtudes, en el sentido más clásico posible de esta palabra. Así es visto también uno de los ídolos de Gilly, con cuyo asesinato concluye el libro. Sí, me refiero al gran revolucionario ruso caído en Coyoacán. Su fin en México permite a Gilly explayar sus ideas sobre la solidaridad humana expresada en el

derecho de asilo, frente a la necedad dogmática de una izquierda que fue muchas veces rebasada por los dos generales, gracias a su inmersión en los factores endógenos que ellos supieron aquilatar, en contraposición con quienes actuaban por consigna.

En suma, el libro se refiere a una acción nacional y nacionalista, sustentada en experiencias regionales y de profundas consecuencias internacionales. El peso de lo internacional es muy grande. El seguimiento de actores y de documentos del exterior es casi obsesivo, por la necesidad que plantea la manera como el momento involucraba a todo el mundo. Es un libro sobre una utopía mexicana creada dentro de la historia mundial

El caballo de ajedrez se mueve en esos ámbitos, avanzando y retrocediendo, devorando piezas y evitando que lo devoren.

Personajes contrastantes

De la Revolución al ingenio[1]

El gran crítico literario Northrop Frye establece que "la invectiva es una de las formas más amenas del arte literario, así como el panegírico es una de las más aburridas" y fundamenta su aserto destacando "el hecho de que nos guste oír hablar mal de la gente y de que nos aburre oír cómo la alaban". Utilizo esta idea como punto de partida, prácticamente como epígrafe, para expresar mi impresión en torno al libro de Pedro Salmerón Sanginés sobre el general y licenciado Aarón Sáenz Garza. Debo, antes que nada, destacar dos cosas: el libro está hecho a petición de parte, es decir, de los descendientes del personaje, y no fue escrito con el propósito, por parte del autor, de obtener un grado académico, que es casi lo habitual tratándose de historiadores jóvenes. En efecto, Pedro Salmerón Sanginés no obtuvo con este trabajo el grado que le toca en su futuro inmediato, esto es, el doctorado, sino algo más intangible: una carta de reconocimiento a su profesionalidad. Por eso subrayo que el libro fue hecho a petición de parte a lo que agrego que, según me consta, dejó satisfechos a sus patrocinadores.

Ahora viene el punto que deriva de la mención a Northrop Frye. Pedro Salmerón corría el grave peligro de incurrir en el panegírico para cumplir con lo dicho arriba y producir un trabajo sólo para el consumo familiar, pero como se trataba de hacer un texto para el público, si se parte de la idea de que los lectores esperan la invectiva, el libro también se antojaría imposible. Así, Salmerón se quedó en medio del camino, por lo cual también llamo la atención sobre el hecho de que no se trata de una tesis, porque si bien hay muchas que caen en el mencionado panegírico, los rigores del trabajo académico recomiendan evitarlo, como de hecho lo hizo el autor al abordar la vida y circunstancia de su personaje.

[1] Pedro Salmerón Sanginés, *Aarón Sáenz Garza. Militar, diplomático, político, empresario*, México, Miguel Ángel Porrúa, librero-editor, 2001, 315 p.

Otra reflexión preliminar que viene a cuento es la que corresponde al asunto del género biográfico. No se trata aquí de especular si en México ha aterrizado bien o no la historia de la vida de nuestros predecesores. Yo pienso que sí, pero poco. Podría citar la obra ejemplar de Luis Castillo Ledón sobre Hidalgo y las varias de José Fuentes Mares sobre diversos personajes sobre todo del siglo XIX, para rematar con los afanes de Enrique Krauze y sus biografías del poder. También pienso que la biografía es una manera natural de provocar interés en la historia, es un género favorecedor, pero peligroso en el sentido de que puede incidir en el traído y llevado panegírico y en su antípoda, la invectiva. (Recuérdense los "Juárez" de Bulnes.)

Pedro Salmerón Sanginés acude a un modelo que no podía ser otro que el que le proporciona el gran biógrafo de los revolucionarios soviéticos Trotsky y Stalin, Isaac Deutscher. Gracias al acto de seguir tal modelo, la caída en el panegírico y la invectiva se puede evitar. Ahora la pregunta es ¿cómo?

Se vive en la historia, independientemente del grado de participación que tenga cada uno en la historia. La historia rodea y enmarca la vida de las personas y le da sentido. La historia se vive en su mayoría en sentido pasivo, pero puede haber momentos en los que lo activo tiene un peso mayor y se logra tener trascendencia hacia la historia. Entonces se es protagonista. Se es personaje y no sólo persona.

Aarón Sáenz está en esa dimensión, con un agregado más. Es uno de esos personajes que respetuosamente llamo de segunda fila. Esto es fácil de entender, si se piensa que en la primera fila estaban Carranza, Obregón, Calles, etcétera. La biografía de estos personajes es muy importante, pero resulta proclive a caer en la antinomia fryeana, precisamente por tratarse de ser hombres que centraban en ellos el poder. Los de segunda fila participan de él con ellos, pero la historia misma les da la oportunidad de no estar en escena durante toda la obra. Tienen entradas y salidas que les quitan atención pero que permiten afinar más las preguntas sobre esas entradas y salidas. Un buen conocimiento de la historia lo da la trayectoria vital de un personaje de la fila dos, porque entre otras cosas, tiene la virtud de sobrevivir a su número uno o cambiarlo por otro, o verlos pasar simplemente. Muchos de ellos ejecutan lo que deciden los de la uno y al hacerlo y conocer nosotros esos actos, tenemos la oportunidad de profundizar en ellos mejor que si lo hiciéramos en el examen de los personajes de primera fila. Y otro aspecto es el que se refiere al destino de estos personajes, que nunca dejarán de estar colocados en su sitio hasta el final, ya sobrevenga por vía de la muerte trágica, el destierro, el abandono. Los

de segunda fila no comparten el destino trágico de los primeros. La vida les ofrece más alternativas, aunque el número de calles con su nombre sea infinitamente menor que el de aquéllos, o ni siquiera lo tengan.

Todo esto y más surge cuando se enfrenta a un libro como el que nos ocupa ahora. Aarón Sáenz fue militar, diplomático, político y empresario. Cuatro actividades a las que lo llevaron las circunstancias del país en cuya trayectoria él mismo incidió y que Pedro Salmerón Sanginés recupera con toda la profesionalidad e inteligencia requeridas. El libro es un entretejido de la vida de Sáenz y la historia de su México, desde su circunstancia natal hasta su muerte. El biógrafo se ve obligado a transitar por varios géneros, comenzando en este caso en la historia local del Monterrey que compartiera don Aarón con Alfonso Reyes hasta las alturas de la industria azucarera en los mejores momentos de su historia, atravesando un largo camino que improvisa en militar al estudiante de leyes y hace que se desarrolle al lado del general victorioso por antonomasia. Con la paz, las armas dejan lugar al hombre de inquietudes políticas que, por tenerlas y destacar en ellas, se ve empujado a esa suerte de exilio elegante que es para muchos la misión diplomática. El licenciado Sáenz, si bien deja un cierto tono amargo en su correspondencia, se involucra en la vida de Río de Janeiro y trabaja para dar presencia a México en Brasil, pero sin dejar de tener un ojo en la sucesión presidencial de Carranza, cuya solución lo hace regresar a su país a ocupar la subsecretaría de Relaciones Exteriores al lado de Alberto J. Pani, como titular, y de Genaro Estrada como oficial mayor en el momento en que se reorganiza dicha dependencia del Ejecutivo federal y le toca en suerte participar en momentos álgidos de las relaciones entre México y Estados Unidos. Más tarde, el ascenso a secretario, que le permitirá permanecer en esa categoría en el tránsito de un gobierno a otro.

Aarón Sáenz llegará a ascender al primer plano político (sin que esto contradiga su ubicación en la segunda fila) para convertirse en una de sus figuras centrales al final de los años veinte, que lo llevan a la gubernatura de Nuevo León, y en los treinta a la jefatura del Departamento del Distrito Federal. Vive entonces los vaivenes del Maximato en cuyo inicio levanta para ser precandidato presidencial en 1930. Su ubicación en dicho primer plano avanza hasta la ruptura entre los generales Calles y Cárdenas, cuando se ve precisado a dejar la jefatura del Departamento del D. F.

En los capítulos respectivos, así como en toda la obra, se advierte el manejo que desarrolla Salmerón del entretejido historia/vida de Sáenz. Ese manejo implica las entradas y salidas de Sáenz del relato

historiográfico, aunque en rigor, no sale sino que más bien tiene acercamientos y alejamientos, así como movimientos que hacen que los escenarios cambien. La profesionalidad del autor se nota en la manera como el primer plano lo ocupa lo que convencionalmente llamamos historia nacional, con la aparición de Sáenz como uno de sus protagonistas, lo que le obliga a permanecer más tiempo en la escena. La inmersión en el mundo político abarca los años que van del final de la etapa armada de la Revolución hasta la consolidación del presidencialismo cardenista.

Después viene la faceta empresarial de Sáenz en la cual es un indiscutible número uno, pero, para su fortuna, los empresarios no están en la primera fila de la atención pública, por lo cual, la investigación emprendida por Salmerón Sanginés se va a las profundidades de los archivos de los que surge una sólida y consistente información que presenta a don Aarón Sáenz como productor de caña, constructor de ingenios, organizador de la industria azucarera y de ahí su derivación a la banca. El empresario Sáenz es un ejemplo, tal vez uno de los más representativos, si no el que más, de los antiguos revolucionarios devenidos hombres de negocios. Aquí Salmerón sortea desde luego el campo más amplio de la historia nacional para entrar en aspectos regionales, agrícolas, económicos y, en general, contextuales, que enmarcan la presencia de Sáenz e ilustran la manera en que Sáenz los mueve.

Sin siquiera tocar lo panegírico, sí se da una suerte de apoteosis final cuando se abre el tema hacia la acción filantrópica que lo mismo apoya el buen desarrollo de la ópera en México, en esa época dorada en que María Callas y Guiseppe Di Stefano hacían las delicias de los melómanos, o bien apoyaba al licenciado Manuel González Ramírez en su exitosa tarea al frente del Patronato de la Historia de Sonora, que publica la imprescindible serie de fuentes para la historia de la Revolución que incluye planes, manifiestos, caricaturas, documentos sobre Cananea y la reedición de los *Ocho mil kilómetros en campaña*, de Obregón. Salmerón recoge el hecho de cómo Sáenz fue el arquitecto que logró sacarle al general Francisco L. Urquizo el prólogo a este libro, lo cual representa un acto simbólico de conciliación revolucionaria.

La vida de un hombre como Aarón Sáenz Garza representa algo más que una simple trayectoria de vida. Como la de muchos otros, ilustra el camino recorrido por personas que en sus primeros años no imaginaban que iban a participar en un movimiento armado, que los proyectaría hacia la cúspide del poder y que desde ahí incursionarían en otros ámbitos con tanto o más éxito que en lo primero. Eso, por lo

que toca a lo representativo, a lo que implica a su generación. Queda, por contraparte, lo específico. El hombre concreto Aarón Sáenz Garza que nos indica que las cosas fueron precisamente así. Que si se generaliza, ocurre porque las cosas pasaron del modo en que a él le pasaron. Que se nos permite generalizar pero bajo promesa de no olvidar que la historia se hace de una manera específica. Ahí está la vida de este personaje, recuperada en la justa dimensión en la que debe estar colocada. La prueba fue sorteada con éxito. Ni panegírico ni invectiva: una historia entretejida con la del país que permitió que se diera así esa vida.

El romántico rebelde[2]

La vida y la actuación pública de personajes que, sin intentar disminuirlos, se pueden catalogar de segunda fila, resulta por lo menos tan interesante como la de los que ocupan un lugar en la primera. Francisco J. Múgica es uno de los grandes personajes de la segunda fila de la Revolución Mexicana, que inclusive pudo llegar a la primera. Puede haber, si se quiere, segunda fila "a" y "b". Múgica es de la segunda "a". La actuación de los de primera fila puede resultar poco clara si no se atiende a los que estaban cerca de ellos. Estos personajes, en sus campos más restringidos, son dueños de primeras filas indiscutibles, como en el caso de Múgica, el Congreso Constituyente de 1916-1917, el gobierno de Michoacán, el cardenismo activo, para citar tres de los ámbitos del general michoacano en los que destacó por mérito propio y en los que dejó marcada impronta. Javier Moctezuma Barragán es autor y compilador de un libro que contiene más de seiscientas páginas de documentos relativos a la actuación revolucionaria del general Múgica y alrededor de setenta y cinco de texto introductorio. Con esta labor, el lector tiene un libro que le permite conocer con cercanía y hasta intimidad al revolucionario michoacano.

Tenemos, pues, dos ámbitos bien diferenciados, aunque obviamente relacionados: el cuerpo documental y el estudio introductorio. Éste remite a aquél, pero ambos reclaman su independencia con respecto del otro. Los documentos, divididos en diez secciones, constituyen un buen repaso por la trayectoria pública de Múgica, a saber, el revolucionario, el constituyente, el gobernante constitucionalista en

[2] *Francisco J. Múgica. Un romántico rebelde*, presentación, estudio introductorio y selección de Javier Moctezuma Barragán, México, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Tabasco y constitucional en Michoacán y Baja California Sur; el militar, el perseguido político —sobre todo de Obregón—; el servidor público, que ocupó una larga lista de cargos que llegaron hasta la titularidad de dos secretarías de Estado y la dirección del penal de las Islas Marías, especie de semiexilio; el siempre atractivo de candidato o precandidato presidencial; la aura legitimadora del disidente, para finalizar con un Múgica íntimo y otro histórico, de acuerdo con la nomenclatura propuesta por el autor/compilador Moctezuma Barragán.

Sin menoscabo de su trabajo, ayuda mucho el hecho de que el general formó un amplio y riquísimo archivo que sus deudos ordenaron, conservaron e integraron al acervo que guarda en Jiquilpan, Michoacán, los papeles del general Lázaro Cárdenas del Río. Así que las más de seiscientas páginas de documentos son apenas una muestra de lo que puede verse en un amplio y rico archivo que ha nutrido ya importantes investigaciones, de las que resultan beneficiados los dos divisionarios michoacanos.

Como todos los personajes, en este caso, de las dos filas, su conocimiento partió de libros hagiográfico-descriptivos, como, para Múgica, los de don Armando de Maria y Campos y Magdalena Mondragón, que fueron escritos en los años cincuenta. Medio siglo después, o casi, ya hay tesis, investigaciones originales, ponencias, artículos, en fin, toda una gama de trabajos que iluminan más las partes que el todo biográfico de Múgica. Este libro y el reciente de Anna Rivera Carbó se inscriben en esta categoría.

Moctezuma Barragán, pese a no escribir una biografía formal del general, la suple tanto con el ordenamiento documental como, sobre todo, con el amplio estudio introductorio, cuya estructura narrativa, muy acertada según mi apreciación, a pesar de aludir a una parte, remite al todo de Múgica. Podría decirse que es una sinécdoque lograda, ya que esa parte resulta esencial.

La ortodoxia historiográfica reclamaría el apego cronológico como norma para seguir la vida de un personaje que se involucra en distintas circunstancias. Moctezuma Barragán optó, en cambio, por tomar un día en la vida de Múgica, cuando se desempeñaba como director de la colonia penitenciaria de las Islas Marías, para remitirnos a toda su trayectoria vital, a todos los aspectos importantes que la constituyeron. Amparado en los casi obvios, pero funcionales, epígrafes de José Revueltas —*Los muros de agua*— pasa revista a la rutina de Múgica, desde el alba hasta el anochecer. El día del director del penal es revisado, incluso con minucia. Desde él, surge la remisión a una vida completa y compleja que retrata, ya al anticlerical respetuoso que convive

y alterna con la célebre Concepción Acevedo de la Llata, la Madre Conchita, que purgó prisión en las Islas Marías, coincidiendo con uno de los constituyentes que se distinguieron más por su jacobinismo, ya al impulsor del artículo tercero y del 123, que procuraba la regeneración de los presos mediante la educación y el trabajo. El pasado y el futuro de Múgica se conjugan en un presente que funciona como la mejor y más clara circunstancialidad del personaje.

Estar en las Islas Marías, no en calidad de preso, como Revueltas, por mencionar a algún famoso reo del penal, sino como director, hacía poca diferencia con los reclusos, en la medida en que los famosos "muros de agua" los rodeaban a todos. El carácter de director significaba que estaba ahí como funcionario del Maximato, protegido por Cárdenas pero perseguido por los restos del obregonismo, que lo había condenado a muerte. Calles no se hizo eco del anatema que le lanzó Obregón, no lo exoneró, pero tampoco lo persiguió con la saña que hubiera puesto en ello el Manco de Celaya. Sucede que hubo desavenencias entre Múgica y Obregón, que se habían entendido bien en los días de Querétaro, en el Constituyente, pero que en 1923-1924, el presidente de la República y el gobernador de Michoacán rompieron y la vida de Múgica pendió de un hilo. Moctezuma no da el dato, pero el general, en su huida a la capital del país, vivió oculto en la casa de un joven médico al que había elevado a rector de la universidad nicolaíta, Ignacio Chávez. Múgica vivía un cierto tipo de exilio, pero vivía. El futuro sería mejor para él. Obregón se encontraba bajo tierra a partir de julio de 1928, mientras que Lázaro Cárdenas ganaba espacios y tiempo. La cercanía entre ambos era cada vez mayor. Eso lo llevó a ser una de las piezas claves del régimen 1934-1940 y obvio candidato o precandidato de las izquierdas a la presidencia, que finalmente ganó el moderado Manuel Ávila Camacho. Y acaso después, la gubernatura del Territorio Sur de Baja California fue —en mejores condiciones— lo mismo de los "muros de agua". Por lo menos, Baja California es península. Ahí se repitió, por cierto, un episodio semejante al de la Madre Conchita, ya que coincidió su gobierno con el establecimiento de la colonia sinarquista de Santa María Auxiliadora, encabezada por Salvador Abascal, a quien jamás hostilizó, sino, al contrario, le dio las facilidades que requería. El romántico rebelde, de Moctezuma Barragán, era tan caballero como quien fue presidente de la República en lugar suyo. Su honradez y su probidad impresionan. Al final, ya cuando sonaba el toque de silencio, Múgica rompió, junto con otros constituyentes de 1917, con el aparato oficial, para después ir a una oposición más activa, al apoyar a su homólogo el general Miguel Henríquez Guzmán

en su campaña electoral de 1952 en la que estaban comprometidos muchos de los más conspicuos cardenistas. Ya esa etapa tomó al michoacano de salida. Conservaba tal vez mucha de la energía de que siempre hizo derroche, pero ya la fuerza menguaba. Con el arribo de Adolfo Ruiz Cortines al poder, se retiró a Pátzcuaro, desde donde observaba el acontecer nacional.

El ensayo biográfico de Moctezuma Barragán está bien logrado, en la medida en que da los botones de muestra y, desde luego, los documentos avalan y hacen abundar en todo. Queda así bien apuntalada la construcción de una posible biografía mayor, deutscheriana, en la que todos los detalles se integren. Ojalá la escribiera el propio Javier Moctezuma, que ya dejó buen testimonio de lo que es capaz de hacer. Quienes proscriben la biografía como género no científico se pierden de una de las mejores claves para entender el acontecer político desde la mirada de un protagonista fundamental. Como buen personaje de la segunda fila nacional, permite la entrada a más intersticios que los de la primera. Ellos pronto llegan a la cima —tal vez con la interesante excepción del mismísimo general Cárdenas, cuyo ascenso a la primera fila fue paulatino— y muchas veces desde la cima se ve el panorama, pero se pierden los detalles. La vida del hombre de segunda fila lleva al biógrafo a esos detalles, que iluminan la construcción del encumbramiento de los de la primera línea. La vida de Francisco J. Múgica ilumina, como vida particular, la de tantos homólogos que tipifican al revolucionario, anticlerical educado en seminario, gobernante proclive al puritanismo, personaje al que le tocó estar en las buenas y en las malas y que, a diferencia de otros, dejó testimonio de su vida personal, de sus afinidades, de sus quereres, de lo que pensaba y sentía de sus parejas y de sus hijos. En fin, un Múgica completo, que enriquece el saber acerca de su tiempo.

El libro se complementa con una buena colección fotográfica. Hoy en día la imagen es imprescindible y la selección se antoja buena. Un reproche, más a los editores que al autor: este tipo de libro requiere de índice onomástico. Sin él no cumple con una de sus funciones básicas: después de la primera lectura, el manejo de más de seiscientas páginas de documentos sin índice es, por decir lo menos, deficiente. Pese a ello, el libro cumple con la doble función de ser un texto para la lectura y para la consulta, o sea que no se agota tras el primer contacto.

Epílogo

Réquiem o el fin de una historia[1]

Llegar al final del siglo XX implica tener una idea lo más completa posible de su historia. Los encargados de proporcionarla, esto es, los historiadores, y particularmente los mexicanos con la suya, no han cumplido con su tarea, o apenas lo han comenzado a hacer. Ciertamente existe una tensión interesante entre la memoria y la reconstrucción histórica, donde una invade a la otra, lo cual es inevitable. De hecho, toda historia parte del recuerdo sobre el cual se monta la reconstrucción a partir de las fuentes existentes. Con la aparición, y más que ello, la legitimación de la historia oral, el recuerdo ha adquirido su carta de aceptación, que antes le había sido negada.

Al promediar los años sesenta, los politólogos norteamericanos comenzaron a definir el sistema político mexicano como algo que parecía estático, definitivo, inamovible. Poco más adelante, don Daniel Cosío Villegas estableció como su característica central la simbiosis entre el presidente de la República y el Partido Revolucionario Institucional. Cosío era más consciente de que se trataba de la resultante de un proceso histórico, pero el hecho de escribir en el momento en que el Sistema Político Mexicano (con mayúsculas) o estaba en su apogeo o iniciaba su crisis, le impedía especular sobre la posibilidad de que fuera remontado. La idea misma de *sistema* era expresión de la ideología de quienes formaban parte de él, mientras que sus críticos sólo podían advertir que esa formación histórica no parecía avanzar en ningún sentido.

La fase crítica avanzó hacia la descomposición del sistema. ¿Qué pensarían de ello Brandemburg, Scott y Hansen? Conforme esto se hacía patente, sobre todo hacia finales del Salinato, se sentía la necesidad de conocer su historia, la historia del SPM. Una manera de abor-

[1] Miguel González Compeán y Leonardo Lomelí (coord.), *El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)*, con la colaboración de Pedro Salmerón Sanginés, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, 814 p.

darla, de manera legítima, sería a partir de una de las dos piezas centrales de dicho sistema, el partido. Ésta es la tarea que emprendieron tres jóvenes investigadores de la historia política mexicana, uno de ellos, González Compeán, incluso, político activo y militante del propio partido; los otros dos, Lomelí y Salmerón, observadores independientes del proceso político e historiadores del mismo.

Pedro Salmerón Sanginés, cuyo trabajo abre el voluminoso libro que nos ocupa, es autor de la parte más propiamente histórica, es decir, la correspondiente a las etapas iniciales del partido que llevó el nombre de Nacional Revolucionario y de la Revolución Mexicana, entre 1929 y 1946. Después sigue la historia del Partido Revolucionario Institucional dividida en presidencias, ya de la República, ya del partido, a cargo, en su mayoría de Leonardo Lomelí, dejando para el final las colaboraciones de González Compeán, ya individuales, ya conjuntas con Lomelí.

La planeación, la investigación y aun la publicación del libro todavía corresponden a la etapa en la cual el voto ciudadano no había desvinculado las dos piezas magnas del Sistema Político Mexicano. Esto es más que un matiz, dado que el libro ha adquirido un nuevo significado a partir del mes de julio del 2000. De poder ser leído como posibilidad, pasa a ser leído como historia, como si todo el libro fuera la parte escrita por Salmerón.

Otra consideración importante es preguntar para quién fue escrito el libro. En cierta medida, se trata de un libro dual, escrito tanto para los interesados en la marcha política de México en el siglo XX, así como para los militantes del partido, cuyo interés en la política mexicana se manifiesta desde dentro. Seré más explícito: el libro contiene mucha información, tal vez demasiada, acerca del partido, tanta que sólo puede interesarle a los miembros del partido. Un lector externo, papel que desde luego asumo, podría quedarse tranquilo si no se le inunda con datos acerca de reformas estatutarias, detalles de asambleas, composiciones de comités ejecutivos, en suma muchos datos para los apéndices o los llamados libros blancos, pero no para una historia cuyo asunto central es o debe ser la relación entre el partido y el gobierno o viceversa. Sí es asunto de una historia del PRI esa información, desde luego, pero los lectores de fuera no tenemos por qué ser abrumados con tantos datos. Yo querría una historia más sucinta, breve, contundente. El libro la tiene y podría subrayársele para poder obviar las partes que son de interés sólo para los de Insurgentes Norte.

En el aspecto positivo, el libro tiene mucho. Es, de hecho, la mejor y más completa historia que se ha hecho del PRI y sus antecesores.

Éstos habían corrido con mayor suerte que el Revolucionario Institucional en las plumas de Lajous y Garrido, así como en la menos conocida de Carmen Nava. También se contaba con un cronista, y en este sentido utilizo la connotación más amplia de la palabra, en la obra de Osorio Marbán. Sin embargo, la visión de Pedro Salmerón no sólo reinterpreta, sino que agrega algunos elementos de conocimiento. Sobre todo, ofrece una historia contada de nuevo, desde una perspectiva fresca en la que se notan los avances del tratamiento historiográfico del tema, desde los tiempos precursores de los autores mecionados y, más aún, de los politólogos norteamericanos de los años sesenta. El abordaje de Salmerón se refuerza por el hecho de haber tratado a los dos partidos. Fue un acierto de los coordinadores encomendar a una sola persona la redacción de la historia del PNR y el PRM, porque se comprende mejor como unidad mayor. Cada uno de los partidos o momentos históricos de cada uno de ellos reclama al otro. Una clave es un título de capítulo: "del partido de elites al partido de masas", ahí se dice mucho. Es obvio, si se quiere, pero muy significativo. Ahí está el tránsito de Calles a Cárdenas. Salmerón logra una historia comprensiva y crítica en la que no pierde de vista el contexto general.

A propósito de contexto general, ésa es otra clave importante que ofrece el libro. El PRI es una parte constitutiva del sistema, como el presidente de la República es parte esencial del PRI. En términos retóricos, el PRI desempeña una función metonímica, mientras que el presidente de la República, sinecdótica. A partir de ambas instancias es posible abordar la totalidad sin tener que hacerlo. Basta con una de las dos. Lo interesante del caso es observar a lo largo de las muchas páginas del libro la manera como lo esencial lo proporciona el presidente; lo instrumental, el partido.

Se puede ejemplificar, siempre, a partir del presidente: Calles unifica caciques; Cárdenas organiza/manipula las masas; Alemán le da un nuevo giro a la historia: conserva y supera. Es increíblemente dialéctico; mejor, intuitivamente dialéctico. No renuncia a los aspectos organizativos heredados del cardenismo, pero los mantiene en su aspecto formal. La última palabra es suya, no de los sectores. Tampoco lo era con Cárdenas, sólo que entre él y los sectores había la *adecuatio rei ad intellectum*. Alemán cambia los contenidos, mantiene las formas, que concilian los lenguajes revolucionarios con el nuevo rostro de la modernidad. Un momento clave, muy bien rescatado por Leonardo Lomelí, es el párrafo inicial de su texto sobre el momento de Ruiz Cortines. Ahí establece muy claramente cómo fue con él y no con Alemán con quien se dio "no sólo el paso definitivo en la consolidación

de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional, sino también en la configuración que habría de caracterizar al sistema político mexicano". Agrega que ese perfeccionamiento viene del ejercicio presidencial de las funciones de "jefe de Estado, jefe de gobierno, de partido y de árbitro en última instancia en todos los conflictos y, particularmente, en la definición de su propia sucesión". Concuerdo con Lomelí en que Ruiz Cortines es de todos los presidentes quien manejó esas funciones mejor que nadie, no a pesar de, sino gracias a su aparente grisura. Si se trae a colación la idea de los estilos personales de Cosío Villegas, para sonrisas las de su antecesor y las de su sucesor. Don Adolfo fue el paréntesis necesario para trabajar desde dentro. Su sucesión fue perfecta. No hubo conflicto, a pesar de que en 1958 la situación distaba de ser pacífica. ¿Podría decirse que en 1964 no hubo sucesión, porque continuó el mismo gobierno?

Lomelí pasa en sus capítulos de encabezarlos con el presidente de la República a hacerlo con los presidentes del partido. Las personalidades así lo reclamaban: Corona del Rosal, Carlos Madrazo. Otra de esas síntesis como la que enfrentó Salmerón con los dos partidos. Dos estilos personales contrapuestos. Ambos definitivos en la historia del PRI. Desde luego, el que marchaba al ritmo de la historia era Corona. Madrazo, en cambio, anunció, sin duda desde una perspectiva necesaria, la democratización. ¿Se anticipó? ¿Si fue el caso, lo hizo a destiempo? Lomelí acude a un párrafo de Francisco Martínez de la Vega, que vale la pena reproducir: "Carlos Madrazo peleaba con caciques, oponía su dedazo al de los gobernadores. Y la famosa democratización terminó un día, en renuncia sonada. Aún se levantan, de vez en cuando, polvos polémicos de aquellos lodos. Y Carlos Madrazo es Madero para unos, desquiciado y vehemente parlanchín para otros." Otro problema de inadecuación entre la necesidad de ofrecer cambios sin hacerlo en realidad. La sucesión lógica se da en el interinato de Lauro Ortega y sobre todo en la presidencia definitiva de Alfonso Martínez Domínguez, que significa la identidad con Díaz Ordaz y el retorno a la ruta trazada por Corona. Después el principio del derrumbe a partir de la presidencia de Echeverría y el mosaico de presidentes del PRI. Concluye Lomelí sus colaboraciones individuales con "el sexenio de la reforma política", mas no con el nombre en capitular de Jesús Reyes Heroles.

Miguel González Compeán, después de haber tratado el cambio entre el partido histórico y el moderno, es decir, el sexenio de Alemán, reaparece con "la nueva clase política", que le permitirá abrir la nueva época del PRI que es la que lo conduce a la derrota presidencial

de julio de 2000. Los nuevos actores históricos llevan al partido a la "refundación frustrada" y a la paradoja de "la distancia necesaria y lo inevitable de la cercanía", es decir, al cierre de un ciclo histórico.

Independientemente de la división capitular del libro, la trayectoria general va dibujando sus etapas históricas en tres grandes momentos. El inicial, con las denominaciones anteriores a la de PRI, el que va de Alemán a la Reforma Política y el del surgimiento de la nueva clase política, por lo pronto hasta julio de 2000. Sería interesante cotejar ese desarrollo con otros aspectos de la realidad nacional (sin perder de vista lo internacional) como el económico, el cultural y el que podríamos llamar sociodemográfico, básico para entender muchas cosas.

El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999) es un libro de historia política. Este lector, interesado en los ámbitos del pensamiento, extraña un poco de eso, si es que en historia política hay pensamiento. Los tres autores son muy capaces para detectar el realismo político del tema y lo desarrollan a la perfección a partir de una comprensión muy satisfactoria del problema y de un aprovechamiento de fuentes orales y escritas muy loable. Las fuentes, con ellos, no hablan por sí solas. Son los autores quienes les dan sonido. Volviendo al punto, este reseñista extraña la poca atención al asunto ideológico. Finalmente se trata del partido que constituyó su ser como partido de la Revolución. Hay en su historia una historia del discurso, tanto en la afirmación del partido como en la crítica de sus adversarios. Es un recurso no explotado de manera suficiente en este libro. Con la contribución de González Compeán, Lomelí y Salmerón Sanginés será factible profundizar en esos aspectos que son los que revisten mayor interés para quien siempre se ha interesado en las llamadas superestructuras. Extraño, por ejemplo, un análisis pormenorizado de la Encuesta Pani, suscitada a partir de la conversión del PRM en PRI y a la que el gran prehistoriador de los partidos políticos, don Vicente Fuentes Díaz, le concedió mucho espacio, mucho peso. En fin, no es congruente censurar la sobra de datos y reprochar la falta de otros. Lo hecho es más que suficiente. Lo interesante es que todavía hay cosas qué hacer.

Aproximaciones a la historiografía de la Revolución Mexicana

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,
se terminó de imprimir el 31 de agosto de 2005 en Hemes Impresores,
Cerrada Tonantzin 6, Col. Tlaxpana, México, D. F.
Su composición, en tipo Book Antiqua de 18:20, 10.5:12, 10:11 y 8:9.5 puntos,
estuvo a cargo de Sigma Servicios Editoriales
bajo la supervisión de Ramón Luna Soto.
La edición, en papel Cultural de 90 gramos, consta de 500 ejemplares
y estuvo al cuidado de Ricardo Alfonso Sánchez Flores

A PESAR DE LOS AVANCES LOGRADOS en los últimos años, una historia de la historiografía de la Revolución Mexicana sigue siendo asignatura pendiente. Es por eso que tomé la decisión de publicar estas aproximaciones en las que reúno textos elaborados a lo largo de más de treinta años. La historiografía de la Revolución Mexicana ha sido una de mis líneas de investigación constantes. Los materiales reunidos en este libro no son todos los que he dedicado al tema, pero sí los más significativos. Los he agrupado en dos partes. La primera está integrada por tres ponencias y un discurso. Las ponencias han sido definitivamente corregidas y aumentadas con la finalidad de ofrecerlas de manera más completa, aunque siempre con la conciencia de que ninguna de ellas, ahora convertidas en capítulos, es exhaustiva. Tratan de ofrecer lo más característico del periodo que abarcan, pero ni siquiera se menciona en ellas a todos los autores que escribieron sobre la Revolución en el momento atendido. Un discurso complementa el recorrido por las tres etapas en que divido el acontecer historiográfico revolucionario. En él doy a conocer mi tesis acerca del origen del revisionismo historiográfico, ubicado en el momento en que la academia hace acto de presencia en la escritura de la historia de la Revolución.

60 AÑOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

ISBN 970-32-2780-5

Ilustración: José Guadalupe Posada, grabados
Calavera zapatista, Calavera maderista
y Calavera revolucionaria
Portada: Paulina Villada